

IBEROAMERICANA. AMÉRICA LATINA – ESPAÑA – PORTUGAL

Ensayos sobre letras, historia y sociedad. Notas. Reseñas iberoamericanas

Volumen I (2001)

Nueva época

N.º 1

Índice

Presentación. Por Günther Maihold y Klaus Bodemer 5

Ensayos y artículos

Joan Torres-Pou: *La narrativa anticolonial hispano-filipina: el caso de “Noli me tangere” y “El filibusterismo” de José Rizal* 7

Leonel Delgado Aburto: *Las antologías de poesía nicaragüense y el problema del texto emblemático* 15

Rodrigo Arocena y Judith Sutz: *Desigualdad, tecnología e innovación en el desarrollo latinoamericano* 29

Eduardo Sáenz Rovner: *Notas sobre la contribución de Jesús Antonio Bejarano a la historia económica de Colombia* 51

Dossier: Políticas y poéticas de la memoria en Argentina

Andrea Pagni: *Presentación* 73

Hugo Vezzetti: *El imperativo de la memoria y la demanda de justicia: el Juicio a las juntas argentinas* 77

Elizabeth Jelin: *Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra* 87

María Sonderéguer: *Los relatos sobre el pasado reciente en Argentina: una política de la memoria* 99

Alberto Giordano: *Tiempo del exilio y escritura de los recuerdos: “En estado de memoria”, de Tununa Mercado* 113

Edna Aizenberg: *Las piedras de la memoria: Buenos Aires y los monumentos a las víctimas* 121

Peter Altekruöger: *La dictadura militar argentina en la memoria: bibliografía selecta* 133

Foro

Elizabeth Jelin: <i>Memoria colectiva y represión: Perspectivas comparativas sobre los procesos de democratización en el Cono Sur de América Latina</i>	143
Andrea Pagni, conversando con Tununa Mercado: <i>Itinerarios de la memoria, trazos de la escritura</i>	147
Victor Bulmer-Thomas: <i>Perspectives on US Latin American Policy</i>	151
Eduardo A. Gamarra: <i>La región andina y la política de Estados Unidos</i>	153
Susanne Gratius: <i>El triángulo atlántico: América Latina, Europa y Estados Unidos en el sistema global cambiante</i>	158

Notas. Reseñas iberoamericanas

Adolf Piquer Vidal, <i>Literatura catalana contemporánea en Valencia. Una década de crítica local</i>	165
Werner Altmann, <i>Salir del armario. Los estudios “gays” en España</i>	181
<i>Literaturas hispánicas: historia y crítica</i>	197
<i>Literaturas latinoamericanas: historia y crítica</i>	227
<i>Historia y ciencias sociales: España y Portugal</i>	253
<i>Historia y ciencias sociales: América Latina</i>	275
<i>Índice de títulos reseñados</i>	295

Ensayos y artículos

➤ Presentación

Con este número iniciamos *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal*, una nueva revista con la cual se pretende establecer un nuevo vínculo desde Alemania con América Latina, España y Portugal, con investigadores que se dedican al estudio de esta área geográfica e institutos de enseñanza e investigación en ambos lados del Atlántico.

Asumir hoy en día la responsabilidad de publicar una nueva revista iberoamericana implica mucho entusiasmo y riesgo editorial: en Alemania y a lo mejor en gran parte de Europa el interés por el mundo ibérico e iberoamericano ha tomado nuevos rumbos a raíz de los avances en los procesos de democratización política y social y el fin del “boom” de las letras latinoamericanas. Ante tales cambios creemos oportuno hacer realidad el reto de una revista de características inter y transdisciplinarias para tratar de reunir las ciencias sociales, la historia y las letras en un mismo órgano de debate y análisis intelectual. Desde este ángulo estamos tratando de vislumbrar tendencias y estructuras del desarrollo cultural, social y político de y en la región iberoamericana.

La estructura interna de *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal* se orienta en esta visión de conjunto desde diferentes posiciones disciplinarias y sirve al mismo tiempo como puente entre la investigación en Alemania, Europa y América Latina. Cada número tendrá tres partes:

- La sección “Artículos” incluye un dossier, que agrupa aportaciones alrededor de una temática común.
- La sección “Foro” recoge análisis de la coyuntura cultural y política, entrevistas y reportes sobre eventos especiales.
- La sección “Notas” contiene reseñas de publicaciones recientes del ámbito de las ciencias sociales, la historia y de las letras.

Este número lo iniciamos con un dossier sobre el tema “Políticas y poéticas de memoria en Argentina”, los próximos temas serán “Escenificación de la política y políticas de la escenificación” y “Versiones y perversiones de la historia: el caso de Trujillo”. Un número de cada año será de carácter monotemático. Como próximos temas se han seleccionado “Estados Unidos y América Latina en el siglo XIX” (Nr. 4/01) y “La familia en perspectiva histórica”.

Los editores quieren invitar a los investigadores a presentar sus aportaciones, teniendo en cuenta que se aceptarán artículos en lengua española, inglesa y portuguesa cuyo enfoque deberá reflejar un interés transdisciplinario.

Institucionalmente cooperan en la edición de *Iberoamericana – América Latina – España – Portugal* el Instituto Ibero-Americano (Berlín) y el Instituto de Estudios Ibero-americanos (Hamburgo) que se encarga especialmente de la sección “Foro”.

Aprovechamos esta oportunidad para agradecer el apoyo recibido por el comité editorial y los corresponsales de la revista.

Günther Maihold (Berlín)
Klaus Bodemer (Hamburgo)

Joan Torres-Pou*

➤ **La narrativa anticolonial hispano-filipina: el caso de *Noli me tangere* y *El filibusterismo* de José Rizal**

Desde el momento de su publicación, las más importantes novelas hispano-filipinas del siglo XIX, *Noli me tangere* (1887) y *El filibusterismo* (1891) de José Rizal (1861-1896), no han cesado de suscitar opiniones contradictorias. Para algunos, ambos textos tienen un explícito mensaje revolucionario y nacionalista; para otros, por el contrario, son unas obras que intentan convencer a sus lectores de la futilidad de todo movimiento revolucionario, no expresan ningún sentimiento nacionalista, y abogan claramente por la asimilación de Filipinas a España. Asimismo, unos críticos admiran la maestría narrativa y las cualidades dialógicas de que Rizal da muestra en sus novelas y otros, en cambio, las consideran obras mediocres carentes de otro interés que el puramente anecdótico. La contradictoria recepción que han merecido estas novelas observa un claro paralelismo con las diversas interpretaciones que, a lo largo de los años, se ha dado a la figura del autor de las mismas, quien, si bien es unánimemente considerado el padre de la nación filipina, es visto por algunos como un héroe independentista y por otros como un ilustrado asimilacionista, un socialista místico, un santo o un mártir masón. Esa diversidad de opiniones es totalmente comprensible pues, cuando un hombre se convierte en un símbolo patrio, las interpretaciones que se dan de su obra y de su vida tienen más que ver con la ideología de la persona que estudia la figura en cuestión que con la realidad. Con todo, cabe decir que ni la obra ni la vida de Rizal permiten una fácil clasificación.

Médico oftalmólogo, licenciado en Filosofía y Letras, políglota, filólogo, antropólogo, escritor, agricultor, liberal, asimilacionista, independentista y masón, José Rizal es, de todos los autores que vivieron el período que condujo a España al Desastre del 98, el que mejor supo novelar la complejidad político-social de ese momento. Sin embargo, al estar sus relatos dirigidos a un público que iba a acceder a ellos en un contexto político-social enemigo a todo tipo de cuestionamiento, la narrativa de Rizal se caracteriza por una serie de fórmulas y estrategias que confieren un cierto halo de ambigüedad a la propuesta ideológica del autor. Esta técnica en la que a la vez se afirma y niega un concepto

* Joan Torres-Pou se doctoró en literatura en Rutgers, State University of New Jersey, en 1990. En la actualidad se desempeña como profesor de literatura en Florida International University en Miami. Su área de especialización es la narrativa latinoamericana del siglo XIX, aunque ha publicado artículos sobre literatura castellana, catalana y chicana de los siglos XIX y XX. Es autor del libro *El e[x]terno femenino* (1998) y de diversos artículos. En breve, se publicará su segundo libro, *Primeras voces, un estudio sobre escritoras latinoamericanas del siglo XIX*. *El presente artículo fue posible merced a una beca concedida por The Program for Cultural Cooperation between Spain's Ministry of Education & Culture & United States' Universities.*

es algo común en autores contestatarios que escriben en regímenes totalitarios, y con ella se intenta decir lo indecible y, al mismo tiempo, escapar de las represalias de los organismos oficiales. Ahora bien, la ambigüedad puede ser un arma de dos filos, pues no sólo confunde a los censores sino a todos aquéllos que no advierten la estrategia y son incapaces de leer entre líneas. Eso explica las contradictorias interpretaciones de *Noli me tangere* y *El filibusterismo*, y eso explica también la evaluación literaria de los que han juzgado la obra de Rizal dentro del contexto literario de la época y no han tenido en cuenta el contexto socio-político en que se produjo.

Noli me tangere y *El filibusterismo* son en realidad una sola novela en dos partes, en la que se describe la problemática colonial de Filipinas y se apuntan diversas soluciones al conflicto. La primera novela se inicia con el regreso del protagonista, Ibarra, un joven mestizo de clase alta, a Filipinas. Una vez en Manila, Ibarra se entera de que su padre tuvo un problema con un sacerdote, el padre Damaso, y, como consecuencia, fue encarcelado, murió y se le negó cristiana sepultura. Ibarra averigua que su padre era inocente de lo que se le imputaba pero, a pesar del malestar que le causan sus averiguaciones, se propone olvidarlo todo, casarse con su prometida, María Clara, y poner todos sus esfuerzos en el desarrollo social de su país. Sus propósitos se ven obstaculizados por las intrigas de las diferentes órdenes religiosas e Ibarra fracasa en sus intentos de establecer escuelas que mejoren la educación del pueblo, y también fracasa en sus deseos de mantenerse neutral ante la situación política. Un sacerdote enamorado de María Clara lo acusa de revolucionario, y el joven es detenido y encarcelado. Ayudado por Elías, otra víctima del sistema colonial, Ibarra consigue huir de la cárcel. Fugitivo, trata de convencer a su prometida que lo acompañe pero, ante las amenazas del sacerdote que la ama, ésta decide abandonar a Ibarra y hacerse monja. El protagonista intenta entonces salir del país con Elías, pero son sorprendidos por la guardia civil, que mata a Elías creyendo que es Ibarra. La novela termina con el protagonista huyendo al extranjero con parte de su fortuna y con María Clara desesperada ante el acoso del sacerdote. En *El filibusterismo*, Ibarra regresa convertido en Simoun, un misterioso joyero americano, que seduce a la sociedad filipina con su lujo y sus riquezas pero que, en realidad, desea provocar un alzamiento popular mediante el cual quiere arrancar a María Clara del convento y sumir al país en una sangrienta revolución que produzca el cambio social que él tanto desea. Los planes de Ibarra/Simoun fracasan de nuevo, María Clara muere en el convento, y el protagonista termina sus días arrepentido de haber creído que, con el uso del mal, podía conseguirse el bien.

Como resulta evidente, tanto *Noli me tangere* como *El filibusterismo* observan una clara influencia del folletín francés tan popular en la primera mitad del siglo XIX, especialmente de la obra de Alejandro Dumas padre. De hecho, el mismo Rizal admitió la influencia que la novela de Dumas, *Le comte de Monte-Cristo* (1844/45), tuvo en la configuración del argumento de sus novelas. Ahora bien, el contenido social de sus novelas las acerca mucho más a *Les misérables* (1862), de Víctor Hugo. De igual manera, la devoción de Hugo por el pueblo, su ideología liberal-socialista y sus reservas ante la violencia revolucionaria parecen haber sido un modelo que Rizal tuvo muy presente al escribir sus obras¹.

¹ A lo largo de la novela, resulta evidente que Rizal sentía que existía un paralelismo entre las miserias de los grupos colonizados y las de las clases trabajadoras del moderno mundo occidental. Como Hugo

Sea como fuere, la influencia del realismo-social francés en las novelas de Rizal no es tan importante como la exposición que el autor filipino lleva a cabo de las características de toda sociedad colonizada. Ese aspecto de su obra hace de Rizal un predecesor de la literatura anticolonial y, en particular, de las teorías expuestas casi un siglo después por el también médico y escritor Frantz Fanon en sus ensayos *Peau noire, masques blancs* (1952) y *Les damnés de la terre* (1961).

Uno de los puntos en los que Fanon hace mayor hincapié es en la importancia que la asimilación del lenguaje de la metrópoli tiene en toda sociedad colonizada. Dice Fanon: “Parler, c’est être à même d’employer une certaine syntaxe, posséder la morphologie de telle ou telle langue, mais c’est surtout assumer une culture, supporter le poids d’une civilisation” (1952: 13). Es decir, dominar un lenguaje que nos es ajeno implica de alguna manera la asimilación de la cultura que se expresa mediante este idioma, aprender el idioma de la metrópoli es el primer paso para superar el supuesto desfase cultural que separa al colonizador del colonizado y que va a hacer que el colonizado adquiera esa “blancura” cultural, que le otorgará la igualdad con el colonizador y le capacitará para exigir el derecho a la autodeterminación y a la independencia. Ahora bien, como al sistema colonial no le interesa que el pueblo colonizado esté en condiciones de exigir su libertad, los organismos en el poder insistirán, por un lado, en la necesidad del aprendizaje de la lengua de la metrópoli, mientras que, por otro, dificultarán su enseñanza y subrayarán la torpeza de los colonizados para aprenderla. Finalmente, cuando el colonizado haya adquirido el lenguaje, la variante lingüística del idioma de la metrópoli que se haya desarrollado en la colonia no se mostrará como tal sino como una lengua mal hablada, síntoma evidente de la inferioridad del pueblo colonizado, al que se presentará como incapaz de reproducir bien el idioma de cultura que se le impone. Con esa técnica, el colonizador reafirma el sentimiento de inseguridad del colonizado y, con ello, intenta asegurar su dependencia cultural y política. Es esta precisamente la estrategia colonial que siguieron las órdenes religiosas en Filipinas. Mientras el gobierno español ordenaba la enseñanza del español, los sacerdotes saboteaban cualquier intento de aprendizaje del mismo, aumentaban la inseguridad lingüística de los hablantes y limitaban su conocimiento a una minoría selecta a la que creían poder controlar. Rizal, quien ya se había ocupado en varias ocasiones del problema, articula sus novelas de manera que dejen totalmente al descubierto esta estrategia colonial de los sacerdotes².

hace en su novela, Rizal denomina a las víctimas de la colonia “miserables [...] que vagan perseguidos” (1997: 142).

Asimismo, la predilección de Rizal por Hugo ante cualquier otro escritor español o francés de la época resulta evidente cuando uno de los personajes más reaccionarios y negativos de *El filibusterismo* intenta criticar los méritos de Hugo y sólo consigue hacer evidente su ignorancia (1997: 257).

² La doble función de evangelizadores y protectores de los indígenas ante los abusos de los conquistadores confirió a las órdenes un gran predominio sobre los habitantes del archipiélago filipino. Al ser ellos los que mejor conocían las islas y a sus habitantes, la Corona no tardó en solicitar sus servicios en cuestiones que no estaban relacionadas con su labor evangélica, concediéndoles a cambio prerrogativas que afirmaban su autoridad en el país. La Iglesia no ignoraba que, en la medida que la Corona la necesitara como mediadora con el pueblo filipino, su predominio en las islas estaba asegurado. Por este motivo, los sacerdotes que, para evangelizar, habían aprendido las diferentes lenguas de los habitantes del archipiélago, no se ocuparon de que éstos pudieran comunicarse en español. Ayudaron a afirmar la teoría de la inferioridad racial de los filipinos y, cuando les convino, apoyaron las medidas represivas de la policía.

Así, en *Noli me tangere*, el máximo afán del protagonista es el de crear una escuela donde se enseñe el español a los filipinos, y mientras el gobernador está de acuerdo con sus planes, las intrigas y los obstáculos de los sacerdotes dan al traste con su proyecto educativo. El momento de la novela que mejor ilustra la técnica seguida por la Iglesia en el sistema colonial lo ofrece el capítulo titulado “Aventuras de un maestro de escuela”. En él, el maestro explica a Ibarra cómo el P. Damaso cuestionó su incompetencia para el uso del castellano diciéndole: “No me uses prendas prestadas; conténtate con hablar tu idioma y no me echas a perder el español que no es para vosotros. ¿Conoces al maestro Ciruela? Pues, Ciruela era un maestro que no sabía leer y ponía escuela” (1996: 182).

En el caso de Filipinas, la necesidad de la asimilación de la lengua oficial del sistema en el poder no sólo era un primer paso en el camino para exigir la autonomía o la independencia sino que era fundamental para la coherencia nacional. Las Filipinas no habían sido vistas como un todo hasta la llegada de los españoles. De ahí que el concepto de nación filipina fuera algo totalmente ajeno a los habitantes del archipiélago, quienes hablaban diferentes lenguas y tenían poco contacto entre ellos. Así, la adopción de un lenguaje común era visto por algunos como el modo más idóneo para establecer fuertes vínculos entre España y su provincia de ultramar, pero, sobre todo, era una manera muy efectiva para que los filipinos se sintieran parte de una misma identidad. No obstante, a Rizal no se le escapaba la contradicción que suponía el intentar unir a los filipinos mediante una lengua que no era nativa de su tierra y que, de hecho, iba a reafirmar la cultura impuesta por los invasores. Los personajes de su novela discuten ese punto sin que el autor se decida por una u otra solución. El dialogismo narrativo de Rizal deja al lector la posibilidad de llegar a sus propias conclusiones y sugiere las complejidades que plantean la formulación independentista y nacionalista³. Con ello puede decirse que Rizal incluso supera los planteamientos anticoloniales de carácter psicocolectivo, que expondría Fanon, para entrar en reflexiones nacionalistas desarrolladas por los escritores que se consideran sucesores de las teorías del médico e ideólogo antillano.

El capítulo “Aventuras de un maestro de escuela” revela también cómo es en ese centro de enseñanza, donde se inicia a los filipinos en la dinámica de opresión, que se

³ El siguiente fragmento de *El filibusterismo* ilustra hacia donde apuntaban las opiniones de Rizal, si bien el desenlace de la novela no nos permite asegurar cuál es exactamente su punto de vista sobre esta cuestión: “¿A qué venís ahora con vuestra enseñanza del castellano, pretensión que sería ridícula si no fuese de consecuencias deplorables? ¿Queréis añadir un idioma más a los cuarenta y tantos que se hablan en las islas para entendernos cada vez menos! [...]”

—Al contrario, repuso Basilio; si el conocimiento del castellano nos puede unir al Gobierno, en cambio puede unir a todas las islas entre sí.

—¡Error craso! [...] El español nunca será lenguaje general en el país, el pueblo nunca lo hablará, porque para las concepciones de su cerebro y los sentimientos de su corazón no tiene frases ese idioma: cada pueblo tiene el suyo, como tiene su manera de sentir. ¿Qué vais a conseguir con el castellano, los pocos que lo habéis de hablar? Matar vuestra originalidad, subordinar vuestros pensamientos a otros cerebros y en vez de haceros libres, haceros verdaderamente esclavos. Nueve por diez de los que os presumís de ilustrados, sois renegados de vuestra patria. El que de entre vosotros habla ese idioma, descuida de tal manera el suyo que ni lo escribe ni lo entiende, y ¡cuántos he visto yo que afectan no saber de ello ni una sola palabra! Por fortuna tenéis un gobierno imbécil [...] Uno y otro olvidáis que mientras un pueblo conserve su idioma, conserva la prenda de su libertad, como el hombre su independencia mientras conserva su manera de pensar. El idioma es el pensamiento de los pueblos” (1997: 94).

espera que acepten como natural en todos los demás aspectos sociales de la colonia. El maestro intenta aplicar métodos de enseñanza no violentos, en los que se consigue la disciplina y el entusiasmo del alumno fomentándoles la autoestima y el orgullo por el estudio pero, cuando los padres de los muchachos se enteran de que el maestro no emplea castigos, lo acusan de potenciar en sus hijos una actitud poco sumisa, y el P. Damaso lo hace volver a la vieja técnica de “la letra con sangre entra”. La reacción de los padres ante la manera de enseñar del maestro es un buen ejemplo de cómo la opresión política impregna todos los segmentos de la sociedad filipina. Rizal nos está aquí diciendo algo que hallamos igualmente en la base de las ideas de los estudiosos de los mecanismos de todo sistema colonial: En todo régimen totalitario, el maestro es un intermediario cuya función es llevar la opresión a la escuela para que, de allí, llegue a la familia. Si se quiere mantener el *status quo*, es preciso que todos los segmentos sociales asimilen y recreen la dinámica del sistema en el poder.

El afán de emular el modelo impuesto y el consecuente sentimiento de inseguridad al subrayarse la incapacidad de adaptarlo debidamente, hace que algunas personas se cuestionen los motivos por los que se les invita a seguir un imposible, pero a lo que eso da lugar en la mayoría de los casos, es a una amarga frustración que puede llegar a expresarse mediante un estado de esquizofrenia, en la que el individuo se siente entre dos culturas, ajeno a las dos y rechazado por ambas. Es lo que en *Peau noire, masques blancs* Fanon denominaría la neurosis situacional del negro y de lo que Rizal nos da varios ejemplos a través de sus personajes.

Desde el inicio de su relación con su esposa filipina, el alférez de la Guardia Civil se burla de los problemas que ésta tiene para asimilar el castellano. Puesto que él está también lleno de inseguridades de clase que no le pasan desapercibidas a su esposa, el alférez intenta mantener su predominio sobre ella avivando el complejo de inferioridad de ésta y, cuando ello no basta, mediante la violencia. Su matrimonio es un infierno sartriano, pues ambos ven reflejado en el otro su propio fracaso y no pueden hacer nada para evitar ese reflejo. Están presos en el jerárquico y claustrofóbico ambiente colonial, y sólo el ejercer la violencia les da la ilusión de que tienen algún control sobre la situación en la que se hallan. El problema es especialmente angustiante para la esposa, Doña Consolación, pues su unión al guardia civil, si bien logró apartarla del entorno indígena que ella tanto detestaba, hasta el punto que le permitió que olvidara su lengua materna, no supuso en cambio su admisión a la sociedad española. Doña Consolación es una mujer amargada, incapaz de expresarse bien en ningún idioma, que no entiende a los españoles y rechaza a los filipinos. Su matrimonio con el alférez fue lo que Fanon denominaría un fallido proceso de blanqueamiento pues, como tantas mujeres de color en una sociedad colonial, Doña Consolación, al ser aceptada por un español, creyó adquirir todo aquello que en su mente ella relacionaba con el europeo (poder, belleza, inteligencia, cultura, elegancia y riqueza) sin advertir que lo único que iba a conseguir sería rechazo y aislamiento. Su esposo se avergüenza de ella y aun de él mismo por haberse casado con un ser que considera su inferior y, a pesar del matrimonio, ni los suyos ni los españoles la consideran mucho más que una querida de militar. Consecuentemente, al habérsela despojada de todo sin recibir nada a cambio, Doña Consolación sólo asimila la arrogancia y la violencia del proceso colonizador, por lo que, cuando los españoles la excluyen de su grupo, reacciona con violencia hacia los de su raza e intenta desesperadamente que éstos le den el reconocimiento que le niegan los españoles. Hundida en el vórtice de sus frus-

traciones y complejos, el látigo, atributo del blanco, es para la mujer del alférez el símbolo de la superioridad que ambicionaba alcanzar al entregarse al conquistador. Como señala Fanon, antes de rebelarse, el colonizado manifiesta la agresividad de la que ha sido depositario en su relación con su misma gente (1963: 40).

Otro ejemplo de lo que Fanon consideraría un caso de perversión colonial del amor nos lo ofrece otro personaje de Rizal, Doña Victorina, una burguesa filipina que también busca en el matrimonio con un español su blanqueamiento socio-racial. Efectivamente, Doña Victorina ha vivido toda su vida obsesionada por encontrar un europeo que quisiera casarse con ella, y no pocos se han aprovechado del racista afán matrimonial de la señora, pero, cuando ya creía que no iba a conseguirlo, Doña Victorina hace realidad su sueño casándose con Don Tiburcio Espadaña, un oficial de oficinas sin puesto, cojo, tartamudo, calvo, mellado y baboso que, en la pobreza más absoluta, se vale de ser español para hacerse pasar por médico. Ahora bien ¿qué blanqueamiento racial puede suponer una boda como la de Victorina y Tiburcio? ¿Qué blanqueamiento racial puede haber en una pareja sin posibilidad de sucesión? Obviamente, ni Rizal ni Fanon explican ese afán de la mujer colonizada de casarse con un blanco como el deseo de un proceso de mestizaje, de vuelta atrás, que blanquee un linaje. Ambos consideran que el matrimonio con el colonizador tiene efectos inmediatos en la psicología del colonizado. Fanon lo señala muy bien cuando dice:

Le jour où le Blanc a dit son amour à la mulâtresse, quelque chose d'extraordinaire a dû se passer. Il y eut reconnaissance, intégration dans une collectivité qui semblait hermétique. La moins-value psychologique, ce sentiment de diminution et son corollaire, l'impossibilité d'accéder à la limpidité, disparaissaient totalement. Du jour au lendemain, la mulâtresse passait du rang des esclaves à celui des maîtres ... [...] Elle n'était plus celle qui avait voulu être blanche, elle était blanche. Elle entrait dans le monde blanc (1952: 46-47).

Algo parecido le sucede a Doña Victorina quien, al casarse con Don Tiburcio, cambia la saya de seda y la camisa de piña por el traje europeo, blanquea su cara con maquillaje, antepone un “de” al nombre de su marido y termina por convertirlo en doctor de manera que:

Toda la servidumbre les ha de dar los nuevos títulos y, a consecuencia de esto, se aumentó el número de los flequillos, la capa de polvo de arroz, las cintas y encajes, y miró con más desdén que nunca a sus pobres y poco afortunadas paisanas, cuyos maridos eran de menos categoría que el suyo. Cada día sentía dignificarse y elevarse más, y a seguir este camino, al cabo de un año se creería de origen divino (1996: 408).

El matrimonio Espadaña es una de las muchas caricaturas sociales a las que Rizal acude para pintar una sociedad que considera demasiado grotesca para admitir un retrato realista⁴. Mediante esta técnica el autor ahonda en el patético clasismo de la burguesía

⁴ Rizal es bien explícito a este respecto cuando, a propósito de la burla de sus personajes a las posibilidades de un cambio, dice: “En un país donde todo lo grotesco se cubre con capa de seriedad, donde muchos se elevan a fuerza de humo y aire calentado; en un país donde lo profundamente serio y sincero daña al salir del corazón y puede ocasionar disturbios, probablemente aquella era la mejor manera (la burla antes mencionada) de celebrar la ocurrencia del insigne don Custodio”(1997: 281).

colonial filipina, en particular en uno de los puntos tratados también por Fanon, la posibilidad de la existencia de una burguesía colonial.

En *Les damnés de la terre*, Fanon hace hincapié en algo que Jean Paul Sartre sugiere en el prólogo a ese texto, el hecho de que el colonizado, al asimilar la cultura del opresor, hace suya la manera de pensar de la burguesía colonial. Este es precisamente el caso de todos los burgueses de las novelas de Rizal, hasta el del mismo protagonista, quien, con sus pretensiones de mejorar la situación de su país aplicando los modelos sociales impuestos por los europeos, cierra los ojos a los sufrimientos de los suyos. De ahí que en un momento de la novela al forajido le reconvenga su actitud: “La súplica de los desgraciados no llegaba hasta vos: desdeñasteis sus quejas porque eran quejas de criminales; disteis más oídos a sus enemigos y [...] os pusisteis al lado de sus opresores [...]” (1996: 554).

Efectivamente, Ibarra, el burgués liberal amigo de los desposeídos, es también el símbolo de una clase que ha ayudado a perpetuar las desgracias del sistema colonial impuesto por los españoles. De ahí que el incendio de su casa, la pérdida de sus bienes y su forzado exilio (al igual que la tragedia de su prometida, la burguesita hija ilegítima de un sacerdote) supongan, por un lado, la expiación de las responsabilidades del personaje por pertenecer a un sistema injusto y, por otro, simbolicen la imposibilidad de la existencia de una burguesía autóctona en un país colonizado. Como Fanon años más tarde, Rizal en su momento ya comprendió que una burguesía colonial y nacional era un total despropósito, pues en un sistema colonial la burguesía sólo sobrevive si se convierte en un títere de la metrópoli o de la revolución⁵. Así, la incapacidad del protagonista de las novelas de Rizal para ser ese títere colonial lo lleva a intentar una actitud revolucionaria que, paradójicamente, sólo le acarrea la destrucción. *El filibusterismo* concluye con la muerte de Ibarra derrotado, desengañado y arrepentido de su acción violenta. Asimismo, su fortuna, símbolo de su clase social, termina en el fondo del mar, a la espera de que los hombres la necesiten para llevar a cabo un fin santo y sublime.

Considerando la trayectoria político-social de Rizal, ese fin santo y sublime al que se alude al terminar la novela no es otro que el intentar elevar la razón y la dignidad del filipino, enseñarle a amar lo justo, lo bueno y lo grande, y a saber morir por ello. En otras palabras, enseñar a su pueblo a amar la libertad porque, sin saber antes apreciar ese privilegio del ser humano, la independencia no tiene sentido. Como dice uno de los personajes: “¿A qué independencia si los esclavos de hoy serán los tiranos del mañana? ¿Y lo serán sin duda porque ama la tiranía quien se somete a ella!” (1997: 401-402).

Desgraciadamente, los escritos de Rizal no lograron que los filipinos comprendieran en toda su complejidad el mensaje de su autor, pero sí consiguieron que cayera sobre él la condena de las órdenes religiosas y que, instigado por ellas, el gobierno español detuviera a Rizal, lo acusara de traidor y lo fusilara. Rizal tuvo muchas posibilidades de huir pero, conocedor de que su familia pagaría por él, no se aprovechó de ninguna de ellas. Se mantuvo firme en sus convicciones contrarias al sistema colonial español, y fue precisamente su comportamiento ante la muerte, la realización en vida de lo que había pregonado a través de sus personajes de ficción, lo que determinó la independencia de las Filipinas. Sin saberlo, al ajusticiar a Rizal, España creaba al primer filipino libre y una vez que

⁵ Fanon analiza este aspecto en el tercer capítulo de *Les damnés de la terre*.

un pueblo haya obtenido su libertad, aunque sólo sea en la figura de uno de sus miembros, ya no puede volver a perderla.

Bibliografía

Fanon, Frantz (1952): *Peau noire, masques blancs*. Paris: Editions du Seuil.

— (1997; ¹1961): *Les damnés de la terre*. Préface de Jean-Paul Sartre. Paris: Gallimard.

— (1963): *The Wretched of the Earth*. Trad. Constance Farrington. Harmondsworth: Penguin Books.

Rizal, José (1996; ¹1887): *Noli me tangere*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

— (1997; ¹1891): *El filibusterismo*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

Leonel Delgado Aburto*

↳ Las antologías de poesía nicaragüense y el problema del texto emblemático

En Nicaragua la poesía es poco menos que un mito. Un mito de función heterogénea, que fundamenta, entre otras cosas, una articulación letrada del nacionalismo y la nacionalidad. Hablar de un debate literario en Nicaragua equivale casi siempre a ingresar a los subterráneos chismorreos, las batallas sordas (y quizá sórdidas), las innumerables vocinglerías de capillas y capellanes. Todos hermanados por la creencia de que lo que hace universal a Nicaragua es su poesía. Ni deconstructivismos ni posmodernismos han valido ante esa figuración monolítica de la poesía como polo de poder cultural, incluso cuando el propio discurso poético demuestra estar sumergido en una profunda crisis. Una y otra vez se quiere decir las últimas palabras sobre los ungidos de la tribu de Rubén¹, y todo el tiempo se remite esta escogencia a una constelación de eternidad.

Este artículo pretende ilustrar de manera muy general ciertos funcionamientos de las antologías de poesía nicaragüense² en su labor canónica, y de frente a tres factores que parecen fundamentales en una crítica que pretenda contribuir a una necesaria actualización de ciertas concepciones y lecturas. Primero, cabrá analizar la relación de las antologías (valga decir el relato poético) con la constitución del nacionalismo y la idea de nacionalidad. En segundo lugar habrá que intentar un estudio comparativo con otras naciones centroamericanas que no padezcan de manera tan acentuada el síndrome de “ombligo del mundo de la poesía”. Y en tercer lugar, y es quizá el punto más importante, habrá que interrogarse por las microhistorias de los grupos marginalizados por el canon (en este caso las antologías) y cómo se afianzan sus estrategias de recanonizaciones o contradiscursos³.

* *Leonel Delgado Aburto es Licenciado en Arte y Letras por la Universidad Centroamericana (UCA) de Managua. Estudió cine en la Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños, Cuba. Ha laborado como editor y realizador de documentales y ha publicado artículos de crítica de cine y crítica literaria en varios medios nicaragüenses. Publicó un libro de cuentos (Road movie, 1997). Actualmente sigue estudios de graduación en el Hispanic Languages and Literature Department de la Universidad de Pittsburgh.*

Una primera versión de este artículo fue presentada como ponencia en el VIII Congreso Internacional de Literatura Centroamericana, Antigua, Guatemala, marzo de 2000.

¹ Cierta folklorización nacionalista de Rubén Darío permite llamar únicamente por su nombre al escritor nicaragüense más famoso e influyente.

² Se consideran exclusivamente las antologías hechas por nicaragüenses y pensadas dentro de un canon nacionalista. Son escasas, por otra parte, las antologías de poesía nicaragüense hechas fuera del país, y quizá ninguna escape de los puntos de vista del poder cultural letrado nacionalista.

³ El debate en torno a estas cuestiones ha producido una inmensa cantidad de publicaciones. Algunas que han resultado fundamentales para la perspectiva de este artículo son: Rama (1984); Franco (1986); y el volumen de *Nuevo texto crítico* (14/15, 1994 - 1995), dirigido por Carlos Rincón y Petra Schumm, en especial los artículos de Walter D. Mignolo y John Beverley.

En 1877, el historiador nicaragüense Tomás Ayón definió las reglas del gusto literario atribuyendo el esclarecimiento de lo canónico y representativo al talento ilustrado, valga decir las élites letradas. Afirma Ayón (1914: 45):

La regla del gusto se encuentra en los contrastes y en las variedades de la naturaleza; pero sólo el talento ilustrado descubre esas variedades y esos contrastes, y sabe presentarlos en toda su originalidad, sin esfuerzos que den a conocer la deficiencia del escritor, sin nubes que oscurezcan la idea, sin rasgos que imperfeccionen el cuadro; sino puros y simples como iluminados por el esplendente sol de las eternas realidades⁴.

No dejaba de plantear Ayón, en ese momento, el problema del desarrollo de una literatura nacional en un contexto cultural global. Este contexto estaba caracterizado por una dominante crítica que se enseñoreaba sobre la cultura occidental, y que figuraba como elemento indisoluble de la modernidad:

Palabras amargas exhalan contra todo elemento de conservación los que han declarado que la propiedad es un robo, y sus doctrinas, por una deducción lógica, han llegado hasta santificar los abominables excesos de la *Commune*. El poeta no es, en esa fracción de la humanidad, el cantor divino colocado a la cabeza de las sociedades para servir de intérprete al hombre, revelarle los altos destinos a que está llamado y sostenerle en su marcha hacia el progreso: él canta la desolación, como el ángel exterminador sobre las ruinas del mundo; y su estro es el grito de desesperación de un alma a quien no alienta el sentimiento de la inmortalidad (p. 51).

Confiado del ánimo civilizatorio que empujaba a las élites de aquellos años (v. Kinloch 1995), y deplorando también que las guerras y desórdenes constantes de Centroamérica y su aislamiento dentro del comercio mundial no hubieran posibilitado el desarrollo de una literatura nacional, Ayón preguntaba “¿cuáles son los elementos con que se cuenta para dar elevación y belleza al estilo literario nacional?”, y respondía:

Se cuenta con la riqueza y sonoridad del idioma castellano, con la robusta literatura española, con nuestra historia y con la historia de otros países en que se presentan los acontecimientos humanos en su infinita variedad. Se cuenta, en fin, con la ardiente imaginación de los centroamericanos, enriquecida por las bellísimas perspectivas que a cada paso se presentan a la vista, y acariciada por la esperanza en un porvenir lleno de grandeza (p. 48 s.).

Con estas definiciones, Ayón señaló varias constantes de lo que ha sido la visión crítica sobre una literatura nacional que se fue formando a lo largo del siglo que hemos visto fenecer⁵. Son constantes, en efecto, las ideas de la articulación canónica del gusto en torno a las decisiones de la élite letrada⁶; la creencia de que ese canon pactado tras-

⁴ Ayón figura entre los fundadores de la historiografía nacional a fines del siglo XIX. Véase al respecto Arellano (1997: 33).

⁵ Seguramente, las ideas de Ayón no tuvieron una influencia directa sobre la constitución posterior de los discursos literarios críticos e historiográficos, pero muestran la coherencia ideológica de las élites letradas hasta fechas recientes.

⁶ Y es constante, también, el correspondiente desplazamiento de lo popular y lo indígena a un substrato o un elemento folklórico. Esta labor la cumple el Movimiento de Vanguardia. Véase especialmente el

ciende la historia para conformar una constelación de eternidad. Asimismo persiste la idea del escritor como “cantor divino colocado a la cabeza de las sociedades”, no obstante que importantes creadores nicaragüenses más bien deberían figurar en la lista de los “ángeles exterminadores”⁷. Y, a pesar de todas las constataciones de pluriculturalidad, la fijación en el idioma español y la cultura hispanoamericana, cierra el siglo para la literatura nacional con una robustez sometida a prueba de revoluciones políticas y epistemológicas.

En un ensayo de 1962, paradigmático y posiblemente conclusivo⁸, Pablo Antonio Cuadra definió los valores y características originales de la literatura nicaragüense como rama del “gran tronco de la literatura hispana” (1963: 9). El elemento fundamental de la literatura nacional, de acuerdo con PAC⁹, es el mestizaje indo-hispano, que al articularse en el verbo de los escritores nicaragüenses, básicamente en la poesía, funda la nación literaria. Es importante destacar que el ensayo de PAC encabezaba una antología de “100 poemas nicaragüenses” (Steiner 1963), por lo que cumplía varias funciones canonizadoras. Se consagraban textos modélicos de “lo nicaragüense”, se consagraba el género de la poesía en sí (“Alrededor de ese eje poético van agrupándose los otros nacientes géneros literarios”, 1963: 26), y se consagraba, por medio de un Mapa de la Poesía Nicaragüense, la línea central de desarrollo literario: Rubén Darío¹⁰, Los 3 grandes¹¹, Movimiento de Vanguardia¹², Nueva Poesía I (Generación del 40)¹³ y Nueva Poe-

ensayo de Pablo Antonio Cuadra (1963), reproducido en su *Nueva antología de poesía nicaragüense* (1972).

- 7 Pienso, ante todo, en poéticas como las de Carlos Martínez Rivas (1924-1998), uno de los más importantes poetas nicaragüenses del siglo xx. Su principal libro, en realidad único que publicó, editado y reeditado varias veces, es *La insurrección solitaria* (1953).
- 8 Ya que el Movimiento de Vanguardia contaba con una sólida tradición de recopilación, teorización e historización, visible en el desarrollo de la revista *Cuadernos del Taller San Lucas*, con aportes importantes de Francisco Pérez Estrada, el propio Pablo Antonio Cuadra, así como Ernesto Mejía Sánchez, entre otros. Un hito importante fue la antología *Nueva poesía nicaragüense* de Orlando Cuadra Downing (1949).
- 9 Otra costumbre textual nicaragüense: llamar a los escritores por sus iniciales.
- 10 La obra de Darío tuvo una gran influencia en Hispanoamérica, pero su creación artística, junto con la del Modernismo, no pertenece plenamente al proceso cultural centroamericano, de por sí “balcanizado” en los procesos capitalistas de escala continental (véase al respecto Ramírez 1983). Posteriormente, la invención del canon nacional se vio urgida a concebir un Darío nacionalista para aclimatarlo a su estructura.
- 11 Los “3 grandes” son Azarías H. Pallais (1888-1969), Alfonso Cortés (1890-1969) y Salomón de la Selva (1893-1958). La designación de los “3 grandes” suena desmedida si se toma en cuenta que, excepto De la Selva, son poetas de importancia local. Significativamente, en la *Nueva antología de poesía nicaragüense* de PAC se habla únicamente de “Los dos grandes” (Pallais y Cortés). Así, De la Selva es desplazado a un lugar preponderante. Este desplazamiento fue ratificado en la *Antología general de la poesía nicaragüense* de Jorge Eduardo Arellano (1984), donde De la Selva es designado como “El inmenso solitario”.
- 12 El Movimiento de Vanguardia, acaudillado por José Coronel Urtecho (1906-1994) y Pablo Antonio Cuadra (1912), formó el canon nacionalista letrado, y sus miembros han detentado el poder cultural durante todo el siglo xx, a partir de los años 30, cuando ascienden junto a la dictadura de Somoza García, a quien ofrecieron un apoyo muy importante.
- 13 Cuando se habla de “Generación del 40” se alude generalmente a tres poetas: Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985), Carlos Martínez Rivas y Ernesto Cardenal (1925). Sin embargo, se trata de escritores individualizados que no crean espacios y concepciones propias de un grupo, de cara a la renovación de la

sía II (Generación del 50). Los demás movimientos literarios resultaban adyacentes y sin desarrollo notable.

Sobre la base de las ideas del ensayo de PAC en torno a la literatura nacional –posición central de lo letrado, mestizaje, división entre literatura culta y popular, reconocimiento de la literatura culta como única forma válida– Jorge Eduardo Arellano presentó en 1966 su *Panorama de la literatura nicaragüense (De Colón a finales de la colonia)*¹⁴, primer texto realmente articulado de historia literaria nacional. Sin embargo, dada la casi nula producción de la historiografía literaria nacional, las antologías venían cumpliendo una función compensadora, ya que, como afirma Beatriz González Stephan (1987: 17):

El que no existan historias de la literatura, propiamente dichas, en una determinada etapa no autoriza a pensar que sea imposible la existencia de otras vías donde se haya registrado la memoria del pasado literario o los modos a través de los cuales se haya organizado la producción literaria. Estas formas otras *no fundan* una ciencia de la historia literaria pero son su *condición necesaria*.

A este respecto las antologías poéticas han cumplido funciones relacionadas con “lo que se entienda por ‘literatura’ en cada época de acuerdo al consenso colectivo y a lo pautado por los grupos académicos” (González Stephan 1987: 20); es decir, en una labor depuradora sobre un abundante corpus de producciones textuales (en este caso producciones poéticas). Así, la antología *Poesía nicaragüense* de María Teresa Sánchez¹⁵ supuso una opción muy abierta sobre los textos: 175 poetas seleccionados, de los cuales 13 eran mujeres. La característica panorámica de esta selección ofrecía una visión democratizante del corpus, que casi dejaba pendiente la selección de textos canónicos, aunque se complementaba con las notas críticas de la editora y con el espacio dado a cada poeta, que simbolizaba el peso canónico de cada uno. Asunto fundamental en esta antología era que se presentaba articulada al horizonte liberal, que prestigiaba el relato nacionalista. En su presentación José H. Montalván, por entonces Ministro de Educación Pública, decía que “[u]na antología buena y completa es una historia de la labor espiritual de una Nación”, destacando a la vez la pluralidad de tendencias y voces: “Flores de todos los matices y con todas las fragancias [...] dijérase que una Antología es el mejor “canto patriótico” (1948: 8).

La antología “100 poemas nicaragüenses”, encabezada por el estudio “Introducción a la literatura nicaragüense” de Pablo Antonio Cuadra (1963), trasladó su interés del

construcción cultural nacional, con la excepción del proyecto personal de Ernesto Cardenal, quien se levanta como el gran continuador de las propuestas intelectuales del Movimiento de Vanguardia, con su visión idealista cristiana y en muchos sentidos conservadora. Por otra parte es el único de los tres con impacto internacional notable. Mejía Sánchez y Martínez Rivas se limitan a romper “estéticamente” con las propuestas anteriores. Sin embargo, el impacto de este rompimiento de frente al poder cultural es muy precario, entre otras cosas porque el canon poético nacional los asimila casi desde sus comienzos, proponiendo a estos escritores como “continuadores” de los poetas anteriores. A partir de esta supuesta “Generación del 40” el sistema poético nacional enarbola una especie de solipsismo provincial, y un sistema de autorreferencialidad y continuidad interesante pero muy limitado y precario. Véase al respecto de lo último la reseña de Amelia Mondragón (1991) a la antología de Steven White, *Poets of Nicaragua. A Bilingual Anthology. 1918-1979*.

¹⁴ Es muy importante el análisis que hacen de esta obra Seydi Araya y Magda Zavala (1995).

¹⁵ Sánchez (1918-1994) fue una importante promotora cultural además de editora, poeta y narradora.

patriotismo a la identidad cultural, encarnada en los escritores. Según PAC, a partir del caso fundacional de Darío, los poetas reconciliarían la dispersión de la cultura indígena e hispánica, y la división entre cultura popular y elitista. Darío sería el trasvase, asimismo, para el impulso romántico e irracionalista europeo –Novalis, Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé–, con lo que se abriría “un ámbito nuevo: el de la originalidad americana”. Y continúa PAC:

Con tales instrumentos para la creación literaria y abiertas las puertas para captar, ya no digamos lo primitivo y primordial, sino incluso la magia agresiva de “lo feo” o de “lo raro”, cesó aquella secular “extrañeza” del escritor centroamericano ante su medio y, sobre todo, ante su “otro yo” de mestizo: el inédito y casi mudo “otro yo” indígena (Cuadra 1963: 24)¹⁶.

Se trata, como parece obvio, de la constitución de una identidad dura, coherente, “masculina”, pedagógica y hasta “criolla”, que no ha sido eficientemente sometida a dudas hasta hoy día. Una identidad del letrado que ha conquistado un territorio que le había sido ajeno hasta ese momento, y que se presta a dar voces al indígena mudo. Es importante destacar que para PAC el componente indio es “pasivo, femenino, terrestre”, mientras su contraparte española, o más bien “occidental”, es de “signo activo, fecundante, masculino, oceánico”, de manera que fácilmente lo indígena se presta a representar todo lo subalterno y sometido.

La selección de los “100 poemas nicaragüenses” aparece pactada entre generaciones de creadores jóvenes y grupos consagrados¹⁷. Sin embargo, “la escogencia siempre refleja –dentro de su inevitable parcialidad– el recuento de la poesía nicaragüense hecho por las generaciones actuales” (1963: 167). Por otra parte, “[n]inguno de los que intervinieron en la escogencia de esta antología creyó colaborar en la selección de las cien mejores poesías nicaragüenses, sino en reunir cien poemas que, respondiendo a una medida de calidad lo más alta posible, dieran en conjunto una visión de la variedad, continuidad y originalidad de la poesía nicaragüense” (ibíd.). De manera que a pesar de su fijación conservadora en la mitología del autor y la cultura universalista, los 100 poemas tienen una conciencia del horizonte histórico cultural y literario, visible, por ejemplo, en el reconocimiento de su parcialidad. Dentro de su esquema, esta conciencia de continuidad sería posteriormente enriquecida, tanto en su perspectiva histórica como en la cantidad de textos y organicidad por la *Antología general de la poesía nicaragüense* de Jorge Eduardo Arellano (1984) que, sin embargo, lleva la desventaja de excluir a Rubén Darío¹⁸.

Comparadas las antologías de María Teresa Sánchez y la de Steiner/Cuadra tenemos algunas diferencias destacables: 1º La de Sánchez ensaya un “canto patriótico”, con un

¹⁶ Nótese las equivalencias de “lo feo”, “lo raro”, lo mestizo y lo indígena; presentados ante el escritor que por defecto debe ser un “criollo”.

¹⁷ La antología fue publicada de manera anónima; el seleccionador joven era Rolando Steiner (1936-1987, hijo de María Teresa Sánchez y significativo autor teatral) y el mayor, el propio Pablo Antonio Cuadra. Véase el “Prólogo a la primera edición” en la *Antología general de la poesía nicaragüense* de Arellano (1994).

¹⁸ En la edición aumentada (1994) Arellano explica que la ausencia de Darío se debe a que éste “trasciende nuestras fronteras geográficas y niveles estéticos” (p. 17), lo cual dice mucho de las paradojas de la aclimatación nacionalista de Darío.

horizonte político nacionalista liberal bien evidente; la de Steiner/Cuadra trata de expresar una identidad recogida en los textos, con los escritores como emisarios consagrados de esa identidad, su fijación en paradigmas de la cultura universalista enuncia sus características conservadoras. 2º La de Sánchez trata de articular, por medio de la agrupación cuantiosa, la variedad de las producciones, es decir, representar el corpus; la de Steiner/Cuadra escoge lo canónico usando criterios de originalidad artística y continuidad en la historia literaria (en la que, como ya dije, se consagra una línea central que va de Darío al Movimiento de Vanguardia y sus discípulos) y en la que se consigna la arbitrariedad de la selección. Las antologías de poesía nicaragüense posteriores a éstas han seguido en una gran medida sus esquemas, manteniendo incólume la idea nacionalista –patriótica o de identidad– como cimiento de su labor canonizadora. Sucede así en la *Poesía nicaragüense* de Ernesto Cardenal (1973), por ejemplo, o en la reciente *Soles de eternos días* de Anastasio Lovo y Erwin Silva (1999), pasando por la *Poesía política nicaragüense* (1986) de Francisco de Asís Fernández, la ya mencionada *Antología general de la poesía nicaragüense* de Jorge Eduardo Arellano (1984, 1994) y la antología *Hija del día. Artes poéticas nicaragüenses* de Julio Valle-Castillo (1994). Las excepciones a las reglas han sido motivadas por las vicisitudes del relato nacionalista letrado. Por ejemplo, la necesidad de elaborar crítica y canónicamente la continuidad entre Modernismo (léase Rubén Darío) y el Movimiento de Vanguardia, problema que trata de subsanar la antología *Poetas modernistas de Nicaragua 1880-1930*, editada por Julio Valle-Castillo. La imposterable obligación política de visibilizar el Caribe nicaragüense dentro de las letras nacionales ha tratado de ser llenada, insuficientemente, con las antologías *Poesía Atlántica* de Julio Valle-Castillo (1980), y la más reciente *La tierra miskita* de Adán Silva y Jens Uwe Korten (1997).

Sin duda, la más significativa de las antologías que se apartan del esquema identificador nacionalista ha sido hasta ahora *La mujer nicaragüense en la poesía* de Daisy Zamora (1992). El rescate parcial de una microhistoria de género que se cumple en esta antología, hace pensar en la advertencia de Pablo Antonio Cuadra respecto a la identidad nacional, la que implicaría “todo un caudal de nuevos actos y esfuerzos, fusiones y aportes, choques y entendimientos, explotaciones y rebeldías, que aun no han terminado”. Y Cuadra continúa: “Nuestra nacionalidad está aún en *proceso de formación*” (1963: 13). Esta advertencia ha sido dejada del lado con mucha frecuencia, al extremo de preferirse una idea monopolar de identidad, en un escenario multicultural como es el de nuestro país y el de Centroamérica. Esa preferencia monopolar esconde o disimula características masculinistas (misóginas y homofóbicas) y etnocéntricas. Es decir, que las antologías dan relieve exclusivo al mestizaje hispano-indio, se orientan en torno a la cultura del Pacífico, y subordinan los sistemas orales, a la vez que su metodología pocas veces trasciende el monografismo, o sea, se elaboran en torno a la imagen mitificada del autor¹⁹ y se orientan por un canon ya establecido.

¹⁹ A este respecto es muy importante la ya citada *Nueva poesía nicaragüense* (Cuadra Downing 1949), una antología cuyo editor, Orlando Cuadra Downing, miembro también del Movimiento de Vanguardia, dice que busca reunir “mucho de pocos [poetas]”. El estudio introductorio de Cardenal pretende ser por eso biográfico, monográfico y anecdótico, orientado por la idea de que “es ya mayor de edad la poesía nicaragüense y que ha llegado la hora de las publicaciones” (p. 11). El proyecto de Cardenal se cumplió de manera exitosa en la notoriedad internacional que alcanzó después él mismo, en su posición en el

Una justificación identificatoria que se reduce casi al absurdo es la que ofrece Ernesto Cardenal en su antología *Flor y canto. Antología de poesía nicaragüense* (1998), en cuya introducción caracteriza la poesía nicaragüense²⁰ por su “nicaraguanidad” (p. 8), como si la identidad estuviera ya elaborada, clasificada y afirmada y no “en proceso de formación”, tal como advertía Cuadra en 1962. La justificación de nicaraguanidad se cumple para Cardenal en “la abundancia de palabras nicas”, la abundancia de “temas nicas”, el humor que es “una característica nica” (p. 8), la novedad de la expresión poética, el exteriorismo²¹, la influencia de la poesía norteamericana y la armonía generacional entre poetas nicaragüenses. Lo que sobresa de esta caracterización es la falta de perspectiva histórica para justificar la identidad o identidades, y, por tanto, la canonicidad de los textos seleccionados. En la primera edición de su *Poesía nicaragüense* (1973), Cardenal al menos reconocía la arbitrariedad de su selección: “Tal vez se podría decir que esta antología es algo arbitraria: en el sentido de que el seleccionador ha escogido los poemas que más le gustan a él, y más le interesan” (1973: VII). Esta opción, junto a las convenciones del exteriorismo, funcionaban en un esquema utópico revolucionario, en el que, como es lógico, el futuro jugaba un papel fundamental. En la antología de 1998 no hay conciencia ni elaboración de las insuficiencias identificatorias de ese futuro nacionalista utópico, en una etapa posterior al auge revolucionario.

La elaboración utópica revolucionaria tampoco se libró de la perspectiva etnocéntrica, incluso cuando trataba de integrar los márgenes. A ese respecto es ilustrativo el criterio de Julio Valle-Castillo con respecto a la selección de la *Poesía Atlántica*, cuando considera que el continente americano “es vario, pero uno, en lengua e historia” (1980: 7), es decir, con una historia única contada en español. Reconocía, a la vez, este autor que “una poesía del Caribe nicaragüense propiamente dicha acaso sólo sería la escrita en un inglés criollo y en los dialectos, que, por desgracia, ya se están extinguiendo” (ibíd.)²², lo que habla de un horizonte inalcanzable dentro del esquema dominante unipolar, lingüístico e histórico. Pero, además, la selección llevaba a una serie de suplantaciones de las versiones más o menos originales:

poder cultural como Ministro de Cultura del gobierno sandinista, y en la poderosa influencia que ha ejercido sobre casi todos los escritores nicaragüenses.

²⁰ *Flor y Canto* es una actualización de la antología *Poesía nicaragüense* editada por Cardenal en 1973.

²¹ Exteriorismo define una tendencia realista en la poesía nicaragüense, que según Cardenal sería la más valiosa dentro del canon poético. Esto ha provocado un debate provinciano y desubicado entre “interiorismo” y “exteriorismo”. El “exteriorismo” proviene de la lectura, el intercambio y la traducción apasionada de poetas norteamericanos llevada a cabo por José Coronel Urtecho y el propio Cardenal. Los mejores alcances del “exteriorismo” están en la poesía de Cardenal, aunque él ha tenido muchísimos discípulos que conforman hasta cierto punto y a estas alturas una escuela agotada. Durante los años revolucionarios, el “exteriorismo” funcionó como escuela oficial de poesía, entrenando a muchos aspirantes a poetas en talleres que seguían sus reglas. El “exteriorismo”, debido en parte a la balcanización cultural centroamericana, ha demostrado ser menos rico que otros experimentos de poesía realista levantados en contextos literarios más prósperos y en intercambios complejos con otras textualidades, caso de Carlos Drummond de Andrade en Brasil o Pier Paolo Pasolini en Italia. Con respecto a las relaciones de la poesía nicaragüense con la poesía norteamericana, véase White (1993).

²² El argumento sobre la desaparición de las lenguas indígenas y la necesidad de trasladarlas a la letra impresa en español sigue en pie. Adán Silva y Jens Uwe Korten dicen al respecto, en el prólogo de su antología (1997), que “[l]as lenguas orales tienden a desaparecer, pero la lengua escrita sobrevivirá, llevando a las generaciones venideras el encanto de su cosmovisión, el orgullo de su lucha, la sabiduría de sus ancestros”.

Cabe hacer notar que estas composiciones breves, rituales y orales, han ejercido una poderosa atracción sobre los poetas nicaragüenses, desde Rubén Darío hasta el joven Alí Aláh, pasando por Francisco Pérez Estrada, Pablo Antonio Cuadra, Alberto Ordóñez Agüello, Ernesto Cardenal y Jorge Eduardo Arellano. Por tanto, hemos preferido reproducir ahora las versiones y recreaciones, más que los supuestos originales. Estímulo y reinención (p. 8).

De manera que la visión exotista de los escritores del Pacífico suplantaba a los “supuestos originales”, subordinando una vez más “los dialectos” a la lengua española. Pero, además, los textos “deslumbrados” de otros poetas del Pacífico ilustraban “el paisaje humano, fluvial y urbano, ajeno, exótico y nicaragüense: negros y negras, el Escondido y el Rama, Bluefields” (p. 9). Esa visión exótica era una alerta más a la precipitada conclusión de Pablo Antonio Cuadra sobre la posibilidad de los escritores de reconocerse en su “otro yo” indígena, sobre todo cuando éste aparece como una entidad cultural viva y desconocida, y no muerta y oculta. Como una paradoja, en el mismo volumen de *Poesía Atlántica*, Lizandro Chávez Alfaro expresaba en su introducción:

Para el poder centralista de la clase dominante que heredó la Costa Atlántica, esta heterogeneidad [lingüística] no era más que el equivalente de su irredimible marginalidad, de su condición de propiedad alquilable, apenas digna de uno que otro gesto paliativo. La misma denominación de *Costa* tiene algo derivado de una lejanía mental, de extrañeza interpuesta, de la segregación congénita a un sistema que ha encontrado su fin en el triunfo de la Revolución Popular Sandinista (1980: 15).

Poesía Atlántica se aunaba a una serie de antologías poéticas, patrocinadas por el Ministerio de Cultura de Ernesto Cardenal, que trataban de ofrecer panoramas vastos de la producción poética, con preferencia en la producción popular, bajo la dominante de los talleres de poesía del Ministerio de Cultura. Eran, en este sentido, reveladoras del ansia de representar en mayor medida la abundante producción poética popular, que en el contexto revolucionario constituía, ante todo, un fenómeno dirigido por una parte de las élites letradas. Podría verse en este fenómeno una fijación en el corpus de producciones del momento histórico, y no una fijación en el canon textual. Esta última labor la ha suplido otra serie de antologías, siendo la última la ya mencionada *Soles de eternos días* (1999). En varios sentidos esta antología sigue algunos preceptos de los “100 poemas nicaragüenses”, pero alcanza un sentido singular, dadas sus ambiciones canonizadoras y su fijación conservadora en los textos paradigmáticos, con pretendida independencia de la historia cultural, social o política. Como en el caso de la antología *Flor y canto* de Cardenal, la identidad nicaragüense es considerada un hecho y, tautológicamente, los textos son emblemas de esa figuración. Como ninguna otra antología, *Soles de eternos días* abre un posible debate en torno a cómo fijar el canon poético, proceso poco estudiado en la historia literaria nicaragüense.

Al igual que *Flor y canto*, *Soles de eternos días* no reconoce la arbitrariedad de su labor selectiva y se fundamenta en la categoría de la “estética de la libertad, ácrata y refinada”, cuyo paradigma sería Rubén Darío. Dicen los editores en su introducción:

Este concepto rubeniano ha sido la divisa de las diferentes generaciones de poetas nicaragüenses, que han creado su poesía de excelencia universal, pese al poder, las academias y otros dogmatismos que se han pretendido imponer a la creación poética (Lovo/Silva 1999: xxi).

Los autores reconocen, asimismo, que pretenden “una lectura posible de nuestra generación, a final de siglo y milenio” (ibíd.) –lo que abre cierto horizonte histórico–, y que los instrumentos críticos que los orientan –pues se trata de una antología poética acompañada de textos críticos– son la hermenéutica y la semiótica. Los conceptos de variedad, continuidad, originalidad y visión de conjunto, que ordenaban los “100 poemas nicaragüenses”, son sustituidos por los de “belleza formal, densidad significativa y trascendencia para el arte y la identidad nacional” (ibíd.), para la selección de textos en los que las temáticas generales “se concretan en un grado supremo de elaboración estética magistral” (ibíd.). Por supuesto, esta agenda abre la posibilidad de inquisiciones relativas a los textos consagrados, que los editores no se aventuraron a problematizar de previo. De manera que el “pacto” sobre lo canónico de algunos textos escogidos o lo no-canónico de otros omitidos, sólo podrá ser conseguido por medio de un debate posterior.

Los mismos textos críticos insertos en la antología –algunos muy valiosos–, abren a veces directrices impensadas a lo “paradigmático” de los textos, orientando así la búsqueda hacia lo heterogéneo del corpus, de la búsqueda interpretativa y, sobre todo, de la gravitación histórica sobre los mismos textos. ¿Cómo argumentar la estética acrática de una poética metida hasta la médula en la historia, caso de PAC o Cardenal? ¿Por qué sublimar el compromiso socio-histórico de las generaciones de los sesenta? ¿Cómo aclimatar, en el discurso nacionalista, el desarraigo de muchos de nuestros creadores? Y, por último, ¿cómo confrontar contextos de revalidación posmoderna de las microhistorias genéricas o regionales?

Cabe, asimismo, volver a pensar en los senderos canonizadores, y en las necesarias labores transicionales pendientes. Para el caso mexicano, Carlos Monsiváis (1994/95) ha observado que la crítica literaria comenzó, en el siglo XIX, siendo una sucursal de la moral. En contextos sucesivos, el canon es manejado por el “consenso de los lectores más reconocidos, que son también, en la mayoría de los casos, los autores” (Monsiváis 1994/95: 69), pero con una presencia cada vez más determinante de la crítica, que ya en este siglo se orienta por dogmas estéticos, sin obviar que las consagraciones atañen también a fenómenos de la sociología del gusto o a fenómenos como “el reconocimiento externo que otorga el status de clásico en vida” (Monsiváis 1994/95: 75). En Nicaragua, las canonizaciones se estratifican preferiblemente en torno a la poesía y en contexto de significado nacionalista. Estas fijaciones, unidas al escaso desarrollo de la teoría, historia y crítica literaria, obscurecen gran parte de las búsquedas y orientaciones, así como sus significados para la historia cultural²³.

La fijación identificatoria ha llevado a despreciar lo que no es evidente, claro y comunicable en los textos poéticos canónicos, desde los impulsos irracionales en Rubén Darío hasta las herejías de la modernidad exaltada en Martínez Rivas. En esto avanzan

²³ Sin embargo, estas carencias son celebradas de manera a veces irresponsable por algunos antologadores. Por ejemplo, Julio Valle-Castillo afirma (1998: 10) que: “La poesía es la nación [...] De aquí que la poesía desempeñe en nuestra sociedad funciones extraliterarias, ancilares, destinadas en otros contextos culturales a otras instituciones, disciplinas y ejercicios de la inteligencia humana. La poesía es nuestra ética, nuestra filosofía y nuestra historia, nuestro Libro Sagrado.” La celebración esquizofrénica de las carencias intelectuales no puede conseguir mejor máscara: la de la poesía, que a su vez se devalúa en un contexto más teológico que literario.

algo los autores de *Soles de eternos días*. Mas no hay que obviar que lo dominante en algunas antologías es la supuesta característica “exteriorista” de los textos poéticos nicaragüenses o, en parecido sentido, su claridad²⁴. Siguen sin estudiarse, sin embargo, las configuraciones ideológicas de un sistema literario que probaría sin mucho esfuerzo ser él mismo etnocéntrico, a veces criollista, misógino y quizá homofóbico. No se crea que estos conceptos debilitan la coherencia “masculinista” de nuestros creadores o su efectividad textual. No se escriben buenos textos desde la “política correcta”. Se trata más bien de fortalecer las opciones de búsqueda de una ciencia literaria en nuestro país.

Sin duda una asignatura pendiente para los estudios de la poesía nicaragüense es su análisis comparativo con otras poéticas de la región. En general, se prefiere afirmar de una vez por todas el lugar de vanguardia que ocupa la poesía nicaragüense. Una muy somera comparación con las antologías de poesía hondureña, por ejemplo, indica ciertamente muchas diferencias, sobre todo en el grado de identificación o de distanciamiento crítico estético con respecto al patriotismo y al nacionalismo. Justamente, la labor de gente como Pablo Antonio Cuadra ha posibilitado para Nicaragua una articulación mucho más elaborada de la crítica y la historiografía literaria, una más convincente secularización del campo de estudios. En efecto, en muchas de las antologías de poesía hondureña²⁵, algunas simultáneas de las nicaragüenses que hasta ahora he discutido, el catálogo de elementos de connotación nacionalista –ejemplarmente el pino, los ríos, Lempira, Morazán, los pueblos, los poetas muertos, etc.²⁶– equivale casi a una poética.

El prólogo de Eliseo Pérez Cadalso a la antología *Índice general de poesía hondureña* de Manuel Luna Mejía (1961) es un manifiesto liberal arquetípico, incluso en lo convencional del lenguaje “patriótico”, en su condena a los períodos históricos de la Conquista y la Colonia, y en su exaltación del pasado indígena. Esto se puede contraponer de manera bastante obvia a las concepciones de Pablo Antonio Cuadra y los Vanguardistas granadinos en general, para quienes la edad de oro es la Colonia, y el indígena es un ente mudo al que hay que dar voz²⁷. Hay una distancia principal entre la concepción liberal tradicional de la antología hondureña y esta concepción conservadora de los nicaragüenses, pero hay también, como ya sugerí, una distancia de grado, una actualización teórica e historiográfica cumplida por el proceso cultural de los Vanguardistas nicaragüenses, que los ubicaba en un mejor terreno para justificar –e imponer– su mitología nacionalista literaria.

Sin embargo, hay también un vínculo bastante visible entre los catálogos patrióticos hondureños y la determinación de una forma estética que cumplen los Vanguardistas nicaragüenses. En efecto, tanto la fundamentación del inventario nacionalista que elabo-

²⁴ Resulta sintomática la conclusión de Julio Valle-Castillo en su antología *Hija del día. Artes poéticas nicaragüenses* (1994: 39 s.): “A veces se me antoja pensar que el signo de la poesía nicaragüense es el sol, ‘el nicaragüense sol de encendidos oros’ de Darío.” La claridad solar dariana implicaría según esta dialéctica, la postura antimoderna de Salomón de la Selva y el exteriorismo cardenaliano. Se trata de una invención mitológica. Pero no deja de llamar la atención la constante alusión a la claridad solar que hacen los antólogos nicaragüenses para caracterizar la nacionalidad, y que se entrelaza con el realismo (“exteriorismo”) como petición de principio.

²⁵ Entre otras, las de Manuel Luna Mejía (1961), Roberto Sosa y Oscar Acosta (1967), y Oscar Acosta y Pompeyo del Valle (1971).

²⁶ Véase especialmente la antología de Acosta/Del Valle (1971).

²⁷ Véase al respecto Delgado Aburto (1999).

ran los Vanguardistas granadinos, como la justificación de la “claridad solar” de la poesía nicaragüense o la propuesta de una estética exteriorista, conllevan siempre el riesgo de un *kitsch* patriótico oficialista, que no tendrá qué envidiarle a los elaborados catálogos de pintoresquismos de algunas antologías hondureñas. Ese *kitsch* se evidencia sin duda tanto en los seguidores de la estética de Ernesto Cardenal como en la concepción teórica que identifica sin riesgos de fisura al discurso nacional y al discurso poético nicaragüense. En este momento crítico estamos actualmente.

A partir del intento de Daisy Zamora y *La mujer nicaragüense en la poesía* (1992) se puede problematizar un poco la agenda de los textos emblemáticos, si se reconoce la necesidad de pactar su canonicidad y, sobre todo, recorrer con una mirada más científica el corpus de las producciones, dado el urgente reconocimiento práctico de la pluriculturalidad. El libro de Zamora tiene varios argumentos imprescindibles para la historia y crítica literaria nicaragüense, ante todo la idea del ingreso de las mujeres como sujetos en el ámbito literario y político, con un concepto de liberación más profundo e integral. La estrategia de Zamora consiste en atribuir a su generación un papel central en esta irrupción. La poesía habría sido uno “de esos caminos o accesos que tuvieron algunas mujeres de extracción burguesa y pequeñoburguesa para tomar conciencia de su problemática y de su condición humana y naturaleza femenina” (1992: 17s.). Hasta los años 60 y 70, “los nombres de la poesía nicaragüense hasta entonces habían sido todos nombre de varón” (p. 18). Es obvio que Zamora trabaja desde lo canónico, y no desde el corpus de las producciones; recuérdese que ya María Teresa Sánchez había recogido a 13 poetas mujeres en su antología.

Sin embargo, Zamora encuentra en los poemas anónimos de mujeres miskitas “un antecedente indígena remoto, un indicio, raíz que nutre quizá, en más de una vertiente, la actual poesía femenina nicaragüense” (p. 20)²⁸. Una tradición trunca y esporádica, en fin, pues sólo es abordada desde el canon instituido. Dándole centralidad a las poetas de los 60 y 70, Zamora reconoce algunas “precursoras”, pero se centra en la descripción del fenómeno de irrupción de las décadas que considera fundamentales. Aquí reelabora algunas premisas instituidas por algunos escritores como José Coronel Urtecho, por ejemplo, la tendencia general entre las poetas al coloquialismo o exteriorismo. Luego presenta las temáticas y el significado de las poetas, evalúa la exaltación del cuerpo como intención subversiva o el erotismo con dimensión política (pp. 43, 49). También advierte una serie de temáticas propias, es decir femeninas, que aprovechan el coloquialismo, pero que también incluyen “formas difíciles y novedosas” (p. 45). En este sentido es muy importante el reconocimiento de dos poéticas contradictorias –una más enigmática, otra más evidente–, que a veces se encuentran incluso en la misma escritora, y que Zamora resume como “secretos y gritos”.

Zamora tiene la tendencia, sin embargo, a definir las poéticas femeninas de frente a la realidad social, sin elaborar mucho las posibilidades de una poética más inescrutable. En efecto, la autora resuelve el secreto poético en un ámbito reivindicatorio:

Tal oscuridad, magia, surrealismo o hermetismo es revelador de los subterfugios y escondites de que se valía la mujer, para no entregar su naturaleza ni entregarse, y para no expresar siquiera el estado de hibernación al que estaba circunscrita (p. 29s.).

²⁸ Nótese cierta coincidencia con el planteamiento de Pablo Antonio Cuadra sobre la mudez del elemento indígena.

Por ello no es extraño que cierre su análisis confiando en que la revolución social de aquel entonces “nos llevará [a las escritoras] a la poesía de la acción, a la creación, a la invención de nosotras mismas, a la recuperación de nuestro rostro, de nuestra identidad verdadera” (p. 60).

Esta búsqueda epifanía es notoria porque vuelve a colocar la identidad en el proceso histórico de su conformación, insegura, por razones políticas, de una identidad total ya articulada, partiendo, sin embargo, de la microhistoria de un sector subordinado a la dominante patriarcal, caso poco frecuente en los intentos antologizadores de los textos. No obstante, esta búsqueda revela también las insuficiencias de la fijación exclusiva en el canon, sobre todo cuando se trata de inventar una tradición que aparece oscurecida o en meros indicios. De manera que *La mujer nicaragüense en la poesía*, aunque se aparta de la retórica canónica identificatoria que domina las antologías, refleja también la ausencia de agendas menos esquemáticas y más provocadoras, cuando se trata de reunir textos emblemáticos. Se sabe que a partir de Borges, este tipo de textos entró a reinos relativos y maleables, lo que no quita que sigan prestando un servicio identificatorio. Por eso mismo habría que detallar, para concluir, la problemática que enfrentan los textos paradigmáticos.

Tendría que considerarse, en primer lugar, la tendencia global a dar relieve a las pequeñas historias, genéricas, sexuales, culturales, regionales, etc. Las identidades necesitarán nuevas pautas y nuevos pactos. Es obvio que esto conforma la base ética de lo pluricultural y que desde ella amenaza el peligro de una politiquería de “las políticas correctas”. En este sentido es imprescindible dar un margen a la “fe científica” para abordar los procesos culturales; es decir, a la urgencia de lo multidisciplinario –historia, antropología, estudios culturales– para orientarse en el corpus, lo que indudablemente tendrá que influir en el canon. Por ejemplo, no se podrá abordar eficientemente, desde las disciplinas tradicionales de la ciencia literaria, la problemática de las regiones culturales de nuestro país. Además, sólo desde fundamentaciones menos idealistas se podrá plantear la posibilidad –o necesidad– de romper con el papel rector del relato nacionalista en el campo literario, optando por uno de región cultural (¿Centroamérica?). Dentro de los textos canónicos habría que interrogarse, asimismo, por el problema de la *otredad* –Atlántico, mujer, homosexual, subalterno, etc.–, pues es urgente también dar un sentido histórico al canon, hacerlo salir del “esplendente sol de las eternas realidades” que le pronosticara Ayón, para hacerlo ingresar al campo de las vicisitudes históricas.

Bibliografía

Antologías:

- Acosta, Oscar, y Pompeyo del Valle (eds.; 1971): *Exaltación de Honduras*. Tegucigalpa: Nuevo Continente.
- Arellano, Jorge Eduardo (ed.; 1966): *Panorama de la literatura nicaragüense (De Colón a finales de la colonia)*. Managua: Imprenta Nacional.
- (ed.; 1994; ¹1984): *Antología general de la poesía nicaragüense*. Edición aumentada. Managua: Distribuidora Cultural.
- Cardenal, Ernesto (ed.; 1998): *Flor y canto. Antología de poesía nicaragüense*. Managua: Centro Nicaragüense de Escritores [ed. revisada de *Poesía nicaragüense*, 1973].

- Cuadra, Pablo Antonio (ed.; 1972): *Nueva antología de poesía nicaragüense*. Managua: El Pez y la Serpiente.
- Cuadra Downing, Orlando (ed.; 1949): *Nueva poesía nicaragüense* (Introducción de Ernesto Cardenal). Madrid: Seminario de Problemas Hispanoamericanos.
- Lovo, Anastasio, y Erwin Silva (eds.; 1999): *Soles de eternos días. Paradigmas textuales de la poesía nicaragüense del siglo XX* [antología y estudios críticos]. Managua: Nos-otros.
- Luna Mejía, Manuel (ed.; 1961): *Índice general de la poesía hondureña*. Prólogo de Eliseo Pérez Cadalso. México: Ed. Latinoamericana.
- Sánchez, María Teresa (ed.; 1948): *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua: Nuevos Horizontes.
- Silva, Adán, y Jens Uwe Korten (eds.; 1997): *La tierra miskita. Prosa y poesía miskita en miskito y español*. Managua: Centro Nicaragüense de Escritores.
- Sosa, Roberto, y Oscar Acosta (eds.; 1967): *Antología de la nueva poesía hondureña*. Tegucigalpa: Universidad Nacional Autónoma de Honduras.
- [Steiner, Rolando, y Pablo Antonio Cuadra, eds.] (1963): „100 poemas nicaragüenses.“ En: *El pez y la serpiente*, 4.
- Valle-Castillo, Julio (ed.; 1980): *Poesía Atlántica*. Managua: Ministerio de Cultura.
- (ed.; 1994): *Hija del día. Artes poéticas nicaragüenses*. Managua: Nueva Nicaragua.
- (ed.; 1998): *Nicaragua: poesía escogida*. San José: EDUCA.
- Zamora, Daisy (ed.; 1992): *La mujer nicaragüense en la poesía. Antología*. Managua: Nueva Nicaragua.

Crítica:

- Araya, Seydi, y Magda Zavala (1995): *La historiografía literaria en América Central (1957-1987)*. San José: Ed. Fundación.
- Arellano, Jorge Eduardo (1997): *Literatura nicaragüense*. Managua: Distribuidora Cultural.
- Ayón, Tomás (1914): “Escritos literarios.” En: J. Andrés Urtecho (ed.), *Escritos varios de los Doctores Tomás y Alfonso Ayón*, Managua: Tipografía Nacional, pp. 43-52.
- Beverly, John (1994/95): “Postliteratura.” En: *Nuevo texto crítico*, 14/15, pp. 385-400.
- Cardenal, Ernesto (1949): “Ansias y lengua de la nueva poesía nicaragüense.” En: Cuadra Downing (1949: 7-99).
- Cuadra, Pablo Antonio (1963): “Introducción y la literatura nicaragüense.” En: *El pez y la serpiente*, 4, pp. 9-26; reproducido en la *Nueva antología de poesía nicaragüense* (Cuadra 1972).
- Delgado Aburto, Leonel (1999): “Textualidades de la nación en el proceso cultural vanguardista.” En: *Revista de Historia*, 10: 19-33, Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica.
- Franco, Jean (1986). *Plotting Women. Gender and Representation in Mexico*. New York: Columbia University Press.
- González Stephan, Beatriz (1987): *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas.
- Kinloch, Frances (1995): “Civilización y Barbarie: mitos y símbolos en la formación de la idea nacional.” En: F. Kinloch (ed.), *Nicaragua en busca de su identidad*, Managua: Instituto de Historia de Nicaragua.
- Mignolo, Walter D. (1994/95): “Entre el canon y el corpus.” En: *Nuevo texto crítico*, 14/15: 23-36.
- Mondragón, Amelia (1991): [Reseña:] “Steven White: una totalidad implícita. *Poets of Nicaragua. A Bilingual Anthology. 1918-1979*.” En: *Revista Iberoamericana*, 157: 1080-1083.
- Monsiváis, Carlos (1994/95): “La crítica literaria en México.” En: *Nuevo texto crítico*, 14/15: 69-76.

Montalván, José H. (1948): "Presentación." En: Sánchez (1948).

Rama, Angel (1984): *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.

Ramírez, Sergio (1983): *Balcanes y volcanes*. Managua: Nueva Nicaragua.

White, Steven (1993): *Modern Nicaraguan Poetry. Dialogues with France and the United States*. London: Bucknell University Press.

Rodrigo Arocena y Judith Sutz*

➤ **Desigualdad, tecnología e innovación en el desarrollo latinoamericano**

Diez años atrás, la “nueva propuesta” de la CEPAL (1990) para el desarrollo latinoamericano centró la atención en las conexiones entre transformación productiva y equidad. Lo que al respecto aconteció durante los años ’90 y lo que puede pasar a futuro conduce naturalmente a una exploración retrospectiva, cuyo hilo conductor lo constituye una pregunta capital: ¿cuándo la equidad es factor de innovación?

La teoría de los Sistemas Nacionales de Innovación (Freeman 1987; Lundvall 1992; Nelson 1993; Edquist 1997) realza lo institucional, las interacciones entre actores diversos, los aprendizajes colectivos. En ese marco y con una perspectiva comparativa, se busca aquí contribuir a estudiar, en la historia latinoamericana, las interacciones entre la desigualdad en la distribución del excedente, las valoraciones prevalecientes de la técnica y las capacidades sociales para la innovación.

1. Incorporación periférica en la economía mundial y uso del excedente

¿Cuáles fueron los rasgos específicos que más incidieron en el tipo de inserción en la economía mundial que América Latina conoció a partir de la segunda mitad del siglo pasado? Dentro de la inmensa diversidad del continente, es posible destacar ciertos trazos dominantes cuya interacción con los condicionantes externos pautó la emergencia del “orden neocolonial” (Halperin Donghi 1988).

En la herencia de los largos siglos de la colonia, debe anotarse en lugar destacado la profunda desigualdad social y étnica. En los tiempos revueltos de las luchas por la Independencia se confrontaron distintos proyectos de nación; luego, los beneficios de la nueva situación se concentraron en grupos relativamente pequeños, a menudo urgidos por establecer estrechas relaciones con las potencias dominantes de la época, Gran Bretaña en especial. Estas élites dirigentes, compuestas por grandes terratenientes y comerciantes, generales y abogados, no se caracterizaban en general por su vocación nacional: confiaban poco en sus propios países, no se identificaban con las clases bajas de los mis-

* *Unidad de Ciencia y Desarrollo de la Facultad de Ciencias y Unidad Académica Comisión Sectorial de Investigación Científica, respectivamente, Universidad de la República, Uruguay. Se incluyen aquí, con modificaciones, partes de trabajos previos (Arocena, 1998a y b; Sutz, 1998a). Una versión anterior de este artículo fue presentada a las Jornadas de Historia Económica (Montevideo, julio de 1999); se agradecen las apreciaciones que en esa oportunidad efectuaron Rosemary Thorp, Luis Bértola y Gustavo Bitencourt.*

mos sino más bien con las clases altas europeas y, en ciertos casos, hasta preferían dejar de constituir naciones independientes (Bethell 1991a: 96-97).

A partir de 1850 empezó a configurarse un relacionamiento activo de América Latina con los países en vías de rápida industrialización. Durante ese período de crecimiento “hacia afuera”, dinamizado por la exportación de productos primarios, las élites dominantes concentraron el vasto excedente generado, y lo orientaron prioritariamente hacia el consumo conspicuo, imitativo de las élites de los países centrales y generador de considerables importaciones. Celebraban los cambios que valoraban como modernización, pero no promovían mayormente modificaciones de la inversión y de las instituciones que extendieran a sectores más amplios de la población los beneficios de tal modernización (Bethell 1991b: 21, 42). Rasgos mayores de la evolución latinoamericana han sido desde entonces la incidencia del consumo conspicuo en el nivel de la actividad económica y su peso en el comercio de importación.

La desigualdad previa generó así nueva desigualdad y se consolidó durante el crecimiento “hacia afuera” (Thorpe 1998: 6, 26), apareciendo en las comparaciones internacionales como una notable y perdurable característica de América Latina tomada en su conjunto.

Junto a la relevancia del consumo conspicuo y de la desigualdad, cualquier comparación destacará probablemente la despreocupación promedial de los estratos dominantes por el avance tecnológico. Lo que centraba su atención, durante las últimas décadas del siglo pasado, no era esta cuestión sino más bien la imitación de los modos de vida de las élites europeas, a diferencia por cierto de lo que sucedía hacia la misma época en Japón. En este país, las élites no habían buscado una relación estrecha con Occidente, sino todo lo contrario; cuando esa relación les fue impuesta, después de 1850, su actitud hacia los países “centrales” fue orientada por el firme propósito de adquirir el poder de la tecnología sin afectar su estilo propio de vida. En ese caso, como en el de Alemania, impulsada durante el siglo XIX por el propósito de colmar la “brecha” de poder técnico-económico que la ponía en desventaja respecto de Gran Bretaña, es notorio el vigor de lo que cabe denominar como “tecnológico nacionalismo”¹. Si toda nación es una “comunidad imaginada”, cada imaginario colectivo nacional puede incluir dimensiones muy distintas. La propia unificación alemana transcurrió en paralelo con el despliegue de una vocación nacional en ciencia y tecnología. Diríase que se construyó a la vez la nación y su sistema de innovación.

En Japón, la meta nacional, “alcanzar y superar a Occidente”, tenía que ser lograda en el campo en el cual la superioridad de Occidente había sometido al país a una apertura impuesta desde el exterior. Ese propósito orientó un gran esfuerzo que signa la historia del Sistema Japonés de Innovación. En ella se percibe el vigor de un “tecnológico nacionalista” que, partiendo de cierta capacidad técnica propia, busca acceder por todas las vías posibles a la tecnología extranjera más avanzada, poniendo en juego un destacado papel del Estado, una multiplicidad de iniciativas empresariales, el fuerte estímulo a la ampliación de la base educativa y la prioridad asignada a la ingeniería, todo ello convergente al objetivo de saber hacer lo mejor en todos los terrenos (Odagiri y Goto 1993).

¹ La expresión entrecomillada la usa Elam (1997) para caracterizar el pensamiento de Friedrich List; para la relación de este último con la teoría de los Sistemas de Innovación, ver Freeman (1987) y Freeman y Soete (1997).

En América Latina, la actitud prevaleciente era el fruto combinado de procesos de antigua data y de otros nuevos que estaban alterando rápidamente el aspecto de amplias regiones del continente. En la desatención a lo técnico confluían tanto las lecciones de una historia en la cual la prosperidad debía poco al cambio tecnológico y las pautas de una cultura oficial tradicionalmente ajena a la ciencia –despreciativa de lo productivo, de lo manual, del ingenio para hacer cosas–, con ciertas características fundamentales del nuevo orden económico. Este impulsó un importante crecimiento promedial de la producción y de la productividad; también favoreció ciertas actividades y regiones, y perjudicó a otras; pero contribuyó además “a sofocar el potencial para la producción local de tecnología”, dado que, vista “la relación coste-beneficio, a corto plazo era mucho más fácil –y más racional– adquirir nuevos métodos de producción en Europa que crear la clase de ambiente social que hubiera estimulado la generación local de tales métodos” (Bethell 1991b: 3).

La “pérdida” resultante no fue consecuencia del recurso a la tecnología extranjera; los japoneses la procuraron por todos los medios: compra, imitación, espionaje, robo. Pero si supieron espiar y robar técnicas fue porque se preocuparon de aprender a crear más que de simplemente usar; los buenos técnicos son buenos espías. Lo decisivo fue que, en ese caso, la incorporación de tecnología del exterior tuvo lugar bajo formas que estimularon la generación local. Más bien lo contrario aconteció en el caso de América Latina, no sólo por factores internos y por las relaciones coste-beneficio, sino también debido al papel del capital extranjero, que llegó en montos notables durante las décadas anteriores a la I Guerra Mundial; en ciertos casos, ello trajo consigo el uso de técnicas avanzadas, particularmente en la minería y en los frigoríficos, pero en el contexto de la pérdida del control nacional sobre las actividades involucradas (Bethell 1991b: 35, 239). Ese nuevo “saber hacer” fue importado en bloque. Se consolidó así la canalización “hacia afuera” del grueso de la demanda tecnológica.

Hacia fines del siglo XIX, la desigualdad y las relaciones de poder eran muy diferentes en América Latina y en Escandinavia, otra región también incorporada a la economía internacional como periferia exportadora de bienes primarios. En los comparativamente pobres países nórdicos, un mayor grado de igualdad contribuyó a orientar el excedente económico hacia la construcción de capacidades productivas propias.

Así por ejemplo, en la evolución de Dinamarca, se ha destacado la forma en que la reinversión de las ganancias impulsó el progreso técnico. Ello se debió en gran medida al vigor del cooperativismo agrario, que permitió un avance importante de la mecanización, impulsada por las propias familias campesinas, en la medida en que agrupadas podían poseer maquinaria; si hubieran estado aisladas, ello no les hubiera sido posible, en cuyo caso cada hogar rural habría tenido que seguir efectuando en forma manual las labores agrícolas. En particular, se atribuye una importancia decisiva al movimiento cooperativo en la configuración institucional de la pujante industria procesadora de alimentos. El gran impulso para la fundación de las cooperativas en la industria láctea surgió en la década de 1880, cuando los granjeros individuales reconocieron la necesidad de la propiedad conjunta para financiar la puesta en marcha de una nueva centrífuga danesa. Poco después se establecieron cooperativas en la industria cárnica. Estas asociaciones funcionaban de manera democrática. En realidad, el financiamiento mediante asociaciones de ahorro y crédito se había establecido ya una generación antes, con el movimiento para liberar a las pequeñas propiedades de las cargas remanentes del pasado feudal (Lingard y Tylecote 1998).

En el avance productivo de Dinamarca se ha señalado también la importancia de la integración entre la ciencia y la tecnología, y de ambas con la industria (Jamison 1982: 281). Vale la pena pues señalar algunos de los factores que vincularon el cooperativismo productivo con la integración de la ciencia y la tecnología a la producción, más allá de las acciones de racionalización en el uso de bienes de capital. Un primer elemento tuvo que ver con la educación, que jugó un papel determinante en la modernización democrática del espacio rural danés, proceso en parte responsable del surgimiento del movimiento cooperativo. Varias consecuencias se derivaron referidas a la innovación. Una fue una demanda importante de difusión de prácticas productivas estandarizadas entre muchísimas unidades pequeñas que debían ofrecer sus productos con calidades similares, para lo cual hubo que desarrollar procesos específicos. Otra consecuencia fue la acción política contra el sistema de patentes, dirigida a evitar la privatización del conocimiento (Jamison 1982: 284). La modernización agraria con elevación de los ingresos de los campesinos amplió la demanda de bienes industriales e impulsó la producción de bienes de capital, incluso para la exportación, alimentando un proceso de aprendizaje tecnológico bastante amplio y de alto nivel (Andersen y Ludnvall 1988: 11).

El caso de Dinamarca estaría mostrando que el crecimiento económico de largo plazo no requiere necesariamente una evolución de la desigualdad de ingresos en forma de U invertida (Lingarde y Tylecote 1998). Conclusiones análogas surgen del estudio de la evolución de Suecia, Noruega y, posteriormente, Finlandia. La incorporación periférica en la economía mundial, tal como tuvo lugar en el contexto sociocultural latinoamericano, afianzó la desigualdad, mientras que sus efectos fueron muy diferentes en el contexto escandinavo, donde la equidad mostró su potencial para impulsar la innovación. No es necesario un aumento inicial de la desigualdad para estimular el crecimiento económico: puede suceder que, en ciertas condiciones institucionales y culturales, una mayor igualdad promueva el “despegue”.

2. Inmigración e innovación en los orígenes de la industrialización

El crecimiento hacia afuera, extremadamente desparejo según las regiones como bien se sabe, afianzó el orden oligárquico. Pero también generó tendencias que contribuirían a ponerlo en cuestión. El aumento de la riqueza abrió posibilidades nuevas a las manufacturas locales, y atrajo asimismo a nuevos contingentes inmigratorios, que a su vez aportaron sustantivamente a dos grandes procesos destinados a horadar aquel orden, la industrialización y la democratización. Nos interesa aquí detenernos brevemente en los fundamentos de la incipiente industrialización, que se hizo notar especialmente donde el crecimiento hacia afuera incrementó la capacidad de consumo de las clases medias.

Parece posible afirmar que la inmigración fue un gran protagonista de la industrialización. Se ha dicho que el gran caudal migratorio que llegó a la Argentina antes de la I Guerra aportó la mayor parte de las capacidades humanas con las que se construyó la economía por entonces más avanzada de América Latina, en la cual la gran mayoría de los empresarios industriales seguían siendo extranjeros todavía en 1935. Con diferencias de grado, la dinámica gravitación de los inmigrantes en la creación de fábricas y en el desarrollo del empresariado industrial se registra también en gran parte del continente (Bethell 1991b: 31, 41, 269-270).

La innovación en general, el surgimiento de lo nuevo, suele tener un carácter interactivo. Su contexto es, a menudo, el de un “encuentro” entre actores diferentes, en particular algunos impelidos a cambiar, en el marco de nuevas situaciones que dan lugar a mecanismos tipo “desafío-y-respuesta”. Seguramente, ello tuvo lugar cuando llegaron a América, en la marejada de la inmigración, numerosas personas que, proviniendo de los suburbios de la industrialización que estaba transformando Europa y habiendo tomado la decisión de empezar una nueva vida, sabían hacer ciertas cosas en los ramos manufactureros, o al menos sabían que esas cosas se podían hacer, y se encontraban con espacio económico para los establecimientos de escala reducida que algunos, a menudo con inmenso esfuerzo, podían establecer. Si la innovación productiva consiste en la introducción de algo nuevo en un cierto ámbito, aunque sea ya conocido en el mundo –criterio incluso menos restrictivo que el que se adopta en un estudio comparativo reciente– (Nelson 1993), es razonable suponer que los inmigrantes tuvieron un papel descollante en la innovación que constituyó la etapa originadora de la industrialización latinoamericana².

3. Sobre el período del crecimiento hacia adentro

En las últimas décadas del siglo XIX, en países que incluyen a Argentina y Uruguay, surgió no sólo el entramado productivo incipiente de la industrialización sino la base ideológica del proceso, y además ciertas redes sociopolíticas que habrían de promoverlo; en todo ello se destacaron las ligas industrialistas, donde también jugaron un rol preponderante los inmigrantes; ya por entonces fueron adoptadas medidas gubernamentales y regulaciones legislativas de apoyo a la industria nacional. Ciertas corrientes políticas que en el siglo siguiente habrían de desempeñar un rol estelar, como el batllismo uruguayo, se nutrieron de esos aportes e integraron a la ideología industrialista en el programa democratizador. En tales contextos, la construcción industrial fue parte del haz de tendencias antioligárquicas que conmovieron a América Latina en las décadas iniciales del siglo XX; las mismas incluyen a la Revolución Mexicana, al Movimiento de la Reforma Universitaria, al crecimiento de los movimientos obreros, a las primeras instauraciones de regímenes políticos democráticos, a los avances de la legislación social y las construcciones pioneras del Estado de bienestar.

Sobre la base económica, ideológica y política a la que recién se hizo referencia, se apoyó la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI), que motorizó un nuevo período de crecimiento a partir de la crisis de los '30. No fue ésta, por cierto, la “creadora” de la ISI, sino la gran ocasión para que la misma cobrara fuerza; la crisis agrietó rápidamente los pilares esenciales del dinamismo económico previo, imponiendo la búsqueda urgente de alternativas, lo que pudo hacerse en la medida en que las bases de éstas ya existían.

No corresponde ensayar aquí nada parecido a una valoración de conjunto del período de la ISI. Ello fue hecho con profundidad y riqueza de matices hace ya tiempo, por ejem-

² En el caso del Uruguay, se ha demostrado (Beretta 1996; Beretta y García 1998) que, en el contexto de una rica dinámica de actores sociales, la innovación técnico-productiva fue en gran medida una contribución de la inmigración.

plo por Fernando Fajnzylber (1983). Afortunadamente, las valoraciones esquemáticamente condenatorias que predominaron durante la “contrarrevolución en la teoría del desarrollo”, aunque todavía conservan adherentes, ya no marcan la tónica del debate. Se reconoce que, con todas sus sombras, ese período dio lugar a los mayores avances económicos y sociales que hasta el presente haya conocido América Latina: “El segundo período de crecimiento comenzó entre los años treinta y cincuenta y finalizó a principios de los ochenta. En este período se logró el crecimiento más rápido del siglo y se consiguió un progreso notable tanto de la producción como de la productividad laboral, respaldados por el auge de la infraestructura y la prestación de servicios. Se produjo al mismo tiempo una transformación de los indicadores de desarrollo humano. En los años sesenta, descendió el porcentaje de personas en la pobreza, y hubo algunos indicios en unos pocos países de que se había frenado el empeoramiento de la distribución del ingreso y de que, incluso, se replegaba” (Thorp 1998: 295).

En esta sección nos limitaremos a formular ciertas observaciones acerca de las influencias recíprocas entre desigualdad, innovación y tipo de crecimiento durante la ISI. En este período, ciertas tendencias de peso apuntaron hacia la disminución de las desigualdades, por cierto de formas variadas según los países, y no siempre en los mismos momentos. Entre tales tendencias cabe destacar: (i) los procesos de democratización que debilitaron en muchos casos el control del Estado por élites reducidas, (ii) la expansión de los cometidos económicos y sociales del sector público, (iii) el crecimiento del proletariado industrial y del movimiento sindical, y (iv) la disminución de la influencia de las empresas extranjeras, sobre todo durante la primera parte del “crecimiento hacia adentro” y por comparación al período anterior.

En este nuevo período, el Estado se constituyó en un actor central de la economía en general, y de la industrialización en particular. Sin embargo, las poderosas élites tradicionales combatieron las políticas públicas orientadas a promover un crecimiento de nuevo tipo; la también tradicional subvaloración cultural de la tecnología siguió predominando. Factores de ese tipo incidieron en la falta de profundidad y continuidad de las políticas industriales, que no incluyeron un adecuado apoyo público a la elevación sistemática del nivel tecnológico, como se registró en Japón y otros países del Asia Oriental. Paralelamente, las mejoras en la distribución fueron en conjunto limitadas y, muy especialmente, no gestaron círculos virtuosos entre equidad e innovación, como los que ilustra la experiencia escandinava. El potencial para la innovación, que creciera hacia el final del período anterior y posibilitara el surgimiento de la ISI, no dejó de tener un lugar en conjunto marginal en las dinámicas del crecimiento latinoamericano.

Todo ello incidió, particularmente, en que no pudiera consolidarse un importante sector de producción de medios de producción. Nos encontramos así con el motivo central por el cual Fajnzylber ha calificado de “industrialización trunca” a la que tuvo lugar en el continente durante el crecimiento hacia adentro. Esto a su vez abrió camino al gran viraje hacia lo que podría calificarse de “crecimiento hacia adentro con protagonismo de afuera”, la segunda etapa de la ISI motorizada por el capital extranjero, que entretejió industrialización con desigualdad y amplió tanto la escala como la variedad de la producción manufacturera, pero no profundizó la capacidad endógena para la innovación.

El proceso de sustitución de importaciones se liga por cierto a un fuerte intervencionismo estatal, pues requiere una serie de acciones –proteccionismo industrial o políticas selectivas, por ejemplo– que sólo el Estado está en condiciones de realizar. Pero el

sector público, para desempeñar un rol relevante en ese terreno, no tiene que hacerlo de una manera única y predeterminada. Fajnzylber formuló en este contexto la crucial distinción entre el “proteccionismo para el aprendizaje”, que caracterizó a los procesos industrializadores más exitosos del Asia Oriental, y el “proteccionismo frívolo”, que en América Latina signó a la industrialización tardía.

En este último caso, el sistema proteccionista no prevé una trayectoria para su propio debilitamiento y eventual desaparición, cuando se haya superado la etapa de la “industria infantil”; no se apunta a construir, durante el período de competencia restringida, una competitividad basada en el conocimiento y la capacidad de innovación que permita seguir avanzando en condiciones de mayor apertura económica. Por el contrario, el “proteccionismo para el aprendizaje” apunta a ponerse a tiro de la tecnología avanzada y, cosa aún más importante, con el ritmo y la dirección de la innovación en los países centrales.

Otra diferencia medular se refiere a los bienes de capital. Estos tendieron a ser comprados en el exterior por las principales empresas que operaban en América Latina, las estatales y las multinacionales. La producción nacional de esos bienes recibió por lo general menos protección que el resto del sector manufacturero. Ello contribuyó grandemente al truncamiento de la industrialización, en la medida en que no abrió espacios para procesos fundamentales de aprendizaje ligados a la producción de máquinas herramienta y de sistemas técnicos relacionados. En lo que hace a la tecnología, su importación careció prácticamente de regulaciones; políticas para la “sustitución de importaciones tecnológicas” fueron ensayadas en muy pocos casos, constituyendo el más notorio de éstos la controversial política informática brasileña.

El modelo de industrialización fue muy distinto en Asia Oriental y América Latina. Si bien ambos tuvieron en común la importancia del rol desempeñado por el Estado, las diferencias en el desempeño de ese rol fueron realmente muy grandes. Así por ejemplo, no se conoció en nuestro continente nada parecido al relacionamiento entre Estado y tecnología en Japón. Allí, antes de la liberalización de fines de los '60, no se decidía ninguna compra de tecnología, “joint venture” o acuerdo de patentes sin aprobación del MITI, que procuraba activamente mejorar los términos de cada convenio, y no permitía incorporar tecnología extranjera si no estimaba que la industria nacional involucrada estaba madura para aprovecharla (Johnson, 1982: 17).

Las diferencias en las opciones políticas, y más todavía en las modalidades de su implementación, contribuyen a explicar por qué los hechos no confirmaron las apreciaciones de la década de 1950, cuando las perspectivas para el crecimiento parecían mucho más favorables en América Latina que en Asia (Freeman 1996: 162). En ello incidió la “miopía científico-técnica” existente en las esferas de toma de decisiones, tanto gubernamentales como productivas, una de cuyas manifestaciones consistió en considerar sólo el cálculo económico de corto plazo para justificar decisiones de inversión en materia tecnológica y de creación de conocimiento, lo que llevó en la mayoría de los casos a líneas de acción que consolidaron lo que Freeman (1992: 48) ha llamado “subdesarrollo voluntario”.

Una explicación parcial de la evolución diferencial e imprevista de América Latina podría resumirse como sigue. La magnitud del esfuerzo industrializador, la profundidad de las políticas proteccionistas, la capacidad del sector público para adaptarlas a circunstancias cambiantes de manera exigente y estimulante, así como el dinamismo y la dispo-

sición a invertir del empresariado se vieron limitados por factores ya apuntados, y hondamente arraigados en la historia del continente: la vocación por el consumo conspicuo, un imaginario colectivo que valora escasamente tanto a la tecnología como a las capacidades nacionales para desarrollarla, una arraigada costumbre de comprar afuera casi todo el conocimiento y el instrumental que las actividades económicas requieren. Por ende, el proceso industrializador, una vez culminadas las etapas más sencillas de la sustitución de importaciones manufactureras, se encontró con crecientes dificultades para pasar a las etapas más complejas y empezó a pesar de manera cada vez más gravosa en el comercio exterior de bienes y servicios, a través de la importación de maquinaria y conocimientos técnicos.

Estos problemas fueron enfrentados por vías que, a la larga, permitieron el asentamiento de una cierta base industrial, pero no que la misma alcanzase un nivel elevado y autosustentable de dinamismo tecnológico; así, el período de la ISI permitió superar la inserción periférica tradicional, motorizada por la exportación de productos primarios casi sin ninguna elaboración, pero desembocó en un relacionamiento de índole “semi-periférica”, en el cual se venden bienes y servicios con escaso valor tecnológico endógeno agregado y se importan del centro productos de alto valor tecnológico.

En la configuración de semejante relacionamiento, la desigualdad alta jugó un papel relevante, por la forma en que modeló la estructura de la demanda y su énfasis en los bienes de consumo durables para las clases alta y media (Thorp 1998: 7), así como por las limitaciones que supuso para producir a nivel avanzado.

En la década de 1950, las “ventajas” emanadas de la crisis y las guerras en el “centro” habían desaparecido; en cambio, se hacían presentes con fuerza las dificultades para profundizar el proceso de industrialización latinoamericano. En medio de debates y conflictos que habrían de agudizarse notablemente durante la década siguiente, la opción que predominó, al menos en los países más grandes del continente, fue el “desarrollismo”, vertebrado por la apuesta a la instalación en el continente de filiales de las grandes transnacionales, como vía maestra para acceder a las máquinas, las técnicas y los capitales que la expansión de la industria requería. Esas filiales se instalaron para producir bienes que, dados los niveles de inequidad y los tamaños de los mercados nacionales, sólo encontraban una clientela importante y en expansión en los países de mayor tamaño y en la medida en que se incrementaran sostenidamente los ingresos de los sectores pudientes. Así tomó cuerpo una segunda etapa de la industrialización, que fomentó y se vio fomentada por la desigualdad. No es de extrañar que la ISI se haya agotado tempranamente en países pequeños y comparativamente igualitarios como el Uruguay; la segunda etapa del proceso se afirmó especialmente en las naciones más grandes, como Argentina, Brasil y México. En este lapso, dentro de un panorama como siempre colmado de contrastes, ya no son las tendencias hacia una mayor equidad las que predominan; parecería que más bien lo contrario ocurre (Thorp 1998: 28).

Este segundo empuje industrializador puede ejemplificarse claramente con el caso de la Argentina. Allí el auge inversor que tuvo lugar entre 1957 y 1961 generó una rápida expansión tanto de la producción manufacturera como de la productividad. En esos años alrededor de 200 corporaciones extranjeras instalaron filiales en el país, llevando su participación en la producción manufacturera hasta un tercio del total, y generando un profundo cambio en la cultura industrial local. En este proceso, un papel central le correspondió a la industria automovilística, cuya producción creció alrededor de un 25% al año

entre 1958 y 1965; a comienzos de los '50, había un automóvil por cada cincuenta personas en la Argentina, proporción que en 1975 había subido aproximadamente a uno cada seis personas (Katz y Bercovich 1993: 455 y 457).

A fines de los '50 se implantaron en Argentina y Brasil nuevas industrias intensivas en capital, particularmente importantes en las ramas metal-mecánicas (automóviles ante todo) y químicas, lo que se inscribe en la denominada segunda fase de la sustitución de importaciones; la dirección del cambio estructural fue similar en ambos países, si bien la intensidad del proceso y el ritmo de crecimiento fueron mucho más destacados en Brasil, en parte debido a una política industrial más adecuada y eficiente (Bértola y Porcile 1998).

Las multinacionales producían bienes que en Estados Unidos, y después también en Europa, podían ser adquiridos por muchas personas. Pero en América Latina sólo una minoría podía acceder a ellos, así que la expansión fundamental de la estructura productiva se orientó según la demanda de esa minoría. Si la desigualdad era escasa, esa demanda no resultaba grande, y por lo tanto el crecimiento económico inducido era también escaso. Frecuentemente, los gobiernos latinoamericanos impulsaron la concentración de ingresos como vía para ampliar el mercado de lo que se había constituido en el sector dominante de la industria. Ello no siempre fue compatible con la preservación de la institucionalidad democrática. A partir de los '60 los gobiernos militares de la Argentina y el Brasil, en especial, ampliaron las concesiones a la inversión extranjera e impulsaron el incremento de la desigualdad; ello supuso un cambio particularmente notable en la Argentina, la economía latinoamericana más avanzada durante la primera mitad del siglo, donde la equidad había sido notoriamente impulsada a fines de los '40 y comienzos de los '50. La contracara del "milagro brasileño" puede verse en la disminución salarial y el crecimiento de la desigualdad que tuvieron lugar a partir del golpe de 1964 (Villaschi 1994: 25).

La reorientación de la ISI asignó el papel dinámico principal a los bienes producidos para el sector del mercado interno con poder adquisitivo alto, e incluso fortalecido por las políticas de varios gobiernos. En tal sentido, la desigualdad persistente influyó poderosamente en la configuración del proceso industrializador y éste, a su vez, llegó a convertirse en un factor de acentuación de la inequidad, revirtiendo así tendencias que habían emergido en las fases iniciales de la ISI.

4. La crisis del modelo

El crecimiento siguió siendo promedialmente alto durante los '60 y '70, incluso por comparación a procesos muy celebrados: de 1965 a 1980 el PBI per cápita se incrementó a un promedio anual del 3,5% en América Latina y del 5% en Asia Oriental, incluyendo a China. Pero el "modelo latinoamericano" de crecimiento no era sustentable. A fines de los '60 escribía Furtado (1969: 300): "parece indudable que las posibilidades de desarrollo apoyadas en la exportación de materias primas y en la industrialización 'sustitutiva de importaciones' controlada del exterior, alcanzan o ya alcanzaron los límites de sus posibilidades".

Originalmente, el financiamiento de la industrialización se basó en las exportaciones primarias, parte de cuyos proventos fueron utilizados por los gobiernos para costear sus

políticas proteccionistas, las que favorecieron a los empresarios manufactureros y también a sectores urbanos más amplios. Esas políticas, junto al fortalecimiento sindical y político de sectores asalariados, coadyuvaron en varios países a disminuir la desigualdad, durante la primera parte de la ISI. Luego, como ya se destacó, el financiamiento de una industrialización de mayor envergadura fue pesando más sobre la balanza de pagos, mientras que, en numerosos casos, los ingresos provenientes de las exportaciones primarias no crecieron a nivel comparable, o incluso disminuyeron. Es cierto que en los años '70 las exportaciones manufactureras de los países mayores del continente cobraron cierta significación. Pero globalmente se mantuvo la dependencia de los ingresos provenientes de las exportaciones primarias, las inversiones externas o los préstamos. Una industrialización cuyo motor había llegado a ser el alto consumo interno –el modelo industrial consumidor, diríamos–, mucho más que el ahorro propio y la capacidad de innovación, sólo podía avanzar mientras el financiamiento externo fuera de fácil acceso.

Durante la década de 1970 en especial, el crecimiento fue impulsado por la abundante oferta de crédito proveniente de la banca internacional. Por ello y porque convenía a algunos actores muy específicos, el endeudamiento se incrementó notablemente: “Como el cobro de comisiones y la corrupción se volvieron características típicas de los acuerdos más rentables, la falta de información convenía a todas las partes. Se produjo un fuerte incremento de las importaciones, y los regímenes militares de los años setenta aprovecharon la disponibilidad de recursos para acumular material de defensa. Los bancos internacionales y los comerciantes de armas se unieron para ayudar a que América Latina utilizase el crédito de que disponía” (Thorp 1998: 222). Ello resultó altamente perjudicial para la calidad del gasto público en general y del funcionamiento del aparato estatal, crecientemente aquejado por la corrupción y por la tendencia a encarar cualquier problema a partir de la solicitud de un nuevo préstamo (Idem: 225-226).

La ISI surgió como un proceso impulsado por actores de poder internos de la escena latinoamericana; empresarios manufactureros nacionales o nacionalizados por la inmigración, dirigencias políticas de base urbana, fracciones de la burocracia pública interesadas en la afirmación del Estado y, también, obreros industriales sindicalizados constituyeron las redes de poder económico y político en las que se basó el “cambio de modelo” que tuvo lugar a partir de la Gran Depresión. Ese cambio implicó inicialmente un debilitamiento relativo de los actores de poder externo, de la gravitación económica del capital extranjero, de la influencia política de los gobiernos del “centro”, de la preponderancia ideológica de las concepciones “ortodoxas” acerca del crecimiento económico y la modernización. La ISI se entretejió –de manera por demás conflictiva, cierto es– con la elaboración de una concepción latinoamericana del desarrollo, a la que nos referiremos en la próxima sección.

A medida que la dinamización endógena de la ISI fue perdiendo fuerza, en paralelo con ello se debilitaron los actores de poder internos mencionados y, de alguna manera, volvió a crecer la gravitación de los actores externos. A nivel económico, las empresas transnacionales pasaron a marcar el ritmo del desempeño industrial; a nivel político, los Estados apelaron crecientemente tanto al financiamiento como a la orientación proveniente del exterior. Ello tuvo consecuencias graves, recién destacadas, para el funcionamiento del sector público; ideológicamente se entretejió con el debilitamiento de la reflexión interna, de su capacidad de incidir en la generación de políticas y particularmente en el análisis de las perspectivas. En esto último gravitó prioritariamente la elaboración

de las instituciones financieras internacionales que no parecían percibir peligros (Thorp 1998: 221-222) y formularon diagnósticos tranquilizadores hasta poco antes que estallara la crisis más grave de la historia latinoamericana. Entonces los ritmos de crecimiento o estancamiento se hicieron muy distintos de una región a otra. De 1980 a 1989 el PBI creció a un promedio anual del 6,3% en Asia Oriental, y decreció un 0,5% en América Latina.

5. Una concepción latinoamericana

En las décadas posteriores a la II Guerra Mundial, en América Latina se fue conformando y llegó a ser predominante una cierta visión de la problemática del desarrollo, con importante cuota de originalidad. La misma puede ser caracterizada mediante ciertos rasgos compartidos por lo que es en realidad una gama amplia de concepciones teóricas y políticas, con perfiles bastante heterogéneos, pero en los cuales puede empero reconocerse cierto aire de familia. Nos referimos al pensamiento cepalino y a ciertos parientes más o menos próximos, como las diversas versiones de la teoría de la dependencia, enfrentados entre sí con mayor o menor virulencia, pero no por carecer de ciertos puntos de vista comunes, sino más bien al contrario: la centralidad atribuida por todos los contendientes a ciertos fenómenos y lineamientos para la acción delimitó un terreno donde pudieron confrontarse enfoques diferenciados.

Empleando una terminología cuyos riesgos se conocen, diríase que se trataba de polémicas al interior de un “paradigma” compartido, sustento de los contendientes y de la contienda misma. Si, en relación a la investigación vinculada a la comprensión y a la resolución de una problemática determinada, un paradigma está conformado por ciertas claves interpretativas fundamentales, direcciones de trabajo priorizadas, tipo de resultados perseguidos y herramientas o instrumentos preferidos, en la teoría del desarrollo la concepción latinoamericana “clásica” constituye un paradigma de indudable relevancia.

Lo dicho se sustenta en una amplia literatura (Rodríguez 1980; Sonntag 1988; Blomström y Hettne 1990, y otras referencias discutidas en estas obras), la cual lleva a destacar algunos rasgos característicos de la concepción latinoamericana clásica que colaboran a la comprensión de las relaciones entre innovación y desarrollo en nuestra parte del mundo. Resumimos a continuación cuatro caracteres mayores de lo que fue el tronco común de las ideas dominantes entre los años '50 y los '70. A saber:

- a) La especificidad de la condición periférica.
- b) La prioridad asignada a la infraestructura industrial.
- c) La concepción del desarrollo como transformación global, de las estructuras sociales de los países involucrados y del orden económico internacional.
- d) El rol protagónico atribuido al Estado.

La primera característica anotada se engloba en la tesis de “la inaplicabilidad de la monoeconomía ortodoxa a las áreas subdesarrolladas”, que Albert Hirschman (1984: 13) ha considerado como uno de los ingredientes básicos de las teorías del desarrollo, en la medida en que éstas rechazan la idea de que el análisis económico tradicional, elaborado en los países industriales, pueda aplicarse directamente a los países subdesarrollados.

Las especificidades comunes a las áreas subdesarrolladas tienen una causa mayor en el relacionamiento entre el “centro” y la “periferia” de la economía mundial, que constituye un orden que tiende a reproducirse a sí mismo, en la medida en que preserva las asimetrías que favorecen a los países desarrollados en desmedro de los demás, que por lo tanto no deben ser considerados como países en vías de desarrollo sino subdesarrollados. El tipo de inserción de éstos en la economía internacional afianza su “heterogeneidad estructural”, dificultando su acceso a la industrialización y por ende al progreso técnico-productivo.

En el pensamiento cepalino, particularmente, lo fundamental reside en la caracterización del relacionamiento centro-periferia (Rodríguez 1988). Durante el crecimiento hacia afuera se conformó una estructura productiva de la periferia que se caracteriza por ser heterogénea y especializada en un número limitado de bienes, por oposición a la del centro, homogénea y diversificada. En la periferia, coexisten un sector productivo moderno y otro “arcaico”, con grandes diferencias de productividad; ésta es en conjunto reducida, los efectos de lo cual se ven paliados, pese al lento crecimiento del sector moderno, por la abundante oferta de mano de obra proveniente del sector “arcaico”, que mantiene bajos los salarios. Esa dinámica tiende al rezago en materia de cambio técnico, así como al desempleo estructural, el desequilibrio externo y el deterioro de los términos de intercambio. En consecuencia, el sistema centro-periferia, si bien evoluciona dinámicamente en su conjunto, conoce un desarrollo desigual, de la productividad en especial, que mantiene la diferenciación estructural y da lugar a una creciente disparidad de ingresos entre los países del centro y los de la periferia.

La especificidad de la condición periférica requiere, en definitiva, transitar por caminos distintos a los que recorrieron las naciones industrializadas. En la concepción que nos ocupa, sin dejar de tener en cuenta la gran diferencia de los enfoques que la componen, los países centrales lo son, en gran medida, por haber logrado construir una economía basada en la industria y motorizada por ella. Se entiende que el gran vector de avance de la producción es la industria, en la cual viene incorporada la dinámica del progreso técnico, así que para superar el subdesarrollo la gran avenida a recorrer es la que lleva a la instalación de una base productiva industrial, que es justamente lo que resulta impedido por la dinámica centro-periferia. Por consiguiente, el progreso pasaba necesariamente por una transformación global, incluso del orden económico internacional.

Al escoger las vías para intentar tamaña transformación es, obviamente, cuando mayor resulta la heterogeneidad de las concepciones que, sin embargo, cabe agrupar en un mismo paradigma. Las propuestas para la acción incluyeron desde “la revolución” y/o el *delinking* hasta el intento de convencer a los países avanzados de que les convenía contribuir al desarrollo de la periferia, combinando la expansión del comercio internacional y el afianzamiento de los precios de las materias primas con las transferencias financieras y tecnológicas. Otra variante de dicha estrategia consistía en sumar a las negociaciones las presiones basadas en el poder político emanado de la gravitación de los países del Tercer Mundo en el enfrentamiento entre el Primer y el Segundo Mundo, y en el poder económico sustentado en el control de los suministros de materias primas, lo que adquirió vigor en los '70 como reivindicación de un “Nuevo Orden Económico Internacional”.

La cuarta característica anotada, el papel del Estado, fue interpretada de formas muy distintas, y hasta ferozmente contrapuestas, pero coincidiendo en su centralidad, particularmente en lo que se refiere a los dos aspectos precedentemente consignados: la

construcción de la base industrial y la modificación del relacionamiento externo. Entre los aspectos ideológicos del pensamiento cepalino, destaca Rodríguez (1988) la suposición de que el Estado dispone de la autonomía y la capacidad necesarias para conducir el proceso de desarrollo y, en particular, para arbitrar conflictos, integrar a los sectores postergados y defender los intereses de la nación como tal. Si “modelo” designa a la combinación de una interpretación de la realidad con una guía para la acción que se basa en ideas relativamente sencillas a las que se asigna empero gran alcance, el protagonismo atribuido al Estado en el desarrollo lleva a decir que la concepción descrita engloba una familia de modelos estadocéntricos.

En resumen, la **concepción latinoamericana clásica del desarrollo** afirma que la especificidad de la condición periférica supone una dependencia y genera una postergación que sólo pueden ser enfrentadas mediante estrategias originales, orientadas internamente a la industrialización y a la transformación de ciertas estructuras sociales, y externamente a la alteración del orden económico mundial, estrategias cuya puesta en práctica ha de tener al Estado como actor estelar.

6. Mirada a la historia reciente: una recapitulación

Lo que pasó con el desarrollo en América Latina, particularmente de los '50 a los '80, puede en alguna medida, ser comprendido a partir del análisis de la interacción de cinco procesos distintos, los cuales han recibido por cierto atención amplia o incluso muy amplia en la literatura, y a los que de una manera u otra ya se ha hecho referencia en las secciones precedentes. En ésta, ensayamos una síntesis que tiene como hilo conductor las influencias recíprocas de:

1. Un proceso desplegado en los ámbitos de las ideologías y las políticas, **el auge y la decadencia de la concepción latinoamericana clásica acerca del desarrollo.**
2. Un proceso técnico-productivo, que puede ser caracterizado mediante el título de una obra capital (Fajnzylber 1983), **la industrialización trunca de América Latina.**
3. Un proceso en el que se entretujan relaciones de poder económico y político, **la redistribución por lo general escasamente equitativa del excedente.**
4. Un proceso que transcurre en el terreno de las relaciones económicas internacionales, **el impacto en la periferia de la transición en el centro del paradigma tecno-económico fordista al de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs).**
5. Un proceso ubicable a nivel de la cultura, o de las relaciones de poder ideológicas, **la preservación de un imaginario colectivo que subvalora a la tecnología.**

Esto último hunde sus raíces en el pasado lejano, pues constituye una herencia de la colonización ibérica, que impuso pautas culturales muy distintas a las transplantadas a las zonas de colonización anglosajona. La España que conquistó América fue la que se arruinó a sí misma, cultural y técnicamente, destruyendo la agricultura morisca, expulsando a los judíos, sometiendo la sociedad a la Inquisición. Su impronta entre nosotros se manifestó en las universidades monásticas que perduraron bastante más allá de la

Independencia, en el desprecio al trabajo manual, en el parentesco entre las escuelas de oficios y los establecimientos correccionales. La cultura oficial asignó un lugar marginal y –salvo en el caso de la biomedicina y la investigación agropecuaria– más bien decorativo a la ciencia, pese a esfuerzos y logros relevantes, y prácticamente dejó afuera a la tecnología. Causa y consecuencia de tal fenómeno, el “matrimonio entre la ciencia y las artes útiles”, que caracteriza a la Segunda Revolución Industrial, en estas tierras apenas si se consumó.

Cuando se inició el “crecimiento hacia afuera”, después de 1850, esas pautas culturales, y sobre todo la estructura de poder económico y político heredada de la Colonia y de los vendavales de la Independencia, volcaron el excedente que en algunos casos llegó a ser cuantioso mucho menos hacia la modernización técnico-productiva que hacia el consumo conspicuo y la imitación de las costumbres de las clases altas europeas. Se afianzó así la inequidad que, en términos globales, nunca dejó de ser característica de América Latina, como también la estrecha vinculación entre el nivel de la actividad económica y el del gasto de los sectores pudientes. Los factores destacados tienden a reforzarse entre sí, limitando de esa forma las posibilidades de las políticas encaminadas a canalizar el excedente hacia la redistribución y la inversión. En conjunto, se configuró un tipo de modernización cuyos rasgos todavía pueden advertirse hoy día, el cual, más que en la asimilación de la tecnología avanzada, se basa en la importación de productos y de formas de comportamiento (Furtado 1969: 294).

Aún así, el crecimiento agroexportador generó en varios países del continente una demanda interna que abrió espacios para la diversificación de la producción y para la inmigración, que a su vez fue un factor clave en la forja de una cierta capacidad para atender aquella demanda mediante la manufactura local de algunos bienes de consumo. La instalación de esas manufacturas fue en muchos casos la obra de inmigrantes con alguna formación específica, y gusto por la técnica. ¿Podrá decirse, en general, que la tradicional subvaloración latinoamericana de la técnica resultó atenuada sobre todo por ciertas corrientes migratorias, pero que en la fusión de lo autóctono y de lo incorporado primó más bien lo primero?

Sea como sea, la incipiente industrialización, estimulada por la inmigración y la urbanización, las reforzó; conjugados, esos procesos se constituyeron en sostenes de los cuestionamientos democráticos al orden oligárquico, y frecuentemente la expansión de la democracia amplió el apoyo político a la industrialización. Se construyeron así los cimientos productivos e ideológicos de la reorientación del crecimiento hacia adentro, desencadenada por la crisis de los '30 y motorizada por la Industrialización por Sustitución de Importaciones. Con ésta tomó cuerpo el carácter estadocéntrico del acontecer económico, y en diálogo con tales procesos surgió la concepción latinoamericana clásica del desarrollo.

Ahora bien, en este nuevo caso de “industrialización tardía”, si el protagonismo del Estado no sólo está presente sino que, en términos relativos al del empresariado, es acaso hasta mayor que en los casos paradigmáticos de Alemania y Japón, lo que está ausente es el “tecno-nacionalismo” tan notorio en estos últimos. La vocación nacionalista es por cierto evidente en la historia de nuestro continente. Se ha manifestado incluso en el propósito de construir la nación latinoamericana, al que podría señalársele alguna similitud con la unificación alemana del siglo XIX. Esa vocación latinoamericanista no es ajena a uno de los rasgos destacados de la concepción clásica del desarrollo, pensada no tanto como estra-

tegia para algún país en particular sino como proyecto de modificación de la inserción internacional de la región en su conjunto y aún de la periferia toda. En cambio, siempre fue muy débil el “tecnologismo nacionalista” latinoamericano; muchos ejemplos de algo así pueden anotarse, pero se trata de anécdotas que no llegan a conformar una corriente o tendencia. Los períodos de prosperidad le debieron poco a la innovación tecnológica endógena, así que ésta no salió del lugar marginal en que la ubicaba la cultura tradicional.

Y esa marginalidad se reflejó también en las ideas predominantes acerca del desarrollo, que parecieron suponer que la capacidad tecnológica viene incorporada a la maquinaria, de donde la instalación de la infraestructura industrial bastará para poner en marcha el proceso de innovación. Reflexiones mucho más elaboradas acerca de la problemática tecnológica en el subdesarrollo, como la de Jorge Sabato (ver Sabato y Mackenzie 1982), no llegaron a formar parte del “paradigma” clásico.

Hemos padecido, por el contrario, los perjuicios de un arraigado imaginario tecnológico desvalorizante, que consiste básicamente en descreer que toda actividad tecnológicamente compleja y, además, estratégica, pueda ser desarrollada o co-desarrollada localmente. No es un imaginario compartido por toda la sociedad: en general los cuerpos técnicos de las empresas del estado, por ejemplo, suelen reclamar una mayor participación en decisiones e implementaciones técnicas de primerísima importancia, basándose en su mayor capacidad de delimitar los problemas y de definir las pautas para su solución que los proveedores “llave en mano”. En algunos casos, como el venezolano, esos cuerpos técnicos llegaron a darse una organización colectiva, el Movimiento Antonio José de Sucre, que libró batallas – y las perdió – en las empresas nacionales de telecomunicaciones y del hierro a fines de los años '70. La situación fue muy distinta en los países nórdicos y en Corea, donde un imaginario tecnológico positivo permitió importantísimos desarrollos en áreas de punta, basados en la demanda interna de productos diseñados y producidos localmente: sólo así se explica el liderazgo mundial de Suecia en telecomunicaciones y de Corea en memorias de computadoras.

Una ironía de nuestra historia, bastante trágica, es que el ejemplo de nacionalismo tecnológico de mayor envergadura al nivel del accionar gubernamental sea el de la dictadura militar brasileña, orientada por valores sociales y políticos muy distintos de los que inspiraron la “concepción clásica” y su noción del desarrollo.

Durante la etapa del “crecimiento hacia adentro”, difícil sería detectar la emergencia de sistemas de innovación propiamente dichos. En cambio, se constituyeron en nuestros países verdaderos “sistemas nacionales de industrialización”, vertebrados por la protección estatal a la industria, nacional o instalada dentro de fronteras, que empero no priorizaba la generación endógena de tecnología, por lo cual tales sistemas apenas si incluyeron a la innovación. El triángulo de Sabato *Estado – empresariado – técnicos* se redujo en los hechos al “segmento” constituido por los dos primeros vértices. El papel más bien virtual de los otros dos segmentos constituye uno de los principales motivos para el “truncamiento” de la industrialización latinoamericana. Durante la etapa de la sustitución de importaciones hubo innovación tecnológica (Katz 1994), probablemente de más envergadura que en la posterior década de los '80, pero con un carácter altamente informal. Escasamente valorada en las pautas culturales predominantes, desatendida por las corrientes centrales del pensamiento sobre el desarrollo, ignorada casi por las políticas públicas, la innovación tecnológica latinoamericana constituyó un fenómeno de naturaleza bastante intersticial. Según parece, sigue siéndolo (Sutz 1998b).

En los países más avanzados del continente, empero, la industrialización sustitutiva de importaciones llegó a conformar una capacidad manufacturera exportadora (Villaschi 1994; Katz y Bercovich 1993). Ello se ligó, en buena medida, al potencial construido en el área metal-mecánica; los cambios en las tecnologías decisivas, que forman parte de la emergencia del paradigma tecno-económico de las TICs afectaron ese potencial exportador (Katz y Bercovich 1993). La emergencia de este paradigma afectó más en general a la industrialización latinoamericana, haciendo comparativamente más grave que antes su debilidad para la innovación y ampliando la distancia con la frontera tecnológica mundial, pero además disminuyendo la capacidad de presión negociadora de los países productores de materias primas. La década de los '70 presenció el auge simultáneo de las demandas en pro del Nuevo Orden Económico Internacional y de las organizaciones de países productores de bienes primarios, y su decadencia también simultánea, y paralela con la aparición de pautas productivas que tendían a disminuir la importancia relativa de la periferia en la economía mundial.

En cierto sentido, la desigualdad mantuvo la desigualdad en un ciclo en el que la limitación del potencial para el crecimiento aparece como variable intermediaria: la inequidad relativamente alta mantuvo reducida la demanda solvente de gran parte de la población así como su capacidad productiva, debido a las malas condiciones de vida y deficiente formación, lo cual, junto con otros factores, atenazó el crecimiento económico y reforzó sus vínculos con el consumo privilegiado; propiciar éste fue a menudo la vía maestra para superar el estancamiento. Con diferencias grandes según los países y los momentos, la etapa de la Industrialización por Sustitución de Importaciones, si bien en conjunto mucho más propicia que la anterior para el progreso social, no forjó un círculo virtuoso en el que se reforzaran mutuamente la expansión económica y la equidad.

Esta breve recapitulación concluye con el gran viraje de los '80, cuando la crisis marcó el agotamiento definitivo del “crecimiento hacia adentro”, impuso esfuerzos exportadores mucho más grandes y más ligados a las manufacturas que antes, acentuó las desigualdades, agravó las penurias de los más carenciados, y desencadenó los procesos acelerados de apertura, liberalización y privatización que ya han cambiado la faz del continente. Por entonces llegó también a su fin el ciclo de la concepción latinoamericana clásica del desarrollo. Durante los agitados y contradictorios años '60 y '70, esa concepción también se agitó y vivió estimulada por sus propias contradicciones y sobre todo por las de la realidad. Pero la dinámica de los hechos fue desplazando cada vez más su centro de gravedad de la guía para la acción a la crítica del orden existente y, dentro de esta última, del análisis de los procesos a la denuncia de las consecuencias, pues las tendencias de la realidad desbordaban las pautas interpretativas.

El Estado había impulsado la industrialización, y ésta había modificado profundamente la estructura productiva del continente, aunque sin dotarla de un dinamismo auto-sostenido; el accionar estatal y los procesos industrializadores habían alterado la inserción en la economía internacional, pero la subordinación al centro se mantenía; la especificidad de la condición periférica sobrevivía mucho mejor que los métodos para afrontarla, quizás porque sus causas más profundas no eran las alegadas, quizás porque la dependencia tenía raíces más sólidas de lo supuesto. En cualquier caso, el mundo rico vivía una nueva revolución tecnológica, los lejanos procesos de industrialización tardía del Este asiático se revelaban mucho más exitosos sin cuestionar mayormente el relacionamiento centro-periferia, y América Latina se afanaba en la “competitividad espuria”

de la década perdida, de todo lo cual no era demasiado lo que la concepción latinoamericana clásica del desarrollo tenía para decir. En ese proceso, paralelo a lo que se ha calificado como la transición de una matriz social “estadocéntrica” a una matriz “mercado-céntrica”, la propia temática del desarrollo perdió gran parte de su vigencia.

7. Algunas conclusiones

Una comparación entre los cuatro países escandinavos y tres países del Cono Sur americano –Argentina, Brasil y Uruguay– lleva a Lingarde y Tylecote (1998) a concluir que la principal diferencia que incidió en el mejor comportamiento económico y tecnológico del primer grupo tiene que ver con la desigualdad, particularmente en la distribución de la tierra y del poder político. En términos generales, nos parece una conclusión compartible, pero que debe ser matizada. En Uruguay, si bien la desigualdad se ha mantenido por encima de la prevaleciente en los países nórdicos, disminuyó tempranamente y de manera sustancial respecto al continente en el que está inserto; sería difícil hacer de ella pues la explicación central de su comportamiento diferencial; su hipotética centralidad hubiera en todo caso inducido un avance posterior, a la finlandesa. Pero esto es justamente lo que no sucedió. Parecería más bien que las peculiaridades demográficas y políticas del país durante el “crecimiento hacia afuera” favorecieron la emergencia de una cierta capacidad para la innovación técnico-productiva y, sobre todo, de una tendencia hacia la equidad, de tal modo que la primera apoyó sin duda a la segunda, pero que los impactos de ésta sobre aquélla tuvieron efectos menos evidentes; a la larga, da la impresión de que las consecuencias, a ese respecto, fueron más negativas que positivas. Debemos pues retornar a nuestra pregunta guía: ¿cuándo la equidad es fuente de innovación?

La cuestión se vincula naturalmente con la educación. Diferencias comparativamente reducidas en materia económica pueden inducir mejoras de los niveles educativos, interacciones más fluidas en el contexto de la producción y por ende un mayor grado de aprendizaje en el trabajo, así como la ampliación de los mercados internos.

Más específicamente, las conexiones entre niveles de desigualdad, sistemas educativos nacionales y desempeño económico parecen de la máxima importancia. Notemos, por ejemplo, que en los '70 Brasil y Corea del Sur presentaban guarismos notablemente similares en lo que hace al rápido crecimiento del PBI, a la matrícula en la enseñanza secundaria y terciaria, e incluso al Índice de Desarrollo Humano (IDH), que en 1960 era de 0,398 en Corea y de 0,394 en Brasil. Sin embargo, la evolución de la equidad parece haber sido muy diferente en el período: tomando 1970 como base 100, los salarios no agrícolas –deflactados por el índice de precios al consumo– llegaron a 276 en Corea en 1984, mientras bajaron a 84 en Brasil. (Amsden 1989: 196) El sistema educativo coreano apuntó a una cierta igualdad, a la reducción acelerada del analfabetismo y a la expansión de todos los niveles de la enseñanza como soporte del crecimiento económico (Kim 1997:62), incluyendo la generalización de la enseñanza avanzada, a la que hoy accede más del 50% del correspondiente tramo de edad. Por su parte, el sistema educativo brasileño sigue siendo un ejemplo por antonomasia de lo que se denomina acceso de élite a la educación terciaria, acompañado por la persistencia de un alto nivel de analfabetismo. Se conoce el comportamiento diferencial de la producción en ambos países durante las últimas dos décadas. En 1994 el IDH de Corea –0,890– lo ubicaba entre los países de alto

desarrollo humano, mientras que el de Brasil –0,783– lo insertaba entre los países de desarrollo humano intermedio.

Sin pretender establecer ningún tipo de “monocausalidad”, esta comparación, sobre todo si se la detalla, realza las vinculaciones entre equidad, educación y desarrollo. El caso escandinavo apunta en la misma dirección.

¿Qué se puede decir, en relación a lo que antecede, a partir de la experiencia rioplatense? Probablemente, la expansión de la educación –que en términos continentales fue tanto temprana como amplia– tuvo en materia de innovación un impacto positivo que se vio amortiguado por el contexto cultural de subvaloración de la técnica. En el caso escandinavo, como ya se destacó, la equidad fue un poderoso factor de innovación. Ello tuvo lugar en un contexto de alta valoración de la técnica en general y de la ingeniería en especial, lo cual también ha sido subrayado tanto en el caso japonés como en el coreano. A fines de los '70, la proporción de estudiantes post-secundarios en Corea que optaban por la ingenierías alcanzaba al 26%, mientras que en Argentina, Brasil y México esas cifras eran 14%, 12% y 14% respectivamente (Amsden 1989: 218). De 1970 a 1983, la proporción de los trabajadores manufactureros coreanos con secundaria completa pasó de 42% a 65.7% (Amsden 1989: 222).

Nos volvemos a encontrar aquí con la relevancia productiva de la pericia y la iniciativa de los obreros calificados, así como de lo que cabría llamar la cultura tecnológica de empresarios y gestores; es de suponer que tales elementos impulsaron la configuración de círculos virtuosos de interacción entre valoración social de la técnica y generalización de la educación. En semejante marco, cabe hablar de “equidad creativa”; la noción la ejemplifica a la perfección el ejemplo, citado más arriba, de la capacidad de los campesinos daneses para organizarse en cooperativas con fecundas iniciativas en materia de progreso técnico.

Cualesquiera sean las explicaciones que se manejen, parece claro que los países escandinavos, Japón y, en medida considerable Corea, superaron su condición periférica mientras que los de América Latina no lo hicieron sino a medias, en el mejor de los casos.

Una cuestión notable es que el papel del Estado en los países nórdicos fue mucho menor que en los de Asia, aparentemente porque no hizo falta, dada la densidad de la sociedad civil en los primeros.

En general, parecería que, si bien en grados diversos, todos los procesos exitosos tienen en común: (i) niveles apreciables de avance hacia una mayor equidad, particularmente en materia educativa; (ii) la configuración de círculos virtuosos entre equidad, educación e imaginarios tecnológicos positivos; (iii) la práctica sistemática, durante períodos relativamente largos, de políticas industriales activas y relativamente eficientes.

Respecto a Argentina y Uruguay, no pocos elementos hablan de (i) pero bastante menos de (ii) y sobre todo de (iii), aspecto en el cual se ven claramente aventajados por Brasil (Bértola y Porcile 1998). Respecto a este caso diríamos, muy esquemáticamente, que (iii) tuvo un papel importante, que se vio limitado por la endeblez de (ii), tributaria a su vez de la notoria ausencia de (i). Semejante limitación se vio agravada con el tránsito a un nuevo paradigma técnico-económico, donde precisamente (i) y (ii) tienen más importancia que antes.

La brecha tecnológica, clave de la dependencia de la periferia respecto al centro, no puede ser superada sólo mediante políticas industriales, aunque se las practique con cierta eficiencia e incluso en asociación con segmentos dominantes del empresariado. Esas

políticas no garantizan el avance hacia una mayor equidad; pueden hasta obstaculizarlo. Tampoco estimulan de por sí la interacción positiva entre equidad e innovación que, a través de diversas vías, ha devenido todavía más relevante con el cambio de paradigma técnico-económico. Este es un terreno en el cual el accionar estatal es fundamental pero insuficiente, como lo sugiere la teoría de los SNIs, en tanto pone de manifiesto la relevancia de diversos actores y de sus vinculaciones. La persistencia de la brecha tecnológica nos devuelve pues al problema del desarrollo desde una perspectiva de actores.

Nos interesamos en las interacciones, positivas y negativas, entre equidad y transformación productiva, como problema central para el desarrollo humano autosustentable. Al respecto, estructuras económicas bastante similares pueden dar lugar a trayectorias muy distintas. Un ejemplo notable lo ofrece la comparación de las economías cafeteras de Costa Rica y Colombia (Thorp 1998: 278).

En cada economía, las relaciones de poder bloquean posibilidades y abren oportunidades, las que pueden o no ser aprovechadas por actores con orientaciones distintas, sea para consolidar las tendencias predominantes, sea para alterarlas. Los procesos de crecimiento económico pueden afirmar un sistema oligárquico, como en Colombia, e incluso acentuar la desigualdad, como sucedió durante el “milagro brasileño”; a la inversa, pueden fomentar avances democratizadores, en lo político y en lo social, como aconteció en Escandinavia, en Costa Rica y en Uruguay, en cierta medida también en Argentina, y más recientemente en Corea o Taiwan.

La gran pregunta es cuándo los avances hacia una mayor democracia y/o una menor desigualdad son “autosustentables”, en el sentido de que se convierten a su vez en palancas de la innovación y el crecimiento. Al respecto, convendría establecer una primera y gruesa distinción entre: (i) equidad inducida, defensiva o reactiva, y (ii) equidad proactiva o creativa.

La primera forma de la equidad puede ejemplificarse en el Uruguay, durante dos períodos diferentes. En el “primer batllismo”, el accionar estatal indujo un proceso de redistribución, que frecuentemente sintonizó con la reacción de ciertos actores sociales, los incipientes sindicatos en especial, ante el crecimiento de la riqueza y de la miseria durante el crecimiento hacia afuera; esa vía hacia la equidad fue consolidada por el “segundo batllismo”, durante la edad de oro de la ISI uruguaya, la segunda mitad de los '40 y la primera de los '50. Después de la dictadura, el país ha conocido una etapa de crecimiento irregular, pero en conjunto significativo, sobre todo por comparación con el dramático estancamiento a que dio lugar el temprano agotamiento de la ISI; en esta etapa, el Uruguay se ha destacado en el contexto latinoamericano por su capacidad de evitar el empeoramiento de la inequidad, e incluso de revertirla parcialmente, aunque sin alcanzar los niveles anteriores al gobierno militar; tal desempeño inusual evidencia la capacidad de amplios sectores de la población para recurrir a mecanismos sociales y políticos de defensa ante las características concentradoras del tipo de modernización en curso, logrando preservar ciertos niveles salariales e incluso mejorar la distribución, fundamentalmente mediante la consagración constitucional de disposiciones relativas a la seguridad social. En estos ejemplos, las relaciones entre equidad y capacidad social para la innovación técnico-productiva no son simples, pero parece indiscutible que la primera no llegó a ser una firme impulsora de la segunda.

Las formas proactivas o creativas de la equidad no requieren a este nivel más ejemplificación que las relativas a la experiencia escandinava que hemos incluido más arriba.

Tales formas de la equidad parecen combinar: (a) la prioridad a la educación, (b) la valoración cultural de la técnica y del trabajo material, (c) la disposición de los “productores directos” a incidir en la orientación de la producción y en el rumbo del cambio técnico, (d) una vocación por la cooperación, basada en la confianza. Rasgos semejantes son el fruto de la historia, pero también son factores cuya eventual conjunción puede cambiar la historia.

Bibliografía

- Amsden, A.H. (1989): *Asia's Next Giant. South Korea and Late Industrialization*. New York: Oxford University Press.
- Andersen, E. S., y B. A. Lundvall (1988): “Small National Systems of innovation Facing Technological revolution: An Analytical Framework.” En: Ch. Freeman y B. A. Lundvall (eds.), *Small Countries Facing Technological Revolutions*, London: Pinter, págs. 9-36.
- Arocena, R. (1998a): “Inequality as an Endemic Problem for Development in Latin America.” Presentado al “International Symposium on Comparative Studies of the Development Models in Latin America and East Asia”, Beijing, junio de 1998.
- (1998b): “Algunas observaciones sobre los sistemas de innovación, el desarrollo y las políticas.” Presentado al Segundo Seminario del Proyecto “Globalización e innovación tecnológica localizada”, Mangaratiba, diciembre de 1998.
- Beretta, A. (1998): *El imperio de la voluntad. Una aproximación al rol de la inmigración europea y al espíritu de empresa en el Uruguay de la temprana industrialización, 19875-1930*. Montevideo: Ed. Fin de Siglo.
- Beretta, A., y A. García Etcheverry (1998): *Empresarios y gremiales de la industria*. Montevideo: Cámara de Industrias del Uruguay.
- Bértola, L., y G. Porcile (1998): “Argentina, Brazil, Uruguay and the World Economy: An Approach to Different Convergence and Divergence Regimes.” Preprint.
- Bethell, L., ed. (1991a): *Historia de América Latina*, vol. 6: “América Latina independiente, 1820-1870.” Barcelona: Crítica.
- (1991b): *Historia de América Latina*, vol. 7: “América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930.” Barcelona: Crítica.
- Blomström, M., y B. Hettne (1990): *La teoría del desarrollo en transición*. México: FCE.
- CEPAL (1990): *Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa*. Santiago de Chile.
- Edquist, C., ed. (1997): *Systems of Innovation. Technologies, Institutions and Innovations*. London: Pinter.
- Elam, M. (1997): “National Imaginations and Systems of Innovation.” En: Edquist (1997).
- Fajnzylber, F. (1983): *La industrialización trunca de América Latina*. México: Ed. Nueva Imagen.
- Freeman, C. (1987): *Technology Policy and Economic Performance: Lessons from Japan*. London: Pinter.
- (1992) “Science and Economy at the national level.” En: Ch. Freeman, *The Economics of Hope. Essays on Technical Change, Economic Growth and the Environment*, London: Pinter, págs. 31-49.
- (1996): “Catching Up and Falling Behind: The Case of Asia and Latin America.” En: J. de la Mothe y G. Paquet (eds.), *Evolutionary Economics and the New International Political Economy*, London: Pinter Publishers.
- Freeman, C., y L. Soete (1997): *The Economics of Industrial Innovation*. 3ª ed., Cambridge: MIT Press.

- Furtado, C. (1969): *La economía latinoamericana desde la Conquista Ibérica hasta la Revolución Cubana*. Santiago de Chile: Edit. Universitaria.
- Halperin Donghi, T. (1988): *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hirschman, A. (1984): *De la economía a la política y más allá*. México: FCE.
- Jamison, A. (1982): *National Components of Scientific Knowledge. A Contribution to the Social Theory of Science*. Research Policy Institute, University of Lund.
- Johnson, C. (1982): *MITI and the Japanese Miracle. The Growth of Industrial Policy 1925-1975*, Berkeley: Stanford University Press.
- Katz, J. (1994): "Technology, Economics, and Late Industrialization." En: Salomon, Sagasti y Sachs eds., *The Uncertain Quest: Science, Technology and Development*. Tokio: United Nations University Press.
- Katz, J., y N. Bercovich, (1993): "National Systems Supporting Technical Advance in Industry: The Case of Argentina." En: Nelson (1993).
- Kim, L. (1997): *Imitation to Innovation. The Dynamics of Korea's Technological Learning*. Boston: Harvard Business School Press.
- Lingarde, S., y A. Tylecote (1998): *Resource Rich Countries' Success and Failure in Technological Ascent, 1870-1970: The Nordic Countries versus Argentina, Uruguay and Brazil*. Presentado al 12^{avo} Congreso Internacional de Historia Económica.
- Lundvall, B. A., ed. (1992): *National Systems of Innovation. Toward a Theory of Innovation and Interactive Learning*. London: Pinter Publishers.
- Nelson, R. R., ed. (1993): *National Innovation Systems. A Comparative Analysis*. New York: Oxford Univ. Press.
- Odagiri, H., y A. Goto (1993): "The Japanese System of Innovation: Past, Present and Future." En: Nelson (1993).
- Rodríguez, Octavio (1980): *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. México: Siglo XXI.
- Sábato, J., y M. Mackenzie (1982): *La producción de tecnología. Autónoma o transnacional*. México: Ed. Nueva Imagen.
- Sonntag, H. (1988): *Duda / Certeza / Crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina*. Caracas: Edit. Nueva Sociedad.
- Sutz, J. (1998a): "Knowledge and Innovation in Latin America." Presentado al "International Symposium on Comparative Studies of the Development Models in Latin America and East Asia", Beijing, junio de 1998.
- (1998b): "La innovación realmente existente en América Latina: medidas y lecturas." Presentado al Segundo Seminario del Proyecto "Globalización e innovación tecnológica localizada", Mangaratiba, diciembre de 1998.
- Thorp, R. (1998): *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Villaschi, A. (1994): *The Newly Industrialized Countries and the Information Technology Revolution: The Brazilian experience*. Aldershot: Avebury.

Eduardo Sáenz Rovner*

↳ Notas sobre la contribución de Jesús Antonio Bejarano a la historia económica de Colombia

El 15 de septiembre de 1999 fue asesinado en la Universidad Nacional de Colombia el profesor y científico Jesús Antonio Bejarano

En el presente ensayo analizaremos la producción académica de Jesús A. Bejarano en el campo de la historia económica. Notaremos que en sus trabajos iniciales se fundó en teóricos marxistas. La influencia cepalina también estuvo presente. Con el tiempo, su uso *explícito* de categorías marxistas se atenuó aunque sus conceptualizaciones seguían estando marcadas por el análisis de clase y por la intención de aproximaciones holísticas a los temas que le preocupaban. Incluso en uno de sus últimos escritos, Bejarano criticó una serie de corrientes de moda en la producción histórica actual colombiana e invitó a los especialistas en historia económica y social a retomar el marxismo como *método* y señaló: “el pensamiento marxista sigue planteando las cuestiones e hipótesis más básicas con las que abordar el pasado y el presente; es esa tradición a la que hay que volver, la tradición marxista del análisis de clase, de la privatización de la propiedad como proceso histórico, de las relaciones de la base socioeconómica y la superestructura ideológica y política” (Bejarano 1997: 327).

Economista de formación, Bejarano se aproximó inicialmente a la historia para intentar resolver problemáticas del desarrollo económico, e insistió durante años en la necesidad del intercambio académico entre economistas e historiadores¹. Esperamos que este

* Eduardo Sáenz Rovner es economista de la Southern Illinois University, con estudios de posgrado en la London School of Economics; M. A. en historia y economía de la Southern Illinois University; M. A. y Ph. D. en historia de Brandeis University; profesor de la Universidad de los Andes, ex instructor de la Universidad de Harvard y profesor visitante de la Universidad de California, en Los Angeles. Es Profesor Asociado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia. Entre sus publicaciones destaca *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia* (Bogotá 1992). En la actualidad está terminando otra monografía sobre “El gran interés industrial. Política económica y diplomacia en los años 50 en Colombia”.

El autor agradece los comentarios de Gilma Mora, Bernardo Parra, Alberto Supelano y Víctor Uribe. El autor es el único responsable de los contenidos e interpretaciones en este escrito.

¹ En Colombia, los acercamientos de los economistas a la historia han dado como resultado la producción de trabajos sólidos y muy importantes. No ha sucedido lo mismo con las aproximaciones desde otras disciplinas como la administración, donde los resultados se parecen más a catálogos de productos y a epopeyas de varones ilustres, que a discusiones académicas serias. Por supuesto, eso tiene que ver con el carácter y el desarrollo de las dos disciplinas (la economía y la administración), el tipo de preguntas que se formulan, y los diferentes públicos a los que se orientan sus resultados.

ensayo contribuya, además de a resaltar las contribuciones de Bejarano, a mantener abierto el diálogo entre la Economía y la Historia.

1. Los trabajos iniciales

Muy joven, en 1972, Bejarano publicó *El capital monopolista y las inversiones privadas norteamericanas* (Bejarano 1972). Este trabajo, escrito desde la perspectiva del economista, plantea algunos temas con referentes de tipo histórico y presenta, además, un conjunto de estadísticas históricas interesantes. En este libro, Bejarano se apoya en teóricos clásicos marxistas del imperialismo como Lenin y Bujarin, lo mismo que en neomarxistas como Paul Baran, Paul Sweezy y Harry Magdoff.

Bejarano señala que la inversión externa norteamericana, tanto en Colombia como en el resto del mundo, se desplazó después de la Segunda Guerra Mundial hacia el sector manufacturero buscando una tasa de ganancia más alta. Así, Bejarano concluye que teniendo en cuenta la baja rentabilidad del sector petrolero en Colombia el capital norteamericano se dirigió hacia la manufactura en este país durante los años cincuenta².

Otra hipótesis de Bejarano en este libro es que la inversión extranjera en Colombia se dirigió “hacia aquellas ramas de la economía caracterizadas por su mayor grado de monopolio y por ser las más dinámicas desde la óptica del desarrollo industrial”. Tendríamos que anotar que después de la Segunda Guerra Mundial, el capital privado norteamericano se orientó a *nuevos sectores industriales*, y no a los viejos sectores controlados por la industria nacional, que además tenían altos grados de concentración.

Bejarano define como *burguesía nacional* “a la fracción de clase burguesa cuya existencia e intereses están en contraposición con los intereses imperialistas y puede manifestarse, por lo tanto, como políticamente nacionalista [...] entendemos por burguesía nacional a aquella fracción de clase burguesa productora para el mercado interno e interesada, por lo tanto, en el crecimiento, ampliación y desarrollo de ese mercado interno de consumo. Interesada en un aumento del poder adquisitivo de las masas que posibilite su propio desarrollo industrial” (Bejarano 1972: 107-108). De acuerdo con las anteriores definiciones, Bejarano no cree que en Colombia haya existido una burguesía nacional como tal y concluye que “la existencia de la burguesía nacional, no es más que confundir la realidad con las buenas intenciones” (Bejarano 1972: 115).

El anterior párrafo es una crítica implícita –y correcta– a las posiciones académicas heredadas de la posición política de los partidos comunistas que desde la época de los frentes populares en la década de los años treinta buscaron alianzas políticas con quienes ellos calificaban como burguesía nacional. En esta conceptualización, Bejarano se aparta también del estructuralismo cepalino y se aproxima a autores como André G. Frank (1967) y Arrubla (1969). Sin embargo, Bejarano exagera cuando señala que el Estado en

² Sin embargo, tendríamos que anotar que la línea de análisis asume que los inversionistas en los diferentes sectores son los mismos (tenemos que recordar que no estamos hablando de inversión en portafolio). El capital norteamericano que dejó de invertirse en el sector petrolero en Colombia no se dirigió automáticamente hacia el manufacturero; este capital se invirtió en los campos petroleros del Oriente Medio donde los norteamericanos lograron arrebatar a los europeos sus esferas de influencia después de la Segunda Guerra Mundial.

Colombia “concede ventajas monopólicas a la industria extranjera sobre la industria nacional, con las consecuentes tasas de ganancia superiores a las de la industria monopólica nacional”. Esto no es totalmente cierto. El capital nacional, especialmente desde la creación de las asociaciones empresariales que articularon los intereses de los capitalistas locales, tenía mayor capacidad de *lobby* que el capital extranjero y pudo así mantener mercados altamente protegidos y con ganancias monopólicas durante décadas.

Bejarano publicó una excelente compilación titulada *El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos* (Bejarano 1977). Este libro, en el que se publicaron diez artículos la mayoría sobre historia económica, introdujo al público colombiano a autores, en su mayoría hasta entonces desconocidos en nuestro medio. Los muy sólidos artículos, que habían sido escritos entre 1943 y 1973, habían sido publicados originalmente en *The Hispanic American Historical Review*, *The Americas*, *Inter-American Economic Affairs* o se trataba de capítulos de tesis doctorales de universidades de los Estados Unidos. Muy pronto se convirtieron en referencia obligada para los estudiosos de la historia colombiana del siglo XIX³.

En 1979, Bejarano publicó el libro *El régimen agrario de la economía exportadora a la economía industrial*, tomando tres artículos suyos publicados en *Cuadernos Colombianos* a mediados de la década (Bejarano 1979)⁴. El autor aclara desde un comienzo que sus preocupaciones son las del economista que busca entender “las condiciones de la transición de una economía preindustrial a una industrial” (Bejarano 1979: 8). Sin embargo, Bejarano, no sólo elaboró estadísticas históricas para apoyar su análisis, sino que tampoco se dejó limitar por el debate sobre los modos de producción en América Latina que tanto había interesado a los teóricos sociales (incluidos los economistas marxistas) hasta bien entrada la década de los años setenta⁵.

Correctamente Bejarano establece las diferencias entre el caso clásico inglés y los cercamientos de tierras presentados por Marx como uno de los prerrequisitos para la acumulación originaria de capital, y el caso colombiano en el que la expansión de la gran propiedad territorial en el siglo XIX no obedeció necesariamente a la expropiación sino a la expansión de la frontera agrícola en terrenos baldíos donde coexistieron –con altos niveles de conflicto– pequeños propietarios y terratenientes (Bejarano 1979: 21-22)⁶.

Siguiendo a Bejarano, la transición de una economía agraria a una economía industrial en Colombia exigió las siguientes condiciones durante las primeras décadas del siglo XX:

- a) consolidación de un mercado interno y monetización de la economía en torno a la agricultura, en especial alrededor del crecimiento del sector cafetero y sectores complementarios (se apoya en el trabajo de McGreevey (1971) para resaltar este punto);

³ Recientemente otro grupo de académicos emuló el ejemplo de la compilación realizada por Bejarano (Mejía et al. 1999).

⁴ Uno de estos tres artículos también fue publicado como “El fin de la economía exportadora” (Jaramillo A. 1976: 675-739).

⁵ Para el debate sobre los modos de producción en América Latina, ver Love (1994: 448-454).

⁶ Este análisis sería confirmado por LeGrand (1980).

- b) crecimiento del número de trabajadores asalariados⁷;
- c) acumulación de capitales lograda en el sector exportador⁸;
- d) construcción de una infraestructura de comunicaciones orientada a la integración de la economía nacional.

Según Bejarano (1979: 138), los empréstitos de los años veinte y la Misión encabezada por Edwin Kemmerer “pondría en manos de los banqueros americanos los cambios institucionales necesarios para el desarrollo económico nacional”. Sin embargo, Paul Drake (1989) ha demostrado que las élites latinoamericanas no fueron tan pasivas durante los años veinte y que aprovecharon las visitas de Kemmerer para sacar ventajas a su favor. Además, historiadores como Stephen Randall (1977) y René de la Pedraja (1989) demostraron cómo, durante los años veinte y treinta, las rivalidades entre las potencias permitían a las élites colombianas cierto campo de maniobra para defender sus intereses. Incluso el mayor acercamiento de Colombia a los Estados Unidos y a Alemania durante los años treinta tuvo que ver con que estos dos países mantuvieran abiertos sus mercados al café colombiano, mientras que otros mercados europeos se cerraron durante la Gran Depresión.

Bejarano estudia los regímenes de tenencia de la tierra a comienzos de siglo. Para él, “La organización de la hacienda, más que su extensión, se convierte en el obstáculo fundamental al desarrollo manufacturero [...] la organización de la hacienda en base a arrendatarios es consistente con el desarrollo exportador pero abiertamente inconsistente con el desarrollo industrial. (La hacienda) impedía la penetración de la técnica (y) la penetración en profundidad del capital al campo” (Bejarano 1979: 180). Así, el régimen agrario se oponía al desarrollo del comercio y la industria. Bejarano, quizás influido por el estructuralismo cepalino, señalaba que “La inelasticidad de la oferta agrícola, en efecto, derivaba del carácter mismo de la utilización de la propiedad territorial” (Bejarano 1979: 223).

Bejarano, como otros estudiosos de su generación, exagera la sujeción del campesinado y el poder de los terratenientes. Esta concepción ha sido refutada por Michael F. Jiménez quien ha demostrado los límites del poder de los terratenientes cafeteros en Cundinamarca a comienzos de siglo tanto en sus relaciones con el campesinado –relaciones sujetas a una permanente negociación– como con el Estado (Jiménez 1986; 1995: 262-293; 1997).

Bejarano señala que el ausentismo de los terratenientes era “la característica del manejo de la propiedad territorial [...]. Sin duda el recurso del mayordomo, obligado por el ausentismo del propietario, debía reflejarse en una organización deficiente de las haciendas, siendo culpable no pocas veces del bajo ingreso de muchas de ellas” (Bejarano 1979: 224-225)⁹.

⁷ Aunque tenemos que anotar que una fuerza de trabajo proletarizada no es requisito indispensable para crear un mercado para las manufacturas domésticas; de hecho los textiles manufacturados en Brasil durante el siglo XIX tenían como principal mercado los esclavos de las plantaciones tal como se señala en Harber y Klein (1997).

⁸ Aunque no fueron los exportadores de café los que se convirtieron en industriales, como argumentó Mariano Arango hace más de dos décadas. Además, es claro que una vez establecidas las industrias antioqueñas, su fuente de financiación fue la reinversión de utilidades. Diferentes puntos de vista de esta discusión en Arango (1977), Botero H. (1984), Echavarría (1990).

⁹ Sin embargo, páginas más adelante reconoce que las fincas cafeteras de Cundinamarca habían registrado “un mayor desarrollo agrícola” (ver Bejarano 1979: 258).

Sin embargo, como escribe el mismo Jiménez (1989; 1999), “La noción del latifundio como el enemigo de la modernidad y el ímpetu por librarse de las ‘cadenas’ del feudalismo se fortalecieron en la imaginación de los intelectuales y estrategas políticos colombianos durante el medio siglo que siguió a la Gran Depresión”. Y agrega Jiménez “En las décadas de los (años) sesenta y setenta, la preocupación marxista y *dependentista* por la transición colombiana al capitalismo durante la primera mitad del siglo xx, reflejaba el dualismo de la crítica liberal al *ancien régime*. Así que a medida que los historiadores manejaban el proceso de inserción a la economía mundial a través del café desde mediados del siglo xix en adelante, las grandes plantaciones del centro de Colombia fueron duramente criticadas. Ellas fueron percibidas, en esencia, como trasplantes de los latifundios coloniales de las montañas a las fronteras tropicales; a estas empresas se las describió como entidades que sufrían de falta de presencia administrativa, de ausencia de administración tecnológica y como dependientes de relaciones laborales ‘retrasadas’, ‘arcaicas’ o ‘precapitalistas’. En resumen, tales latifundios eran considerados como vestigios de un modo de producción al que sólo le faltaba ser liquidado por el malestar rural del período entre las dos guerras mundiales. Más aún, las inequidades sociales endémicas que existían en las regiones dominadas por las haciendas cafeteras eran consideradas como obstáculos fundamentales para el desarrollo capitalista” (Jiménez 1989; 1999). Y Jiménez pasa a demostrar que las haciendas cafeteras de Cundinamarca utilizaban las técnicas agrícolas más avanzadas para la época y el medio, que los hacendados cafeteros mantenían excelentes contactos e información sobre el movimiento de los mercados en Europa y los Estados Unidos, que coexistían diferentes sistemas laborales en las haciendas, que los hacendados tomaron las medidas más racionales teniendo en cuenta la escasez de mano de obra –en una región donde no había inmigración extranjera como en el caso del Brasil, y donde no había una mano de obra organizada para trabajar por coerción estatal como en las haciendas cafeteras de Guatemala–, y que varias de estas haciendas fueron altamente productivas y dinámicas durante prácticamente medio siglo (Jiménez 1989; 1999). La crítica de Jiménez va dirigida a la conceptualización de la hacienda de comienzos de siglo compartida por varios autores. El mismo Bejarano habla de “la república señorial” basándose en Antonio García (1977).

A pesar de las anteriores observaciones el libro de Bejarano es un trabajo ambicioso, pionero y clásico, y que intenta sistematizar la historia económica del país durante las primeras décadas del siglo xx. De particular utilidad son los cuadros estadísticos que elabora el autor, en especial los 25 cuadros anexos sobre el sector agrario.

2. Los trabajos colectivos de síntesis de la historia colombiana

Durante los años setenta y ochenta, Bejarano participó en varios trabajos colectivos de síntesis de historia de Colombia, trabajos que fueron calificados como *nueva historia* de Colombia¹⁰.

¹⁰ Darío Jaramillo Agudelo, compilador de la primera de estas obras, contrasta el carácter heroico de la historia tradicional donde se enfatizaban las guerras de la Independencia y la historia político militar –historia destinada a fomentar el patriotismo– con la “nueva historia” colombiana, que empezó a traba-

En el *Manual de Historia de Colombia*, trabajo coordinado por Jaime Jaramillo Uribe (1978; 1982), Bejarano (1978a) publicó el ensayo titulado “La economía”. Éste es un trabajo que empieza con las consecuencias económicas de la Guerra de los Mil Días y termina con un análisis de la economía a mediados del siglo xx. El libro cubre una amplia e interesante gama de temas: la recuperación de la economía durante y después del Quinquenio de Rafael Reyes, la colonización antioqueña y el desarrollo de la economía cafetera en el Occidente del país, la consolidación de la industria, el proceso de industrialización durante la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial y los primeros años de la posguerra, el Estado y la economía, y la economía agrícola en el segundo tercio del siglo.

Sin embargo, Bejarano se equivoca al señalar que en la década de los años treinta “el país comenzó la industrialización como un proyecto nacional” (Bejarano 1978a: 24), que el Estado se convirtió en “un verdadero instrumento de clase, bajo el dominio de la burguesía vinculada al aparato industrial, para ponerlo al servicio del proyecto de industrialización” (Bejarano 1978a: 57), y que “el Estado estaba decididamente inclinado por hacer de la industrialización la base económica del desarrollo nacional, aun obligando a los demás sectores a que se ajustaran a este esquema de desarrollo” (Bejarano 1978a: 62-63). Dice que el Partido Liberal de los años treinta representaba a la burguesía industrial (Bejarano 1978a: 77) e identifica al “régimen terrateniente” con los gobiernos conservadores (Bejarano 1978a: 46).

La anterior conceptualización la hemos cuestionado en un trabajo (Sáenz R. 1992a) en el que demostramos que durante los años treinta y la primera mitad de la década de los años cuarenta, el Estado colombiano en manos del Partido Liberal siguió favoreciendo los intereses agroexportadores, muchas veces en detrimento del sector industrial. El mismo Alfonso López Pumarejo hizo clara su defensa del interés cafetero, aplaudió las políticas propuestas por el gobierno norteamericano para promover el libre comercio en las Américas, alienó a los industriales con sus medidas, y apoyó un tratado comercial con los Estados Unidos en 1935, tratado que favorecía a los intereses manufactureros norteamericanos y a los exportadores cafeteros colombianos. Además, el Partido Liberal se opuso exitosamente en el Congreso a la propuesta de legislación proteccionista impulsada por parlamentarios antioqueños –quienes trabajaban coordinadamente con los grandes industriales de Medellín– durante la Administración Ospina Pérez en 1946 y 1947; únicamente la alianza con sectores de derecha del Partido Conservador le permitió a la muy reaccionaria burguesía industrial lograr sus metas de protección a través del Ejecutivo después del cierre del Congreso en los meses finales del gobierno de Ospina Pérez.

Vale la pena agregar que muchos de los académicos que estudiaron la historia de Colombia durante el segundo tercio del siglo xx cayeron en la errónea generalización de señalar al Partido Liberal y a López Pumarejo como “aliados” y voceros del Partido Liberal, y a los terratenientes como aliados naturales del Partido Conservador.

jar la historia económica y social. Jaramillo Agudelo señala que la nueva historia en Colombia se alimentaba de la escuela francesa de los *Annales*, el marxismo y la historia cuantitativa norteamericana (Jaramillo A. 1976). Agregaríamos que a nivel internacional ya se escribía una “nueva historia” –en el sentido mencionado y así se autodenominaba– entre los historiadores norteamericanos influidos por los *Progressives* a finales del siglo xix y comienzos del xx (Robinson 1912).

En este ensayo, Bejarano sostuvo también que el crecimiento industrial de los años treinta se hizo con la capacidad instalada existente y que se cerraron las importaciones de bienes de capital (Bejarano 1978a: 48-50). Este punto de vista, presentado por la Cepal (1957) en su estudio sobre Colombia fue textualmente seguido por Bejarano y otros historiadores económicos. Sin embargo, José A. Ocampo (1984) y Santiago Montenegro (1984), en escritos muy bien fundamentados, demostraron que eso no ocurrió así y que los industriales continuaron importando bienes de capital en forma considerable durante la década de los años treinta lo cual contribuyó al alto crecimiento del sector durante esa década.

La historia económica de Colombia entre 1950 y 1976 fue presentada por Bejarano en un estimulante artículo de interpretación publicado en el libro *Colombia hoy* (Arrubla et al. 1978; Bejarano 1978b). Las ideas del anterior ensayo fueron presentadas en forma ampliada en su artículo “La economía colombiana desde 1950” (Bejarano 1978c).

Vale la pena anotar que el libro *Colombia hoy* hizo parte de una colección de la casa editorial Siglo XXI editores sobre diferentes países latinoamericanos, donde se combinó el trabajo de economistas, historiadores, politólogos, sociólogos y críticos literarios. Se partió del supuesto de que para entender el presente de cada país había que recurrir a diferentes ciencias sociales y humanas, incluida la historia. En el tomo *Colombia hoy* se le dio especial énfasis a los trabajos históricos¹¹.

Regresando al ensayo de Bejarano, este autor indica dos etapas en el proceso de industrialización del país que se enmarcan en tendencias paralelas en América Latina. Para esta caracterización, Bejarano se apoya en el trabajo del historiador económico Carlos Díaz-Alejandro (1977). La primera fase va hasta mediados de la década de los años 60 y corresponde al periodo clásico de la sustitución de importaciones. En la segunda fase, aunque se mantuvo la sustitución de importaciones, la industria se expandió gracias al crecimiento de las exportaciones de manufacturas. Bejarano señala que desde el gobierno de la Junta Militar (1957-58) el Estado colombiano estableció estímulos para la exportación de manufacturas.

De todas formas, Bejarano señala que si entre 1953 y 1967 las industrias de bienes de consumo no duradero “aumentaron moderadamente”, aquellas de bienes de consumo duradero y bienes intermedios crecieron a una tasa promedio del 10 por ciento anual. Por tanto, él señala que no podría hablarse de un “agotamiento” del proceso de sustitución de importaciones.

Bejarano sostiene que la política de fomento de exportación de manufacturas “coincidió” con los intereses de las empresas multinacionales establecidas en Colombia. Si bien esto es cierto, agregaríamos que desde los primeros años de la posguerra los industriales colombianos ya estaban buscando mercados para exportar sus productos. De hecho, el gobierno de Roberto Urdaneta terminó apoyando esta política en 1952 como respuesta a la presión de los industriales y como una forma de conseguir divisas para la economía nacional; por tanto, la política de fomento de exportación de manufacturas “coincidió” inicialmente con los intereses de las empresas colombianas (ver Sáenz R. 2000).

¹¹ Para otros tomos de la colección, ver Celso Furtado et al. (1968) para Brasil, Luis Benvenuto et al. (1971) para Uruguay, Jaime Galarza et al. (1978) para Ecuador, González C. y Florescano, compiladores (1979) para México y Alan Rouquié, compilador (1982) para Argentina.

Señala Bejarano que en la segunda mitad de los años 60 se adaptaron los mecanismos del Estado al estímulo de las exportaciones a través de la eliminación de la tasa de cambio fija y la adopción de un sistema de devaluación gradual, y el otorgamiento de estímulos tributarios a las exportaciones y a los inversionistas extranjeros vinculados a actividades exportadoras. Se crearon el Pacto Andino y el Fondo de Promoción de Exportaciones. El énfasis exportador también trajo cambios en la estructura de la política económica en particular a partir de la reforma constitucional de 1968 que centralizó en el Ejecutivo mayor poder de decisión en asuntos económicos.

En estos dos escritos, Bejarano presenta un interesante contrapunto entre dos propuestas para crear empleo en Colombia: la primera, de Carlos Lleras Restrepo, quien abogó por una reforma agraria para mantener a la fuerza laboral en el campo, y la segunda, de Lauchlin Currie –implementada en el gobierno de Misael Pastrana– para crear empleo masivo en las ciudades a través del sector de la construcción. No en vano la tímida reforma agraria colombiana fue prácticamente enterrada durante el mismo gobierno de Pastrana.

Por último, Bejarano (1978b) tiene claro el papel del Estado en la formulación de políticas: “La política económica tomaba otro curso, a menudo contradictorio con el que señalaban los planes de desarrollo. Ello era así porque las posibilidades de intervención del Estado [...] no llegaban a las grandes transformaciones del aparato productivo sino a las variables a las más sectoriales, a menudo incoherentes, pero que expresaban a su modo los bruscos virajes de las relaciones políticas que se movían en torno al Estado [...] estas posibilidades limitadas de intervención, ponían de manifiesto la debilidad del estado con relación al orden económico, pero mucho más que eso, mostraban la ausencia de una perspectiva de clase coherente con relación al aparato económico”. Así, Bejarano escapa a las interpretaciones que le dan un gran papel a las decisiones supuestamente autónomas de quienes implementan las políticas económicas desde las diferentes esferas del Estado. Queda como tarea para aquellos que se dedican a la historia económica y empresarial desentrañar a través de un cuidadoso trabajo en archivos oficiales y privados el papel de los grupos de interés en la toma de decisiones de política económica.

En el ya clásico trabajo editado por José A. Ocampo, *Historia económica de Colombia*, publicado por primera vez en 1987, Bejarano escribió el capítulo titulado “El despeque cafetero (1900-1928)” (Bejarano 1987a).

Este trabajo, como los otros capítulos del libro, es una síntesis inteligente sobre el período en cuestión. Bejarano repasa las consecuencias económicas de la Guerra de los Mil Días, la expansión de la economía cafetera, la consolidación del occidente del país como eje de la economía nacional, la industrialización de las primeras décadas del siglo, la bonanza externa y la rápida expansión de la infraestructura vial del país, el desarrollo del sindicalismo, y la agitación social de la época.

En 1989, Bejarano publicó tres capítulos en la serie *Nueva Historia de Colombia*, publicación de la que él también tomó parte muy activa como asesor (Bejarano 1989)¹². Sus tres ensayos son síntesis de la historia económica de Colombia para los períodos 1922-1929, 1930-1945 y 1946-1958.

¹² Un poco antes se había publicado en Ecuador otro trabajo de varios tomos que reunía una serie de escritos bajo el título *Nueva Historia del Ecuador* (ver Ayala M., ed., 1988).

En el primer ensayo, Bejarano resalta los cambios económicos y sociales y el crecimiento económico de la década de los años veinte impulsados por la bonanza en las exportaciones cafeteras y los flujos de capital provenientes principalmente de los empréstitos norteamericanos y en menor medida la indemnización por la separación de Panamá. Señala Bejarano: “Poca duda cabe de que en el rápido proceso de endeudamiento que vivió el país en estos años y particularmente entre 1925 y 1928, desempeñaron un papel importante la capacidad exportadora del país, la indemnización de Panamá y los conceptos y realizaciones de la misión encabezada por Edwin Kemmerer en 1923, encargada de reorganizar las finanzas nacionales. A ello se sumó como un factor *menos importante*, el auge financiero norteamericano que amplió el crédito internacional, reorientándolo durante los años veinte en buena medida hacia América Latina” (Bejarano 1989: 52, las cursivas son nuestras)¹³.

El segundo ensayo, que se basa principalmente en las estadísticas de la Cepal, contrasta el crecimiento de la economía durante los años treinta con el estancamiento de la Segunda Guerra Mundial. Sostiene también que la década de los años treinta fue el período de las transformaciones sociales, mientras que entre 1939-1945 estas transformaciones “parecen dar marcha atrás”¹⁴. Bien señala que así el Estado haya jugado un papel creciente en la movilización de los recursos el tamaño del Estado no aumentó. Sin embargo se equivoca al afirmar que la reforma arancelaria de 1931 “puso en vigor un arancel aduanero de carácter proteccionista y no ya con carácter fiscal”, cuando la evidencia nos muestra que el arancel tenía fines fiscales y cambiarios, y se estableció sobre todo tipo de *productos agrícolas e industriales* (Sáenz R. 1992a, capítulo 1)¹⁵.

Y a pesar de haber sostenido en unos de sus escritos ya analizados que la República Liberal representaba los intereses de la burguesía industrial, el mismo Bejarano señala en este ensayo que mientras eran los industriales los que vieron sus impuestos aumentados durante el primer gobierno de López Pumarejo, fueron los agricultores –quienes “apenas sí tributaban”– los que básicamente se beneficiaron con las medidas oficiales de fomento y crédito.

¹³ Notaríamos que “el auge financiero norteamericano” no fue el factor *menos importante*; precisamente fue todo lo contrario. Y al pasar los Estados Unidos de ser una nación deudora a convertirse en acreedora después de la Primera Guerra Mundial, los norteamericanos ayudaron a reformar los sistemas bancarios en buena parte del continente con el fin de traer estabilidad monetaria y cambiaria para facilitar la inversión de sus capitales y garantizar la remisión de sus utilidades. Kemmerer visitó un buen número de países latinoamericanos además de Colombia. Ver, a este respecto, Drake (1987), Marichal (1989).

¹⁴ No estamos de acuerdo con esta última afirmación. El reformismo social se consolidó en Colombia, como en otras naciones del continente, precisamente durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Los intentos de los gobiernos y los empresarios para “dar marcha atrás” vinieron con la guerra fría en los primeros años de la Posguerra. Ver Arciniegas (1996), Bethell y Roxborough (1992), Rock (1994) y Fones-Wolf (1994).

¹⁵ Agregaríamos que la así llamada “protección” al sector industrial durante la década de los años treinta –como señalan algunos autores–, no fue el resultado de una política deliberada del gobierno sino resultado de factores accidentales; el peso fue devaluado como consecuencia del colapso de los mercados de exportación de bienes primarios y por la caída de la importación de los flujos de capital. El Banco de la República trató de mantener la estabilidad de la moneda utilizando las divisas acumuladas durante los años veinte; cuando estas reservas empezaron a agotarse el gobierno se vio obligado a devaluar sucesivamente y a racionar el uso de divisas mediante licencias de importación. Ninguna de estas medidas buscaba proteger la industria.

En el tercer artículo, Bejarano resume el desempeño de la economía colombiana durante los primeros quince años de la posguerra. Durante este período se aceleró el crecimiento del sector manufacturero, la inversión extranjera se dirigió a la industria, y la agricultura creció y se modernizó rápidamente. Además se incrementó la participación del Estado como parte del Pib. Este incremento se vio reflejado tanto en aumentos de gastos de funcionamiento como de inversión¹⁶. Y por último, Bejarano señala que aunque el crecimiento del ingreso per cápita fue negativo entre 1955 y 1960, los indicadores sociales –esperanza de vida, mortalidad infantil, alfabetismo, educación y cuidados médicos– aumentaron ostensiblemente durante este período.

3. Estudios monográficos

Además de los trabajos de síntesis, Bejarano escribió dos libros monográficos durante los años ochenta. El primero, publicado en 1985, fue una historia de la Sociedad de Agricultores de Colombia, SAC (Bejarano 1985a). El segundo, publicado en coautoría con Orlando Pulido en 1986, se tituló *El tabaco en una economía regional: Ambalema siglos XVIII y XIX* (Bejarano y Pulido 1986).

Economía y poder. La SAC y el desarrollo agropecuario colombiano, 1871-1984, analiza la historia de la SAC en el contexto de la historia económica y los conflictos sociales y políticos del país. No es una simple historia institucional y a pesar de haber sido financiado parcialmente por la SAC para la realización de este estudio, Bejarano tuvo plena independencia para sus análisis, a diferencia de otros estudios financiados por las asociaciones empresariales y que sencillamente incorporan los puntos de vista de la entidad contratante llegando a convertirse en muchos casos en simples vehículos de relaciones públicas¹⁷.

En cuanto al valor de este trabajo como historia empresarial, Bejarano analiza las acciones de los empresarios en sus relaciones con otros grupos sociales, a diferencia de buena parte de la así llamada historia empresarial en el país que pretende estudiar al empresariado en un vacío social y político. Además este libro es una historia agraria de Colombia durante el período estudiado.

Sin embargo, Bejarano se contradice cuando, apoyándose en otro autor, señala que hubo “una diversificación de actividades productivas de modo que las mismas personas fueran exportadoras, importadoras y nacientes industriales y cultivadores de café y comerciantes” (Bejarano 1985a: 135-136) y después demuestra cómo en la década de los años diez había conflictos entre los cultivadores de trigo y los molineros quienes tenían

¹⁶ Agregaríamos que el fuerte aumento en los gastos de funcionamiento correspondió en buena parte a crecimientos del presupuesto militar desde mediados de la administración de Ospina Pérez culminando con el gobierno castrense de Gustavo Rojas Pinilla. Los aumentos en la inversión pública fueron el reflejo de los préstamos de la banca multilateral después de que el gobierno colombiano aceptase las reformas monetarias y cambiarias propuestas por la Misión del Banco Mundial encabezada por Lauchlin Currie. Esto lo hemos analizado en Sáenz R. (2000).

¹⁷ Bejarano fue muy crítico de los estudios contratados en los que *el contratante o [cliente] formula las preguntas y los problemas del trabajo en cuestión* (ver Bejarano 1996; 1999b; 1999c). Ver también Sáenz R. (1996).

intereses diametralmente opuestos en cuanto al tema del arancel sobre el trigo importado; igualmente analiza cómo una década después, los agricultores productores de alimentos presionaron por aranceles en contra de las importaciones que competían con sus productos, mientras que los cafeteros querían alimentos importados más baratos para reducir el costo de la mano de obra rural (Bejarano 1985a: 137-138, 140).

Bejarano señala que la SAC tuvo un papel importante en temas técnicos como servicio para los agricultores. Según Bejarano “El papel de los gremios parece haberse sobreestimado en lo que concierne a su influencia sobre las decisiones gubernamentales o sobre la esfera política” (Bejarano 1985a: 38)¹⁸. Sin embargo, la evidencia que presenta el mismo Bejarano a través de su trabajo demuestra que los gremios en general, y la SAC en particular, *sí* han tenido una gran influencia sobre las esferas gubernamentales durante el siglo XX. De hecho, él demuestra la gran incidencia de la SAC en las políticas gubernamentales en las primeras tres décadas del siglo; si la SAC perdió alguna influencia desde finales de la década de los años veinte, se debió a la creación de la Federación Nacional de Cafeteros, gremio que pasó a tener un peso determinante en las políticas económicas y comerciales del país desde la década de los años treinta —como señala el mismo Bejarano (1985a: 219-220, 233) en repetidas ocasiones—, influencia que sólo vino a tener un contrapeso en la Asociación Nacional de Industriales, ANDI, durante el período de la segunda posguerra.

Sin embargo, la SAC siguió jugando un rol importante, como en los años treinta en la oposición de derecha al primer gobierno de Alfonso López Pumarejo. A pesar de los limitados alcances de la Ley 200 de 1936, ésta fue reemplazada por la Ley 100 de 1944, en la cual la SAC tuvo bastante incidencia. La SAC también tuvo éxito para frenar la propuesta de la Misión Currie aumentando los impuestos a la propiedad rural. La SAC también logró limitar los alcances de la reforma agraria para finalmente frenarla durante el gobierno de Misael Pastrana.

En el trabajo de Bejarano y Pulido se estudia la historia del tabaco en la región de influencia de Ambalema, en el departamento del Tolima, y se ilustra cómo la economía colombiana se articuló a la economía internacional durante el siglo XIX. El cultivo de tabaco empezó en la región en la década de 1760 destinado a mercados en el virreinato. Para la época, la región de influencia de Ambalema se caracterizaba por la existencia de un núcleo muy importante de campesinos libres.

Los autores discuten el monopolio para comercializar el tabaco establecido por la Corona Española en sus colonias para aumentar los ingresos reales en 1776. Dos años después, Ambalema fue designada como una de las cuatro *factorías* para la compra del tabaco en la Nueva Granada. El monopolio oficial continuó en los primeros años de la República gracias a las considerables rentas que le traía al Estado.

¹⁸ Para llegar a esta conclusión, Bejarano se basa en el trabajo de Urrutia (1983). Aunque Urrutia busca analizar la relación entre las asociaciones empresariales y el Estado en tiempos relativamente recientes, este autor pretende proyectar su argumentación hacia el pasado sin presentar evidencia empírica. Y si los gremios han perdido influencia en los últimos años, esto no se debe a que los tecnócratas gocen de autonomía en la toma de sus decisiones, sino a que los empresarios más poderosos del país canalizan su poder y sus intereses a través de los conglomerados consolidados en las últimas dos o tres décadas y menos a través de las asociaciones empresariales.

Según Bejarano y Pulido, el crecimiento del mercado extranjero del tabaco en las décadas de 1830 y 1840 estimuló a los comerciantes a combatir el monopolio estatal del tabaco. Además, la incorporación de la economía del tabaco al mercado mundial trajo cambios a nivel nacional incluido el sector tabacalero y el estanco oficial fue finalmente abolido en 1850.

La demanda externa trajo otros cambios: se aumentó el área cultivada, y el tabaco que antes había sido producido por pequeños cultivadores “relativamente libres” pasó a ser cultivado por arrendatarios y aparceros en las haciendas. La firma comercial antioqueña Montoya y Sáenz, que se dedicó a la exportación del tabaco, se encargó de estimular su cultivo adelantando dinero a los campesinos cosecheros. Para después de 1870, el sector tabacalero en Ambalema había prácticamente desaparecido y los capitales se dirigieron a otras actividades agrícolas y ganaderas.

Aunque este libro sigue de cerca los trabajos pioneros de Harrison (1977), Safford (1965), Sierra (1971), de la Pedraja (1979: 39-61), deudas que Bejarano y Pulido reconocen juiciosa y sistemáticamente, los coautores aportan una gran riqueza estadística reflejada en numerosos cuadros y trabajan nuevos materiales de archivo.

4. Las discusiones historiográficas

Bejarano publicó un libro que se centra en la historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia (Bejarano 1994). Aunque el libro fue publicado en 1994, éste sólo cubre la literatura publicada hasta 1988.

En este libro, Bejarano fue muy crítico de la historiografía económica de los años 50 por sus problemas conceptuales y de fuentes. Según él, la historia económica profesional en Colombia sólo despegó hacia la década de los años 70 con la consolidación de la economía y la historia como disciplinas académicas en las universidades colombianas¹⁹. Así, Bejarano resalta el crecimiento de la historiografía económica sobre Colombia en los años 70 y 80²⁰.

Señala Bejarano, y en esto era autobiográfico: “Los economistas que inicialmente se enfrentaron a la historia, lo hicieron quizás más por accidente que por vocación. La mayoría de ellos buscaba en la investigación histórica la clave de un problema del pre-

¹⁹ Stein y Cortés (1977: 3-5) señalan que el interés por la historia económica en América Latina surgió en los años 30 y se consolidó después de 1945 como resultado de la Gran Depresión, el nuevo orden económico de la posguerra y la diversificación de la base económica a través de una rápida industrialización. Estos factores llevaron a los científicos sociales a preguntarse por las raíces históricas de las economías latinoamericanas. Igualmente, la agudización de los conflictos de clase trajo más interés por la historia social.

²⁰ En dos artículos suyos, publicados originalmente en revistas académicas de la Universidad Nacional de Colombia, y reeditados en 1985 y 1987, Bejarano resaltó los progresos en la historia social y en la historia del café en Colombia. En el primer tema, señaló cómo la historia social había adquirido madurez al pasar de un simple enfoque institucional y legal a una aproximación dinámica que combina la historia económica y la social, las relaciones de trabajo y los conflictos de clase. En el segundo ensayo hace un repaso de la historiografía sobre la consolidación del sector cafetero en Colombia. Ver Bejarano (1985b), y “Campesinado, luchas agrarias e historia social: Notas para un balance historiográfico” (Bejarano 1987c) y “Los estudios sobre la historia del café en Colombia” (Bejarano 1987d).

sente, lo que acabó convirtiéndose en algún estudio histórico, y por este camino, se terminó haciendo de los economistas, historiadores” (Bejarano 1994: 76).

Bejarano resalta la importante contribución de los historiadores norteamericanos a la historiografía nacional. Menciona que para 1988 había más de 250 títulos de autores estadounidenses, producto en gran parte de sus tesis de Ph.D. Señala el creciente interés por América Latina en un buen número de universidades norteamericanas, especialmente después de la Revolución Cubana. Tendríamos que agregar que este interés también aumentó enormemente por las temáticas de todos los continentes después de la Segunda Guerra Mundial cuando la proliferación de los “Estudios de área” coincidió con el nuevo rol internacional de los Estados Unidos (ver Cumings 1998).

En este libro, Bejarano ofrece una muy amplia definición de los temas comprendidos en la historia económica. Plantea nuevas agendas de investigación y llama la atención sobre el análisis comparativo que ha sido muy poco aplicado por los académicos colombianos.

Por último, Bejarano sostiene que los estudios históricos recientes en Colombia han abandonado la historia económica y se han dirigido a otras áreas como la historia de la cultura y la historia local.

Este último punto es retomado por Bejarano en una ponencia presentada en el X Congreso de Historia de Colombia en Medellín en agosto de 1997 y publicada como artículo ese mismo año (Bejarano 1997). En su presentación señaló que, según él, se podían “constatar” dos características de la historiografía colombiana reciente: “el notorio declive de la historia económica y social durante la década de los noventa en Colombia y el surgimiento simultáneo de un campo, más o menos sustituto, el de la historia de las mentalidades (y campos afines como la historia de la cultura, la historia de los imaginarios)” (Bejarano 1997: 283, 287). Para Bejarano, lo que había sido presentado por algunos historiadores colombianos “como una suerte de revolución local en los temas historiográficos” no era más que “una inmersión en las nuevas corrientes intelectuales –post modernas– del mundo occidental” que había llevado a la historia “de modo acrítico a la histeria subjetivista propia de la cultura posmoderna” (Bejarano 1997: 284, 286).

Estas nuevas corrientes, que él califica como “nihilismo cognoscitivo postmoderno” y un rechazo al “racionalismo ilustrado” (Bejarano 1997: 286) han conducido a la historiografía colombiana, según Bejarano, “al abandono del estructuralismo, de las concepciones de totalidad y de las interpretaciones del pasado que apelan a las ciencias sociales y que convierten a la historia en una de esas ciencias” llevando a que la historia pierda su identidad como disciplina y como campo de estudio (Bejarano 1997: 284-285). Se estaría entonces escribiendo una “historia *light*” que no se apoya en las ciencias sociales y que en “sus manifestaciones más extremas (se encamina) hacia la liviandad, la vacuidad y la extravagancia” (Bejarano 1997: 293). Según Bejarano esa crisis en la historiografía nacional hace parte de un fenómeno más amplio en la historiografía occidental en la que, según él, también predomina “el relativismo posmoderno” (Bejarano 1997: 294).

De otra parte, mientras que “la historiografía posmoderna expulsa a la economía y a la sociología”, la economía “expulsa a la historia de su propio campo” y se convierte, según Bejarano, “en un campo altamente especializado, formalizado y reducido a la solución de *Puzzles* [sic]²¹ sin mayor relevancia para la realidad” (Bejarano 1997: 293,

²¹ *Puzzles*.

321). Este fenómeno entre los economistas viene acompañado, en el ámbito político, de una especie de “desencanto generacional” causado por el “derrumbe de los grandes proyectos políticos y de las utopías que la historia debía responder” y, en el campo teórico por el “derrumbe de las grandes teorías, la teoría dependencista, la teoría latinoamericana y estructuralista del desarrollo y el notorio declive del marxismo que configuraron el cuadro teórico de los años sesenta y setenta” (Bejarano 1997: 292-293).

Bejarano hace un repaso numérico de los artículos publicados en cuatro revistas de *economía*²², y en los listados de tesis de pregrado y posgrado en *economía* en universidades colombianas y encuentra que la producción reciente en historia económica en esos ámbitos es mínima, lo cual lo lleva a ratificar su argumento de que “las orientaciones de la investigación histórica al menos en el campo económico y social han decaído o se encuentran en una deplorable pausa” (Bejarano 1997: 287).

La ponencia de Bejarano en Medellín, y su publicación como artículo posteriormente, suscitó una fuerte reacción entre los historiadores colombianos, reacción que desafortunadamente no se tradujo en debates escritos en revistas académicas. Varias de las críticas de Bejarano son muy atinadas y constituyen un campanazo de alerta tanto para los historiadores como para los economistas²³. Pero, de otra parte, no estaríamos de acuerdo con varias de sus afirmaciones. Estos puntos los discutiremos a continuación.

Con el rápido crecimiento de los programas de pregrado y posgrado en Historia en el país en los últimos años, ha habido una explosión en la cantidad de estudios y en las temáticas de investigación. Es verdad, como afirma Bejarano, que han florecido los trabajos superficiales sin problemáticas bien definidas, apoyados en una supuesta teorización y desconociendo la historiografía existente en el tema. La moda ha llevado a que en repetidas ocasiones, temáticas como la historia de las mentalidades se conviertan en simples especulaciones sin ningún sustento empírico, “el inmenso mar sin fondo de las mentalidades” como escribe Bejarano (1997: 291)²⁴. En otros casos, tenemos investigadores que desentierran valiosos materiales de archivo y los presentan sin las discusiones de la literatura pertinentes, produciendo un trabajo más de anticuario que de historiador. Y en muchos estudios culturales se han utilizado el discurso y la imaginación más que cualquier otra cosa²⁵.

Es cierto el decreciente interés por la historia económica en los departamentos de Economía tal y como señala Bejarano. Pero ese sería un problema –si se le quiere mirar como problema– de los departamentos de Economía y de los economistas que se aproximaban a la historia para tener un sustento empírico en sus argumentaciones en temas

²² *Boletín socioeconómico-CIDSE, Cuadernos de Economía, Desarrollo y Sociedad, y Lecturas de Economía*, de la Universidad del Valle, Universidad Nacional de Colombia, Universidad de los Andes y Universidad de Antioquia respectivamente.

²³ En su ponencia, Bejarano llama la atención sobre una reciente publicación historiográfica colombiana (Tovar Z. 1994) que no analiza lo que Bejarano describe como “más que un viraje una auténtica crisis de los estudios históricos”.

²⁴ Aunque hay que reconocer que el tema de las mentalidades, trabajado en forma profesional, ha sido muy útil y muy apropiado en temas de historia económica y social. Para un excelente ejemplo ver Henretta (1978).

²⁵ De ahí que sea bastante apropiada la afirmación de Steven Topik y Allen Wells (1997) de que para entender los cambios en la cultura popular, por ejemplo, hay que estudiar los procesos de transformación en la cultura material y no simplemente los rituales y las representaciones.

económicos. Además, señalar que la historia económica desapareció como paradigma porque las revistas de economía publican muy poco sobre historia económica, ignora la producción en este campo que ha tenido lugar recientemente en revistas académicas de Historia como en publicaciones multidisciplinarias en Colombia.

Por lo tanto, Bejarano está muy lejos de acertar cuando pretende meter toda la producción histórica reciente en el mismo saco. De hecho, Bejarano reconoce en su libro de carácter historiográfico publicado en 1994, que “sólo cubre trabajos publicados hasta 1988”. Y buena parte de esta nueva producción –que Bejarano no reseña– cuestiona y refuta muchas de las generalizaciones –y conceptualizaciones– erróneas en las que el mismo Bejarano y sus compañeros de generación incurrieron cuando la base monográfica era más reducida. Incluso en la crítica de Bejarano viene implícita la noción de que su generación produjo básicamente trabajos históricos de alta calidad. Los había, como es lógico, de diferente calibre –excelentes, buenos, regulares y malos– como sucede con la producción actual²⁶.

Además, el hecho de que en los congresos de historia y en los trabajos de tesis en el país tengamos abundantes ejemplos de las temáticas que Bejarano critica no puede llevarnos a desconocer que *sí* ha habido producción juiciosa de ponencias y trabajos muy serios sobre un amplio rango de temas, incluyendo la historia económica²⁷.

Bejarano exagera cuando afirma que los estudios históricos en Occidente han sido grandemente influidos por el posmodernismo. Es cierto que en buena parte de los trabajos de análisis literarios y los estudios culturales éste es el caso. Sin embargo, no sucede en igual medida con la historia. Cualquier académico que se mantenga al tanto de la abundante –y muy sólida– bibliografía reciente en los países desarrollados de habla inglesa, por ejemplo, puede constatar este punto²⁸.

La afirmación de Bejarano sobre la declinación del “compromiso ideológico de los intelectuales occidentales” (Bejarano 1997: 298) debe ser también comentada. Si dentro de las comunidades académicas analizamos las escuelas de ingeniería y de administración en los Estados Unidos, éstas han tenido durante décadas fuertes “compromisos ideológicos” con el Pentágono y con las compañías multinacionales –y en esto no han cambiado–. Pero si miramos las facultades de ciencias sociales, observamos que durante las últimas tres décadas se ha confirmado un compromiso con causas progresistas por parte de los académicos –con la clara excepción de la Economía–. De hecho, la derecha norteamericana ha sido muy crítica de este fenómeno y ha querido desmontar el proce-

²⁶ No vamos a hacer un inventario de los trabajos producidos en historia económica desde 1988 ya que este no es el lugar ni la ocasión para hacerlo. Y entendemos que Bejarano pudo no haber realizado un estudio juicioso de esa literatura al haber estado dedicado durante un buen número de años a otros menesteres y a otros campos de investigación que poco tenían que ver con la historia.

²⁷ De hecho, en el simposio en historia económica en el congreso de Medellín ya mencionado se leyeron otra docena de ponencias. Estas fueron presentadas en su mayoría por académicos colombianos además de tres extranjeros.

²⁸ Bejarano reconoce que en Occidente hay una “justificada reacción contra el post-modernismo” (Bejarano 1997: 325). Precisamente esa rápida reacción y la rigurosidad en la producción histórica (esto último apoyado en buena parte por un sistema muy exigente de tenencia y promociones académicas), ha limitado los brotes posmodernistas en el campo de la Historia en Occidente sin que esto no quiera decir que no haya habido debates muy candentes al respecto. Ver por ejemplo, Appleby et al. (1994), Lefkowitz (1996), Windschuttle (1996), Evans (1997), Jenkins (1997), Fox-Genovese y Lasch-Quinn (1999).

so de tenencia que garantiza la estabilidad laboral y la libertad de cátedra e investigación²⁹.

5. Epílogo

Cuando el libro *Colombia hoy* fue publicado por primera vez hace un poco más de dos décadas, un historiador y periodista conservador consideró que la obra revelaba tendencias izquierdistas en sus autores y calificó el trabajo como historia “rabiosa”. El libro ha tenido numerosas reediciones, en las que se han reproducido textualmente los capítulos de la primera edición y se han ido agregando algunos capítulos nuevos. Las últimas ediciones, incluida una publicada por la Presidencia de la República, ya no causan mayor recelo entre los pensadores de derecha; incluso un nuevo prologuista de la obra utiliza un lenguaje conciliador y moderado que contrasta con el tono combativo de la presentación inicial de los años setenta. El acercamiento al poder y la incorporación a lo que ellos mismos hubiesen calificado en el pasado como el “establecimiento” ha contribuido no sólo a domesticar el tono de sus escritos, sino también a crear una nueva historia oficial³⁰.

Muchos científicos sociales en Colombia han entrado en un marasmo de conformismo intelectual y político en el que el trabajo académico ha sido opacado por los acercamientos a los políticos tradicionales para convertirse en sus asesores –por no decir en sus intelectuales orgánicos³¹– y a buscar contratos y consultorías con entidades del Estado con simples criterios de rentabilidad monetaria³². Así, el fenómeno del acercamiento de los intelectuales al poder no es nuevo; por ejemplo uno de los artículos de *Colombia hoy* analizó cómo el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo tuvo como “medios de captación [...] para los intelectuales inconformes la posibilidad de perorar en los sillones burocráticos” (Tirado M. 1978: 144).

Sin embargo, hay que subrayar que Bejarano, a pesar de su íntimo acercamiento a las élites económicas y políticas, fue capaz de mantener en sus escritos académicos su indepen-

²⁹ Hay quienes califican a estas generaciones de académicos que han ingresado como profesores desde la década de los años 60 como los *tenured radicals* (Kimball 1990). Claro objetivo de las críticas de la derecha ha sido la Latin American Studies Association, LASA, que reúne a miles de especialistas sobre América Latina. Los miembros de LASA han sido muy críticos con las dictaduras y las violaciones de los derechos humanos, lo mismo que con la implementación y los efectos de los planes de ajuste económico en el continente. Para una crítica de LASA desde la perspectiva de la derecha norteamericana, ver Harrison (1997); el punto de vista progresista en la enseñanza de la historia y la respuesta a la derecha en los Estados Unidos lo podemos encontrar en Nash et al. (1997).

³⁰ También se ha señalado que buena parte de la “nueva historia” colombiana no era marxista –como denunciaban sus críticos de derecha– sino liberal, y realizaba el papel de las que se percibían como fracciones progresistas de la burguesía. Además, cuando se trata de analizar las figuras políticas del siglo xx, incluidos los conservadores “moderados”, varios escritos de los autores de la “nueva historia” no se diferencian mucho de la tradicional Academia Colombiana de la Historia. Ver Ocampo, José Fernando (1983) y Sáenz R. (1992b).

³¹ Ver, por ejemplo, *Cambio* (Bogotá 1999).

³² De hecho, se ha argumentado que los intelectuales latinoamericanos han vivido a la sombra del Estado durante casi todo el siglo xx. Con los cambios en el sector estatal desde la década de los años 80, la relación de los intelectuales con el Estado y con el sector privado ha sufrido claros reajustes. Ver Miller (1999).

dencia de criterio y su inconformismo e inquietudes intelectuales. Incluso su reciente defensa del marxismo como *metodología* académica podría aparecer como anatema para algunos.

Para terminar, el trabajo de Bejarano fue pionero en varios campos; y como cualquier obra pionera tuvo aciertos y desaciertos como hemos señalado a través de este ensayo. El mejor homenaje a su memoria es mantener el estimulante espíritu de debate que tanto le apasionaba.

Bibliografía

- Appleby, Joyce, et al. (1994): *Telling the Truth about History*. New York: Norton.
- Arango, Mariano (1997): *Café e industria, 1850-1930*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Arciniegas, Germán (1996; ¹1952): *Entre la libertad y el miedo*. Bogotá: Planeta Colombiana.
- Arrubla, Mario (1969; ¹1962-63): *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*. Medellín: Editorial la oveja negra.
- Arrubla, Mario, et al. (1978): *Colombia hoy*. Bogotá: Siglo XXI editores.
- Ayala M., Enrique (ed.) (1983): *Nueva historia del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional y Grijalbo.
- Bejarano, Jesús A. (1972): *El capital monopolista y las inversiones privadas norteamericanas*. Bogotá: Círculo Rojo Editores.
- (1977): *El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos*. Traducciones de Luz Jaramillo. Bogotá: Editorial La Carreta.
- (1978a): “La economía.” En: Jaramillo (1982, III: 17-79).
- (1978b): “Industrialización y política económica (1950-1976).” En: Arrubla et al. (1978).
- (1978c): “La economía colombiana desde 1950.” En: Bejarano, *Ensayos de interpretación de la economía colombiana*, págs. 12-142, Bogotá: Editorial La Carreta.
- (1979): *El régimen agrario de la economía exportadora a la economía industrial*. Bogotá: La Carreta.
- (1985a): *Economía y poder. La SAC y el desarrollo agropecuario colombiano, 1871-1984*, Bogotá: SAC y Cerec.
- (1985b): “Campesinado, luchas agrarias e historia social en Colombia: notas para un balance historiográfico.” En: Pablo González Casanova, ed., *Historia política de los campesinos colombianos*, vol. 3, págs. 9-72, México, D.F.: UNAM y Siglo veintiuno editores.
- (1987a): “El despegue cafetero (1900-1928).” En: Ocampo (1987: 173-207).
- (1987b): *Ensayos de historia agraria colombiana*. Bogotá: Cerec.
- (1987c): “Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico.” En: Bejarano (1987b: 13-80).
- (1987d): “Los estudios sobre la historia del café en Colombia.” En: Bejarano (1987b: 81-112).
- (1989): “La economía colombiana entre 1922 y 1929”, “La economía colombiana entre 1930 y 1945” y “La economía colombiana entre 1946 y 1958.” En: *Nueva historia de Colombia*, vol. V, págs. 51-76, 115-148, 149-166, Bogotá: Planeta Colombiana.
- (1994): *Historia económica y desarrollo. La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia*. Bogotá: Cerec.
- (1996): “Sobre la investigación y la consultoría económica: fragmentos de un proyecto.” En: *INNOVAR. Revista de Ciencias Administrativas y Sociales*, 8: 51-54.
- (1997): “Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana.” En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 24: 283-329.
- (ed.) (1999a): *Hacia dónde va la ciencia económica en Colombia: siete ensayos exploratorios*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Colciencias, Universidad Externado de Colombia.

- (1999b): “Evaluación del estado de la disciplina en Colombia: un enfoque institucional.” En: Bejarano (1999a).
- (1999c): “La investigación económica en Colombia.” En: Bejarano (1999a).
- Bejarano, Jesús A., y Orlando Pulido C. (1986): *El tabaco en una economía regional: Ambalema siglos XVIII y XIX*. Bogotá: Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia.
- Benvenuto, Luis, et al. (1971): *Uruguay hoy*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Bethell, Leslie (ed.) (1996): *The Cambridge History of Latin America*. Vol VI, part I, Cambridge: Cambridge University Press.
- Bethell, Leslie, y Ian Roxborough (ed.) (1992): *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Botero H., Fernando (1984): *La industrialización en Antioquia. Génesis y consolidación 1900-1930*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Bulmer-Thomas, Victor (1994): *The Economic History of Latin America since Independence*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cambio* (1999): “Los diez personajes del siglo xx. Los expresidentes Alfonso López Michelsen y Belisario Betancur, y el historiador Jorge Orlando Melo, eligieron para la revista *Cambio* los diez personajes del siglo que termina.” Bogotá, diciembre 13-20.
- Comisión Económica para América Latina (1957): *Análisis y proyecciones del desarrollo económico de Colombia*. México, D.F.: Cepal.
- Cortés C., Roberto, y Stanley J. Stein (eds.) (1977): *Latin America. A Guide to Economic History, 1830-1930*. Berkeley: University of California Press.
- Cumings, Bruce (1998): “Boundary Displacement: Area Studies and International Studies During and After the Cold War.” En: Simpson, ed. (1998: 159-188).
- De la Pedraja, René (1979): “Los cosecheros de Ambalema: un esbozo preliminar.” En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 9: 39-61.
- (1989): *Energy Politics in Colombia*. Boulder: Westview Press.
- Departamento de Historia, Universidad de Antioquia (1983): *III Congreso de Historia colombiana. Memorias (Medellín, noviembre 17 al 21 de 1981)*. Medellín: Editorial Lealon.
- Díaz-Alejandro, Carlos (1976): *Foreign Trade Regimes and Economic Development: Colombia*. New York: National Bureau of Economic Research.
- Drake, Paul W. (1989): *The Money Doctor in the Andes. The Kemmerer Missions, 1923-1933*. Durham: Duke University Press.
- Echavarría, Juan J. (1990): *External Shocks and Industrialization. Colombia, 1920-1950*. Tesis doctoral, Oxford University.
- Evans, Richard J. (1997): *In Defense of History*. New York Norton.
- Fones-Wolf, Elizabeth (1994): *Selling Free Enterprise. The Business Assault on Labor and Liberalism*. Urbana: University of Illinois Press.
- Fox-Genovese, Elizabeth, y Elisabeth Lasch-Quinn (eds.) (1999): *Reconstructing History. The Emergence of a New Historical Society*. New York: Routledge.
- Frank, André G. (1967): *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*. New York: Monthly Review Press.
- Furtado, Celso, et al. (1968): *Brasil, hoy*. México, D.F.: Siglo veintiuno editores.
- Galarza, Jaime, et al. (1978): *Ecuador, hoy*. Bogotá: Siglo veintiuno editores.
- García, Antonio (1977; ¹1961): *Colombia. Esquema de una república señorial*. Bogotá: Ediciones Cruz del Sur.
- González C., Pablo, y Enrique Florescano (eds.) (1979): *México, hoy*. México, D.F.: Siglo veintiuno editores.
- Haber, Stephen (ed.) (1997): *How Latin America Fell Behind. Essays on the Economic Histories of Brazil and Mexico, 1800-1914*. Stanford: Stanford University Press.

- Haber, Stephen, y Herbert Klein (1997): "The Economic Consequences of Brazilian Independence." En: Haber (1997).
- Harrison, John P. (1977): "La evolución de la comercialización del tabaco colombiano hasta 1875." En: Bejarano (1977: 57-81).
- Harrison, Lawrence (1997): *The Pan-American Dream. Do Latin America's Cultural Values Discourage True Partnership with the United States and Canada?* New York: Basic Books.
- Henretta, James (1978): "Families and Farms: Mentalité in Pre-industrial America." En: *William and Mary Quarterly*, 35.1: 3-32.
- Jaramillo A., Darío (1976): *La nueva historia de Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Jaramillo U., Jaime (1982; ¹1978): *Manual de historia de Colombia*. Vols. 1-3, Bogotá: Procultura.
- Jenkins, Keith (ed.) (1997): *The Postmodern History Reader*. New York: Routledge.
- Jiménez, Michael F. (1986): *The Limits of Export Capitalism. Economic Structure, Class and Politics in a Colombian Coffee Municipality, 1900-1930*. Tesis de Ph.D., Harvard University.
- (1989): "Traveling Far in Grandfather's Car: The Life Cycle of Central Colombian Coffee Estates. The Case of Viotá, Cundinamarca (1900-1930)." En: *Hispanic American Historical Review*, 69.2: 185-219; publicado en castellano como "El ciclo de vida de las haciendas cafeteras del centro de Colombia" en Mejía et al. (1999: 309-359).
- (1995): "At the Banquet of Civilization: The Limits of Planter Hegemony in Early-Twentieth Century Colombia." En: Roseberry et al. (1995.: 262-293); publicado en castellano como "En el festín de la civilización: los límites de la hegemonía de los hacendados a comienzos del siglo xx en Colombia" en *INNOVAR. Revista de Ciencias Administrativas y Sociales*, 7: 113-133, Universidad Nacional de Colombia, 1996.
- (1997): "Broken Bargains and the Origins of Agrarian Radicalism in Depression-Era Colombia: The Case of Red Viotá." En: *X Congreso de Historia de Colombia*, Medellín.
- Kimball, Roger (1990): *Tenured Radicals. How Politics has Corrupted our Higher Education*. New York: Harper & Row Publishers.
- Lefkowitz, Mary (1996): *Not out of Africa. How Afrocentrism Became an Excuse to Teach Myth as History*. New York: Basic Books.
- LeGrand, Catherine (1980): *From Public Lands into Private Property: Land Holding and Rural Conflict in Colombia, 1870-1935*. Tesis de Ph.D., Stanford University.
- Love, Joseph (1994): "Economic Ideas and Ideologies in Latin America Since 1930." En: Bethell (1996: 93-460).
- Marichal, Carlos (1989): *A Century of Debt Crises in Latin America. From Independence to the Great Depression, 1820-1930*. Princeton: Princeton University Press.
- McGreevey, William (1971): *An Economic History of Colombia, 1845-1930*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mejía P., Germán, et. al. (eds.) (1999): *Colombia en el siglo XIX. Ensayos de Bergquist, Bushnell, Earle, Gilmore, Jiménez, Lynch, McFarlane, Murray y Sowell*. Bogotá: Planeta Colombiana.
- Melo, Jorge O. (ed.) (1996): *Colombia hoy*. Bogotá: Presidencia de la República.
- Miller, Nicola (1999): *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*. Londres: Verso.
- Montenegro, Santiago (1984): "El surgimiento de la industria textil en Colombia, 1900-1945." En: Ocampo y Montenegro (1984).
- Nash, Gary, et al. (1997): *History on Trial. Culture Wars and the Teaching of the Past*. New York: Alfred A. Knopf.
- Ocampo, José A. (1984): "La crisis mundial de los años treinta en Colombia." En: Ocampo y Montenegro (1984).
- (ed.) (1987): *Historia económica de Colombia*. Bogotá: Fedesarrollo y Siglo veintiuno editores.

- Ocampo, José A., y Santiago Montenegro (1984): *Crisis mundial, protección e industrialización. Ensayos de historia económica colombiana*. Bogotá: Cerec.
- Ocampo, José F. (1983): "Dos tesis erróneas sobre la historia de Colombia del siglo xx." En: Departamento de Historia (1983: 163-179).
- Randall, Stephen (1977): *The Diplomacy of Modernization. Colombian-American Relations 1920-1940*. Toronto: University of Toronto Press.
- Robinson, James H. (1912): *The New History*. New York: The Macmillan Company.
- Rock, David (ed.) (1994): *Latin America in the 1940's. War and Postwar Transitions*. Berkeley: University of California Press.
- Roseberry, William, et al. (eds.) (1995): *Coffee, Society and Power in Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Rouquié, Alain (ed.) (1982): *Argentina, hoy*. México, D.F.: Siglo XXI editores.
- Sáenz Rovner, Eduardo (1992a): *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores y Ediciones UniAndes.
- (1992b): "A propósito de la historiografía sobre Mariano Ospina Pérez (1891-1976)." En: *Historia Crítica*, 6: 109-112, Universidad de los Andes.
- (1996): "A propósito de la 'nueva' historia empresarial en Colombia. Invitación al debate." En: *INNOVAR. Revista de Ciencias Administrativas y Sociales*, 8: 182-187, Universidad Nacional de Colombia.
- (2000): "The Industrialists and the State in Colombia, 1950-1957." Ponencia, 114 Congreso Anual de la American Historical Association, Chicago, 6 al 9 de enero.
- Safford, Frank R. (1965): *Commerce and Enterprise in Central Colombia, 1821-1870*. Tesis de Ph.D., Columbia University.
- Schmitz, David F. (1999): *Thank God they're on our side. The United States & Right-Wing Dictatorships, 1921-1965*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Sierra, Luis F. (1971): *El tabaco en la economía colombiana del siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Simpson, Christopher (ed.) (1998): *Universities and Empire. Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*. New York: The New Press.
- Stallings, Barbara (1987): *Banker to the Third World: U.S. Portfolio Investment in Latin America*. Berkeley: University of California Press.
- Stein, Stanley J., y Roberto Cortés C., (1977): "Editors' introduction." En: Cortés y Stein (1977: 1-25).
- Tirado M., Alvaro (1978): "Colombia: Siglo y medio de bipartidismo." En: Arrubla et al. (1978: 102-185).
- Topik, Steven, y Wells, Allen (ed.) (1997): *The Second Conquest of Latin America. Coffee, Henequen, and Oil during the Export Boom, 1850-1930*. Austin: University of Texas Press.
- Tovar Z., Bernardo (ed.) (1994): *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*. Vols. 1-2, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Urrutia, Miguel (1983): *Gremios, política económica y democracia*. Bogotá: Fedesarrollo y Fondo Cultural Cafetero.
- Windschuttle, Keith (1996): *The Killing of History. How Literary Critics and Social Theorists are Murdering Our Past*. New York: The Free Press.